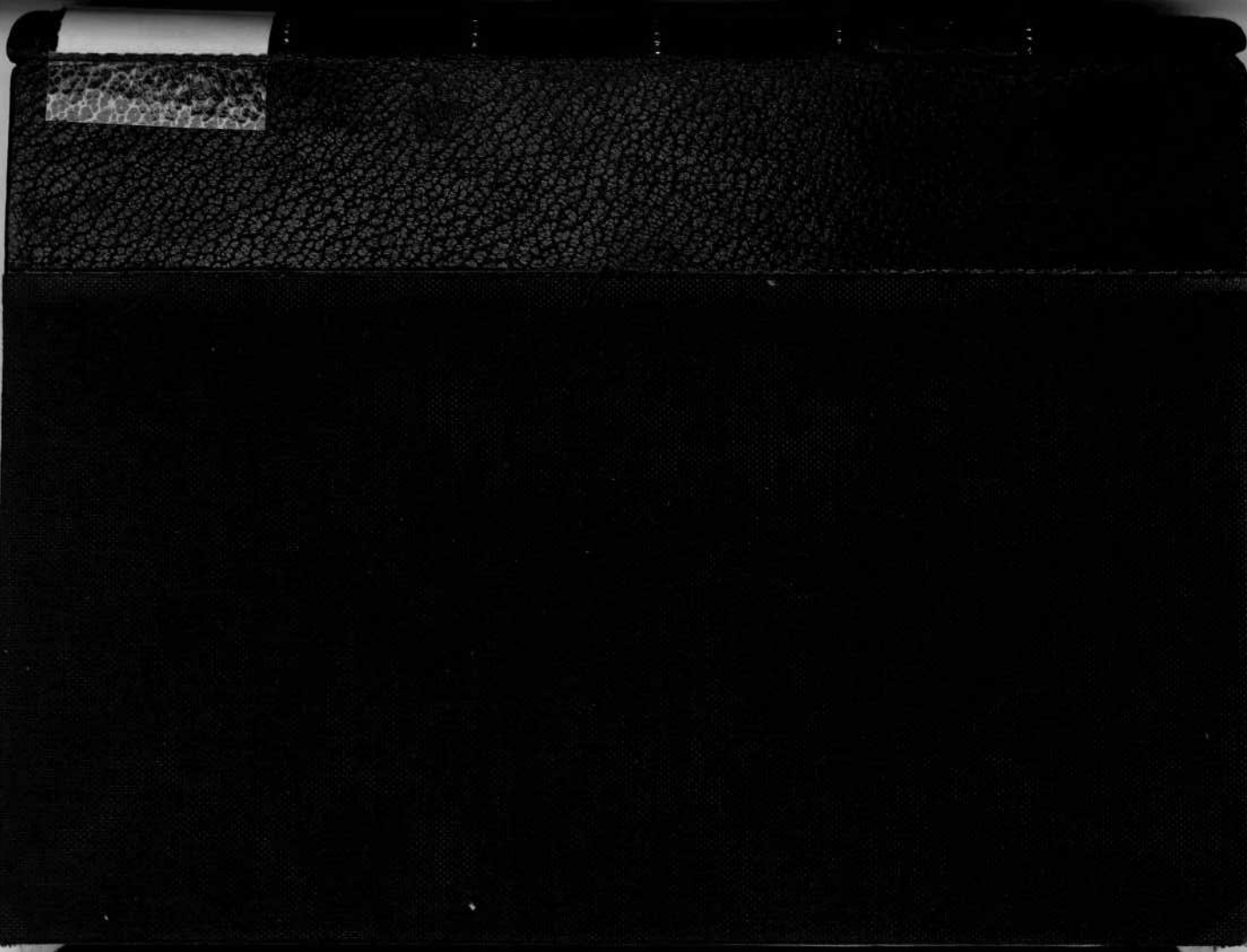


DGCC
A

† 87859
C.1104604

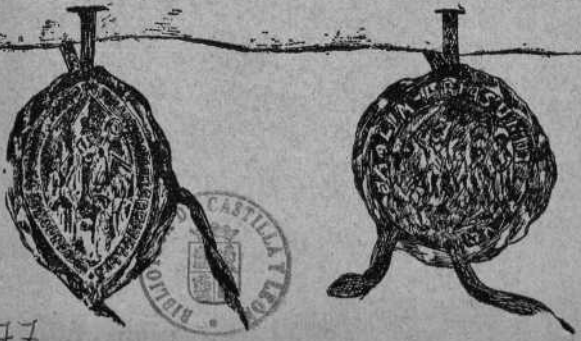
La Catedral de Palencia

POR

Matías Vielva Ramos

PUBLICADA POR LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS.

MCMXXIII



R. 66377

RC · 105+1h
52+1(48bis) 1ams +2h

Monografía

acerca de la

Catedral de Palencia

por

D. Matías Vielva Ramos,

Canónigo Archivero de la misma,

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Trabajo premiado en los Juegos Florales celebrados el día 8 de Septiembre de 1922, por la Sociedad Económica de Amigos del País

PALENCIA:
IMPRENTA PROVINCIAL
1923

Obsequio del Excmo. Sr. D. Federico Echevarría
Senador por las Económicas del Noroeste.

Nihil obstat:

Eugenius Madrigal

Archidiaconus.

Palentiæ 24-XI-22.

†

Palentiæ 25 Novembris 1922.

Imprimatur

† RAYMUNDUS Episc.

A la memoria del Eminentísimo
Sr. Cardenal Almaráz y Santos,
preclarísimo Obispo que fué
de Palencia,
bienhechor insigne e iniciador de las
obras de restauración de la Catedral.

MONOGRAFIA ACERCA DE LA CATEDRAL DE PALENCIA.

LEMA

A. M.....

«. . . . . .
. . . . . .
Que siempre en la Catedral halla consuelo
El alma que, atribulada, huye del suelo».

G.

I

ARA ningún palentino medianamente ilustrado y amante de las glorias de su Patria, son desconocidas aquellas palabras del insigne geógrafo Pomponio Mela: "In Tarraconensi clarissimæ fuere Pallantia et Numantia„.

Este elogio, mayor de toda ponderación, prueba indubitablemente la indiscutible importancia de nuestra Ciudad aún antes de que Hispania fuese

convertida en provincia romana, pues sabido es de sobra que *Pallantia* era la capital de los Vacceos, y estos formaban la tribu más culta de cuantas habitaban la antigua Iberia.

Esto sentado, lógico y natural parecía que al construir los romanos las grandes vías, que pusieran en comunicación la Metrópoli con las apartadas provincias a Roma sometidas, fuera Pallantia uno de los puntos de paso obligados y una de las poblaciones señaladas como *mansión* o descanso. En efecto, por Pallantia pasaban, según el itinerario de Antonio Pío, dos vías romanas, una de esas vías era la que conducía desde *Galletia* por *Asturica* a *Cesaraugusta*. Esta vía debió seguir el Apostol Santiago en su viaje a través de la Península, teniendo por tanto necesidad de pasar por nuestra Ciudad, donde seguramente se pararía a ejercer la misión que por estas tierras, tan lejanas de las suyas propias, le había traído.

En este supuesto, bien podría honrarse nuestra Iglesia con el honorífico apelativo de *Apostólica*.

La casa donde se hospedara el hijo del Trueno, o la habitación del Pastor a quien aquél encomendara el naciente rebaño, ya tuviera por nombre Cayo Carpo, Frontón o Nestor (1), que este punto tengo para mí que no saldrá jamás de las sombras,

---

(1) Por algún tiempo se tuvo por primer Obispo de Palencia a San Frontón; un antiguo libro litúrgico señalaba su fiesta con misa.—Después se celebró a San Nestor, martirizado en Peñiscola.—A ambos, así como a Cayo Carpo, se les juzga apócrifos desde hace ya siglos.

sería la primera Sede Episcopal Palentina, o lo que viene a ser igual, la primera Catedral de Palencia.

La segunda seguramente la erigirían los fervorosos cristianos palentinos cuando, en virtud del decreto de Constantino, gozaron de la apetecida libertad religiosa; templo, que como toda la Ciudad, fué pasto de las llamas en el voraz incendio con que el arriano Teodorico en el año 457 destruyó a Palencia, en cuyo subsuelo obsérvase extensa capa de cenizas.

Pronto resurgió Palencia de las ruinas, y a la par que la urbe alzóse la Cátedra de los Obispos Visigodos, aquellos insignes varones, que enaltecieron y firmaron las Asambleas de Toledo, Cortes y Concilios a la vez, base y fundamento de nuestra unidad religiosa y de la nacionalidad española. En ésta nueva Basílica resonaron sin duda alguna las harmoniosas melodías del sapientísimo Conancio, nuestro antes que de Toledo, puesto que rigió la Diócesis palentina por espacio de más de treinta años -607 a 639- antes de pasar a la Metropolitana, si es que resultara ser uno mismo el Conancio palentino y el toledano.

Aquí, a la sombra de tan preclaro y santo maestro, en la primer escuela de estudios eclesiásticos de que tenemos noticia cierta, se educaron varones tan insignes como San Fructuoso de Braga.

Acaso sean restos de esta visigótica iglesia, lo que de visigodo se conserva en la cripta actual, junto con lo que se nos oculta o se destruyera bajo los robustísimos pilares del crucero, que gallardo se levanta hoy, y cuya exploración sería peligrosísima,

sino absolutamente imposible sin atentar a la seguridad del edificio, según el parecer de notables Arquitectos.

Adósase a esta parte por el atrio o *narthex*, aun subsistente, la más ancha y espaciosa porción de la cripta, de distinto estilo, de factura enteramente diversa, y que es probabilísimamente, casi seguramente, aquella "*lapidum honestissima* (modestísima) *domus*„ erigida por D. Sancho conforme al testimonio fehaciente de su hijo D. Fernando el Magno: ni pudo hacer otra cosa el magnánimo Rey de Navarra, Conde de Castilla por su matrimonio con Doña Mayor en el poco tiempo transcurrido desde que expuso sus deseos de restaurar la Sede palentina hasta su muerte. (1026 a 1035?) (1)

---

(1) A la irrupción de los árabes, Palencia fué nuevamente arruinada hasta quedar convertida en un suburbio de Monzón (*Montesón*), en la comarca leonesa. Los pocos habitantes que aquí continuaron, vivieron preferentemente en la margen derecha del río: en el lado izquierdo crecieron malezas y jarales, siendo un enmarañado bosque por más de trescientos años. Al cabo de este tiempo, andando a montería el Rey D. Sancho, perseguía a un jabalí, que huyendo se metió por una cueva. Penetró en ella tras la fiera el intrépido cazador, quien al querer disparar un venablo, notó que el brazo se le quedó yerto; advirtió entonces que el animal se había refujiado detrás de la imagen de un Santo, y arrepentido de su temerario atrevimiento, por lo que el brazo recobró la *sanidad*, hizo propósito de reedificar la Iglesia del Santo patrono, que resultó ser San Antolín. De este maravilloso suceso nada dicen el privilegio del mismo D. Sancho, ni el de D. Bermudo III de León, datado poco después que el del Navarro: los primeros que

Por lo que hace a la Catedral románica, mal llamada de D. Sancho, en el supuesto que acabamos de expresar, parécenos que debió comenzarse al principio de la XII.ª centuria y terminarse en los primeros años de la XIII ª, es decir, que en su construcción no debió invertirse más tiempo de un siglo, puesto que en 1218 ya estaba concluída: cláramente nos lo dice "*erecta esse de novo ecclesia palentina*", la Bula que en 22 de Marzo de ese año dió referente a su dedicación o consagración el Papa Honorio III. Efímera fué la duración de esta Iglesia, que apenas llegara en toda su integridad a cien años; verdad es que siendo los muros de tierra y las cubiertas de madera, ni podía ser muy durable, ni satisfacer las nobles aspiraciones de Prelados y Cabildo palentinos.

Construíanse a la sazón la *aérea pulchra leonina y la régia burgalesa,* según los nuevos cánones arquitectónicos; no había de quedar atrás Palencia en

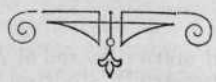
---

se hacen eco de tal maravilla son el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, y nuestro D. Rodrigo Sánchez de Arévalo, en su crónica *Palentina*: en el siglo XVI se consigna la tradición en un relieve de piedra a la entrada de la cripta y en dos lienzos colocados a ambos lados de la puerta de los Reyes.

En estos últimos tiempos algún *hipercrítico* ha comenzado a dudar del *hecho*, y aún se pretende poner en tela de juicio la autenticidad de los Privilegios Reales mencionados; más sea de ésto lo que quiera, que no es ocasión ahora de discutirlo, lo verdaderamente indiscutible es que Palencia debe la restauración de su Sede episcopal, de la Diócesis y de la Ciudad misma, a la *idea* religiosa.

la expresión sincera de su amor profundo a la Religión y al Arte. Por eso sin duda comenzaron a acariciar primero y madurar después el proyecto de levantar un templo digno de la historia de la Ciudad. Este templo es la Catedral de que hoy Palencia se enorgullece con justo motivo, y a la que alguien ha designado con este encomiástico epíteto "la bella desconocida„ (1) y Ponz califica de una "de las más famosas de España en su grandeza y género de arquitectura gótica„ en la cual "no están los techos y paredes tan adornadas como en muchas del mismo género, pero esta falta de menudencias le dá cierta magestad„ (2).

A su historia y descripción vamos a dedicar unas cuartillas, no tantas, desde luego, como ella se merece, ni con la pretensión de escribir la última palabra. ¡Hay tantas lagunas que llenar!



(1) El M. I. Sr. D. Eugenio Madrigal Villada, Arcediano de la S. I. Catedral de Palencia, en un artículo publicado en la revista «La Propaganda Católica» y en el discurso pronunciado en la solemne velada literario-musical, celebrada para solemnizar el VI Centenario de la colocación de la primera piedra de la misma Catedral.

(2) D. Antonio Ponz, Secretario de la Real Academia de S Fernando, individuo de la Real de la Historia, etc., en el «Viaje de España» tomo XI, pág. 153.

II

En el archivo de la Catedral de Palencia guárdase el documento siguiente: "In nomine sancte atque individue trinitatis patris et filii et spiritus sancti amen. Reuerendus in Christo pater et dominus guillermus divina providencia Episcopus Sabiniensis sancte romane ecclesie cardinalis a latere sanctisimi patris et domini domini Jo. divina disponente clemencia sacrosante romane ac uniuersalis ecclesie sumi pontificis gregis dominici directoris legatus in terris et regnis dominio regis castelle subiectis super pace et tranquilitate reformanda inter terre Varones principes et magnates ad nobilem civitatem palentinam ueniens pro congregando ibidem concilio prelatorum ad honorem omnipotentis dei et gloriose semper Virginis marie matris eius et beatissimi martiris antonini ob cuius reuerenciam palentina fundatur ecclesia primarium lapidem benedictum

in fundamento eiusdem ecclesie situavit asistentibus sibi Reverendis patribus et dominis miseracione divina Garcia legionem. Jo. palen. qui tunc eidem presidebat ecclesie. Annato segobien. Fernando Corduben. Dominico placen. Roderico Zamoren. fratre petro baionen. Episcopis inductis pontificalibus ornamentis ac clerici et populi qui ad dictam solemnitatem conuenerant multitudine copiosa. Currente anno dominice incarnacionis millesimo trecentesimo vicesimo primo die luna prima die mensis iunii. Regnante in castella et legione serenisimo Rege Alfonso quem adhuc in etatis teneritudine constitutum domine Marie regine inclite eiusden auie magnates regnorum ac populus uniuersus comisit tutorio nomine fideliter nutriendum. Era millessima tricentessima lix„.

Notas marginales.—Al nombre del Papa Jo. que cae precisamente en fin de línea, añade con letra distinta: XXij.

Al lado de la línea "palentina fundatur ecclesia primarium lapidem, etc.„ se lee con letra de la misma mano que la nota anterior: *"hoc inteligendum de redificacione, nam per multos annos antea fuit fundata ecclesia palentina„*.

Proyecto de la importancia que supone construir una iglesia como la Catedral de Palencia, no puede ser proyecto que se conciba y resuelva en un solo día; siendo empeño de mucho tiempo, hace creer que los Obispos anteriores a D. Juan II, juntamente con su Cabildo, vinieran desde algunos años antes acariciando el pensamiento de renovar la entonces existente, preparando al mismo tiempo

los medios más indispensables, materiales y económicos, conducentes a tan plausible fin. Dicho sea ésto sin menoscabar en lo más mínimo los méritos indiscutibles y sobre toda ponderación estimables del Prelado D. Juan II, a quien cupo la altísima suerte de dar comienzo a las obras en el primer medio año de su pontificado palentino, y en medio, y a pesar de las dificilísimas circunstancias por que a la sazón Castilla entera, y muy especialmente Palencia atravesaban.

Había muerto en 1312 Fernando IV. Su hijo Alfonso, niño de escasos trece meses, fué jurado Rey, cuya tutoría se disputaban los Infantes y magnates del reino, y por cuyo logro más de una vez estuvieron a punto de venir a las manos, convirtiendo en campo de batalla nuestra Ciudad, donde, buscando medios de avenencia, se celebraban Cortes, a las que asistían dos Reinas, la abuela y la madre del inocente Monarca, no muy bien entendidas entre sí, y los ambiciosos Infantes, Jefes de uno y otro bando, con sus respectivas mesnadas. A tal extremo llegaron las cosas, que el Papa Juan XXII estimó necesario enviar un legado suyo *a latere* para intimar a los contendientes, en nombre de la más alta autoridad, que depusieran su actitud turbulenta, causa principalísima del malestar y del empobrecimiento de los pueblos, los cuales necesariamente vendrían a parar a la ruina más completa y espantosa, de no poner coto y remedio a la división y odio intestinos.

Ciertamente no parece que fuera ocasión de emprender largas y difíciles, a la par que costosas edi-

ficaciones, cuando la discordia obligaba a estar un día y otro día arma al brazo, temiendo con gran fundamento que de un instante a otro vinieran a chocar entre sí las espadas. Pues esta ocasión precisamente fué la elegida por el Prelado palentino D. Juan II para sentar el primer jalón de su acariciado proyecto, colocando la primera piedra de la futura Catedral, honra de propios y admiración de extraños.

A tal fin y para que el acto tuviera la mayor y más inusitada solemnidad, invitó al Cardenal Guillermo, Obispo de Santa Sabina, a que con su carácter de delegado del Papa, tuviera la dignación de honrar este nuevo acontecimiento. Y el Cardenal, benignamente, accedió y bendijo la primera piedra y la colocó en los cimientos con sus propias manos, asistido juntamente con el Obispo de Palencia, de los de León, Segovia, Córdoba, Plasencia, Zamora, Bayona y acompañado de copiosa muchedumbre de clero, magnates y pueblo, el día 1.º de Junio de 1321, fecha que por siempre perdurará en los fastos palentinos.

Nunca lamentaremos bastante el ignorar quién sea el autor de la traza y plan primitivo de la Catedral de Palencia, pero bien puede asegurarse que no fué ningún adocenado; antes bien, hubo de serlo un entusiasta de la reina de las Catedrales, que, cual gigantesca y maravillosa linterna, íbase irguiendo en León: consolémonos con saber y repetir el nombre del primer Canónigo obrero; fué D. Juan Pérez de Acebes, tan encariñado con las obras, al frente de las cuales estuvo, que ni en muerte quiso separarse de ellas, mandando que se le sepultara en la primera

capilla que se terminó, la de Ntra. Sra. de la Blanca. En esta misma capilla yace también D. Alonso Rodríguez Girón, Arcediano de Carrión, que la hizo a su propia costa; murió el Sr. Arcediano el año 1331 o 41, que ambas fechas se leen.

Dícese que la obra continuó con gran lentitud, lo cual no tiene nada de extraño, antes bien, así debía ocurrir naturalmente, dada la rapidez con que se sucedieron los Prelados inmediatos a D. Juan; algunos meses nada más, acaso días, ocuparon la silla; falleció D. Juan en 1325, en el mismo año se siguieron D. Pedro de Orfila, D. Velasco Fernández y D. Juan de Saavedra; los primeros, aun suponiéndoles animados de los mejores deseos, nada pudieron hacer; el pontificado del tercero se prolongó hasta 1342, y en este lapso de diecisiete años, es seguro que no descuidaría las obras el Prelado, que se cuidó de proporcionar a la Iglesia nuevos ornamentos pontificales en sustitución de aquéllos que se perdieron en tiempo de D. Pedro de Orfila; razón por la cual se estatuyó que no se pudieran usar los pontificales "sino en cierto modo y forma„ el cual estatuto habían de jurar los Obispos al tomar posesión de la Sede. A D. Juan de Saavedra sucedió D. Pedro V, cuya prelatura no duró un año. Siguen luego otros varios Prelados, entre ellos *D. Basco* o *Blasio*, D. Gutiérre II, que fué nombrado y murió Cardenal; D. Juan de Castromocho, etc., de éstos hemos de decir, más por analogía que por otras fehacientes razones, que debieron hacer adelantar algo, siquiera no fuera mucho, las obras del templo, pues que en otro género de celo nos quedan

pruebas indubitables de su activa laboriosidad, y quizá, quizá, ésta fué la causa de por qué D. Juan de Castromocho, fallecido en 1396, fuese enterrado "en un alto y rico mausoleo con efigie de bulto„ en el centro de la capilla de las Once mil Vírgenes (hoy de San José), de donde fueron trasladados sus restos a uno de los muros de la misma capilla al hacer en ella ciertas modificaciones a principios del siglo XIX.

Viene seguidamente (1403) D. Sancho de Rojas, gran amigo del Infante D. Fernando de Antequera, primer Conde de Pernía, sujeto de grandes arrestos y energías, a quien ya sin titubeos ni vacilaciones se le atribuyen obras de construcción y ornato en el templo. Dice el Canónigo Arce: "En tiempo de este Sr. Obispo, siendo ya electo Arzobispo de Toledo, se edificó en esta iglesia una muy hermosa capilla, que muchos años fué la mayor, y ahora es de la Parroquia. Hácese aquí memoria de ésto, porque en el arco de ella hay unos escudos de cinco estrellas, que son de los Roxas; y por otra parte, en las capillas altas (bóvedas) y en el trascoro, y en la pared sobre la cueva, y en la escalera de ésta, y en ocho tapices hay los mismos escudos de cinco estrellas, los cuales todos son del Obispo D. Juan de Fonseca, y cuando son de piedra, parece que son unos mismos: mas cuando se pintan, se diferencian en los colores, que las de Fonseca son coloradas y las de Roxas azules, y ambos escudos tienen cruz, porque el de Roxas fué Arzobispo de Toledo y el de Fonseca Arzobispo de Rosano„.

Fué D. Sancho de Rojas promovido a Toledo

en 1415, de donde resulta que, según las notas anteriores, por estos años se construyó la parte ornamental de la capilla del Sagrario, lo cual demuestra que antes de esta fecha estaban terminadas las capillas absidales y el ábside mismo.

Pocos años después (1424), aparece por primera vez el nombre de un maestro de la obra, Isambart, a quien también llaman las "Actas Capitulares„ Isambarte; D. Juan Agapito Revilla encontró en un libro del Concejo de la Ciudad una referencia, no muy alagüeña por cierto, de este sujeto, y no como nombramiento hecho por aquel entonces, sino como quien ya venía ejerciendo el cargo con anterioridad y que le desempeñó, al menos hasta 1429.

Gómez Díaz de Burgos, acaso natural y vecino de Palencia desde 1428, fué el sucesor del maestro Isambarte. A él se deben entre otras cosas "*la capilla nueva junto a la de San Sebastián*„ que si al principio se llamó del *Corpus Christi*, hoy es de San Jerónimo, la bóveda entre ésta y la capilla mayor, y los comienzos, cuando menos, de la Torre. Él o su subordinado Pedro Jalóp, maestro cantero también, fué el autor del cambio de planta en la iglesia, cambio perpetrado en el Pontificado de uno de los dos insignes y linajudos Obispos D. Gutiérre de Toledo y D. Pedro de Castilla, quienes animados sin duda del deseo de engrandecer el templo, dándole más ámplias proporciones, hicieron variar la traza alargando la cabecera de la cruz una bóveda más para colocar el crucero donde en la actualidad se encuentra, en lugar del sitio que lógicamente le correspondía, y en el cual de hecho comenzó a ser

construído, según palmariamente lo demuestran los arcos de descarga para el triforio, ya erigidos sobre ambas naves laterales, y los arranques y trozos de columnas, que aún subsisten en la terraza a los dos lados de la capilla mayor. Entonces se cambió también, y de ello debe ser responsable ante la Historia del Arte, el maestro mayor de la obra Gómez Díaz, el sistema o gusto constructivo, que hasta aquel punto había sido del más puro estilo del apogeo ojival, y allí comienza manifiestamente el período de decadencia.

Disculpables serán los buenos deseos e intenciones de quien tal hizo; pero el resultado ha de lamentarse siempre por los amantes del Arte y la Belleza, que al juzgar del mérito de los artistas, lo hacen por las obras que nos legaron: éstas de Gómez Díaz dejan bastante que desear puestas en parangón con todas las precedentes: la diferencia salta a la vista en ventanales, bóvedas y hasta en el volteo mismo de los arcos.

Había en el valle de Trasmiera, en la provincia de Santander, una familia de notables artistas, maestros de obras, que hicieron su nombre popular y muy apreciado no solamente en la región, sino que también fuera de ella. Era la familia de Solórzano, originaria del pueblo de este nombre, uno de cuyos individuos, Bartolomé, llegó a ser en 1488 el sucesor de Gómez Díaz después de un lapso de 22 años. Posible es que durante este tiempo ni se ejecutara en la obra nada de importancia en su parte arquitectónica, ni hubiera quizás maestro de ellas; porque de nada de ello hay indicio, además de que los

tiempos no eran, ni mucho menos, bonancibles para estas empresas, pues que la Ciudad hallábase dividida en dos bandos, que se hacían cruda guerra; el uno capitaneado por el Obispo D. Gutierre de la Cueva en favor de Enrique IV, el otro, a cuyo frente se hallaba D. Sancho de Castilla, personaje a la sazón del más alto relieve en Palencia, defensor acérrimo del Intante D. Alfonso. Por otra parte al mencionado Obispo D. Gutierre le siguió en el Episcopado palentino D. Rodrigo Sánchez de Arévalo, aventajadísimo en ciencias y letras, de lo cual nos dejó indiscutibles pruebas en sus renombrados escritos; pero que vivió y murió en Roma, donde desempeñó importantísimos cargos, sin residir personalmente ni un solo día en su Diócesis. ¿Qué interés podría tener este señor por las obras de la Catedral, que no conocía?

Auras más bonancibles para nuestra Iglesia soplaron con D. Diego Hurtado de Mendoza, hombre espléndido cual correspondía a su elevada alcurnia, de cuya munificencia nos quedan relevantes muestras en la incomparable puerta episcopal, y en la lindísima entrada primera al Claustro.

Curiosas son las cláusulas del contrato hecho entre el Cabildo y Solórzano al nombrarle en 28 de Abril de 1488 maestro mayor de la obra por todo el tiempo que ésta durare: se obliga a labrar y edificar en las cosas más útiles y necesarias según pareciere a los demás oficiales y obreros, por lo cual le darán seis mil maravedís cada año. "Empero como los oficiales y obreros aprovecharían poco su labor y traería poca utilidad no estando de contínuo sobre

ellos el dicho Bartolomé de Solórzano, maestro para los mandar y dar órdenes en lo que han de hacer, concertaron y asentaron de dar al dicho maestro cada día que personalmente estuviere en la obra sesenta maravedís; mas teniendo cuenta con su cualidad de maestro mayor, ha de entenderse el día estando al menos tres horas a la mañana y otras tres a la tarde, y no residiendo así, que no gane el estipendio de los sesenta maravedís; si hubiere de salir de la Ciudad a entender en otras obras, sea con licencia de los señores obreros, dejando orden de lo que han de hacer los canteros y oficiales que quedaren, y si cayere de la obra o se lesionare, seguirá cobrando, con tal que tuviere maestro o aparejador, que cuidare de los canteros, de suerte que no haya falta en la obra„. De gran fama y autoridad debía gozar Solórzano en Palencia y en toda la comarca, cuando tantas consideraciones se le guardaban, además de hacer constar expresamente en las Actas Capitulares que es maestro mayor de la obra de la Iglesia y de otras muchas. No obstante cláusulas tan claras, entre los Canónigos obreros y el maestro, por razón de las pagas, ocurrieron pasajeras diferencias, que quedaron satisfactoriamente arregladas mediante la intervención del Bachiller García Pérez Becerril y Juan González de Matilla, Canónigos, a quienes ambas partes encomendaron este asunto.

Coincide con la inteligente dirección técnica, de que Bartolomé Solórzano se hizo cargo por el contrato que acabamos de extractar, el relativamente largo pontificado (1486 a 1499), de un hombre como pocos, amante de las bellas artes y promovedor de

ellas con munificencia suma: es Fray Alonso de Burgos, Dominico, confesor, capellán y predicador de aquella reina, merecedora sin pretenderlo ni pensar en ello, de dar nombre al estilo ornamental de su tiempo; unidas, pues, la esplendidez del fundador de San Gregorio de Valladolid, que para contestar a sus émulos y detractores hizo grabar en su sepulcro esta sola frase "*operibus crédite*„, con la flameante inspiración artística del maestro Solórzano, imprimióse a las obras una actividad como solamente en los primeros años habían tenido. Añádase a ésto que por entonces (1492) falleció en esta Ciudad Doña Inés de Osorio, dama linajuda, viuda sin familia y rica en abundancia, que legó a la Iglesia gran copia de donaciones, con cuya ayuda asegura Pulgar que se hizo la mayor parte del crucero, terminando en 1497. Allí están testimoniándolo en las claves de las bóvedas de la amplia y majestuosa nave transversal los escudos familiares de Doña Inés y de Fray Alonso. Y aún se llegó a más, pues de este tiempo es una parte del Coro y la capilla *nueva de la Cruz*, hoy la Purísima.

Compañero y auxiliar de Bartolomé de Solórzano fué el maestro Rodrigo de Astudillo. De ambos hubo de quedar plenamente satisfecho el Cabildo que por lo mucho que habían trabajado, cuando pudieron, en favor de la obra, concedió una pensión vitalicia a la viuda del primero y otra al mismo Astudillo, viejo, achacoso y pobre; además de haber dado a éste "las casas en que mora a las Carnecerías, cerca de Diego Ximenez por vida de un heredero después de la vida suya o de su mujer, con tal que

sea su hijo o hija„. ¡Notable diferencia se deja apreciar entre la esplendidez de este período y la penuria del anterior!

En los comienzos del siglo XVI (1504), se contrató con Martín Ruíz de Solórzano, arquitecto muy acreditado, vecino como su sucesor de Santa María de Haces, en la merindad de Trasmiera, la conclusión de las obras con la condición de que habían de terminarse en seis años con piedra de las canteras de Paredes de Monte y Fuentes de Valdepero; mas fallecido inopinadamente Solórzano en 1506, continuó el contrato Juan de Ruesga, (1) quien tampoco la terminó por haber muerto en 1514; entonces hubo nuevo convenio con el aparejador Pascual de Jaén, el cual en 1516 puso la última piedra y acabó "de cerrar todas las bóvedas de todas las capillas altas e baxas e fué la postrera la última do se acaba el crucero sobre la puerta de medio de las tres que están hacia el río„. Fué ésto durante los pontificados de D. Juan Rodríguez de Fonseca y D Juan Fernández de Velasco, ambos de la más preclara nobleza castellana, entusiastas, sobre todo el primero, pro-

(1) Martín Ruíz de Solórzano y Juan de Ruesga fueron sucesivamente meros contratistas, aunque gozaron de fama y renombre de buenos arquitectos. Bartolomé de Solórzano continuó siendo el maestro director y como tal figura en las Actas Capitulares hasta 1507; en el año siguiente no se nombra a nadie; en 1509 lo es Rodrigo de Astudillo, y en 1511 Pascual de Jaén. Poco más de diez años después nombraron *maestro de cantería de la obra* a Gaspar de Solórzano, vecino de Palencia, hijo de Bartolomé, que lo fué hasta su muerte.

movedores de las obras y cuyos escudos campean en las claves y florones de las bóvedas altas desde el crucero hasta el imafronte del templo.

A la par que esta última parte de la Iglesia, construyóse el claustro, para el cual había dejado buena cantidad de maravedises Fray Alonso de Burgos *(dos qüentos)*; con ésto, con la ayuda del Sr. Fonseca y del Cabildo, el maestro de la Catedral nueva de Salamanca, Juan Gil de Hontañón, natural de Resines, ejecutó la obra que el Sr. Fonseca le había encomendado, colocando en las claves y en otros distintos sitios los escudos de Alonso de Burgos, del repetido Fonseca y del Cabildo mismo.

Dióse con ésto por concluída la parte material, arquitectónica, del edificio (1). Restaba ya vestir el

---

(1) Para sufragar los cuantiosos gastos, que supone la construcción de una Catedral como la de Palencia, es evidente que no podían bastar los recursos ordinarios; preciso fué arbitrar otros. La noticia más antigua que tenemos de esta naturaleza, es la concesión de la cuarta parte de las *impetras* o limosnas que se recogían en esta Ciudad y Obispado por la predicación y publicación de Indulgencias hecha por el Obispo *D. Guterio* (Gutierre) y confirmada por el Romano Pontífice Paulo II en 1468. Poco después (1486), Inocencio VIII concede por espacio de 35 años la mitad de los frutos y rentas de los beneficios no curados de toda la Diócesis en el primer año del nuevo Beneficiado en atención a que, «reputándose la Catedral de Palencia como muy insigne y notable entre las Catedrales de los Reinos de Castilla y León, hállase descubierta en su mayor parte y apenas se ha construído la mitad de lo que ha de ser, y los frutos y rentas de la fábrica son insuficientes para terminar las obras comenzadas».

esqueleto, por decirlo así, ésto es, ornamentar tan magnificente construcción y convertirla en un templo digno del fin a que se destinaba, de los Prelados, del Cabildo y de la Diócesis entera que con sus limosnas y esfuerzos la habían erigido y de la que podían justamente gloriarse. De su descripción va-

---

Con igual objeto expidieron Bulas y otorgaron gracias D. Antón de Rojas, Sr Fonseca, D. Pedro Sarmiento y varios otros Prelados.

Los fieles contribuían también por su parte con importantes donativos, en dinero unas veces y en granos otras; en las Actas Capitulares de 1495 se lee el dato curioso de que en 19 de Marzo «Gómez de la Muela pide al Cabildo se le descargue de las pérdidas que ha tenido al recibir el pan que Doña Inés dá para la obra por ser mojadizo, el Cabildo acuerda se le dén diez cargas de trigo y otras diez de cebada».

El Cabildo acuerda asímismo en 2 de Mayo del indicado año que se venda el pan de la obra al mejor precio.

Adelantado ya el siglo XVI, construyéronse en torno del edificio almacenes y locales, de los cuales unos desaparecieron cuando la restauración de las capillas absidales en 1896 con la carbonera y la Sacristía de San José, y otros están llamados a desaparecer.

A consecuencia del terremoto de Lisboa en 1755, las bóvedas y algún muro de la fachada principal quedaron resentidos; en Abril de 1793, los maestros D. Juan Monge y D. Francisco Xavier Emperador, maestro del Cabildo, las reconocieron, y aunque ellos no dicen las obras que son necesarias, se deduce de que en Septiembre de ese mismo año había unos italianos acuñando las bóvedas, a esos mismos operarios les encargan que «arreglen el arco de entrada al Coro y pinten toda la Iglesia de un color uniforme».

mos a tratar acompañando fotografías y dibujos, debidos en parte a la amabilidad de cariñosos amigos (1) para ilustrar el texto. Plano, figura 1.ª

(1) Son éstos los Sres. H.° Aproniano, Director del Colegio de San Juan Bautista de la Salle, D. Ignacio Grejo, D. Rafael López, D. José Sanabria y D. Albino R. Alonso, a quienes me complazco en enviar desde aquí la expresión de mi agradecimiento, así como a mi querido compañero el M. I. Sr. D Anacleto Orejón por las notas que ha tenido la amabilidad de facilitarme.

III

INDA llama Llaguno a la Catedral de Palencia en su Historia de los Arquitectos (tomo 1.º, pág. 152) y lindísima resultara de haber seguido y terminado con el plan que comenzó y contemplamos en su cabecera. Inspirado el autor de la traza, sin ser un mero copista, en la Catedral que desde poco más de un siglo antes se construía en León, la palentina había de ser un bello ejemplar de la arquitectura ojival, desarrollada en la Isla de Francia e importada a España por Obispos, Monges y maestros artistas, que de la nación vecina vinieron a nuestra patria al amparo de reinas y caballeros y de otras mil circunstancias de los tiempos aquéllos.

Pero habían transcurrido ciento veinte años desde que se echaron los cimientos en León, tiempo

suficiente para que la arquitectura de la llamada *escuela francesa*, en el proceso evolutivo de las cosas, se fuera insensiblemente modificando y acomodando a las condiciones climatológicas y características de nuestro país: es decir, que se fuera modificando, españolizando; en una palabra, que se fuera transformando en un arte constructivo, si originariamente extranjero, leonés y castellano ya cuando el Cardenal de Santa Sabina colocó la primera piedra de nuestra Catedral. "La grande y magnífica Catedral de Palencia (el brazo mayor), parte de la de Zaragoza... representan la aclimatación del estilo nacional, hecho ya definitivo„, dice el laureado e indiscutible maestro D. Vicente Lamperez, tomo 2.°, pág. 15 de la *Historia de la arquitectura cristiana española*. ¿Quién sabe si el que planeó la Iglesia de Palencia sería un artista compatriota nuestro, aunque hubiera recibido lecciones de los artistas de allende el Pirineo?

Rodeada, aprisionada mejor dicho, como está la Catedral y especialmente su cabecera por los edificios que la circundan, no tiene un punto de vista de donde se pueda gozar el magnífico y esplendente ábside; no obstante admiración profunda, rayana en sorpresa, causa a los que por primera vez la contemplan, ya se acerquen directamente a ella desde la estación del ferrocarril por las históricas vías de la Virreina y Emperador, (hoy Dato y Santa Teresa) (Fig.ª 2.ª), ya vengan dando un pequeño rodeo por las calles de D. Juan de Castilla y Jorge Manrique. Cuántos que no la conocían han exclamado al verla de repente, que es únicamente como se la vé,

cuando ya se está al pié de ella: "¡ni soñar podía yo con encontrar aquí tal maravilla!„

El grupo de siete capillas absidales, los múltiples contrafuertes decorados todos con baquetillas en los extremos de sus planos y surmontados de gárgolas y pináculos, los trece ámplios ventanales dividido cada uno por ligeras columnillas de forma de parteluces, sobre las cuales se apoyan las triples rosas del tímpano, las graciosas archivoltas y tornalluvias descansando en figuras de ángeles, niños y animales, el friso escamado, que corre por encima de todo el rededor entre dos hileras de puntas de diamante, el antepecho calado en flores cuadrifoliadas, componen una corona por ninguna otra de las Catedrales españolas superada en esplendor y grandeza, aunque la quite algún tanto de su primitiva esbeltez el escarpado zócalo, que de contrafuerte a contrafuerte hizo construir en 1598 el entonces obrero y Maestrescuela D. Alonso de Grajal, sin duda para evitar ciertas *demasías* que suelen ocurrir donde hay ángulos en forma de rincones.

Amplísima terraza constituye la cubierta de estas capillas y girola; del centro de ella y de puntos convenientes arrancan los robustos botareles, que con dobles arbotantes ván a sostener el empuje de los arcos en los sutiles contrafuertes colocados en las aristas del polígono en que termina la nave mayor. Dividida ésta en dos zonas horizontales por elegante impostilla, sobre ésta se abren en cada uno de los planos las correspondientes ventanas ojivales, altas, partidas por maineles, ornado el tímpano con rosas, coronado por aérea archivolta, llenando con

no desproporcionada anchura todo el plano, que en la parte superior termina, alternando por tramos, en una cenefa de enlazados dibujos geométricos con las escamas de que se ha hecho mérito, y una y otra entre filas de puntas de diamante, solamente interrumpidas por sencilla espadaña donde apenas fija nadie la atención, absorto como se está en contemplar tan admirable conjunto, y que cuanto más se le contempla, más ahonda la agradable emoción estética que produce.

¡Verdadera lástima es que el Arquitecto D. Jerónimo Arroyo no dispusiera de medios pecuniarios suficientes para terminar la restauración tan bien pensada, con tanto gusto sentida y tan perfectamente ejecutada por los, más que artesanos, artistas, que a sus órdenes trabajaron, de los cuales solamente quiero nombrar al maestro de obras palentino don Tadeo Dueñas y al genial y competentísimo escultor, lo mismo en piedra que en madera, D. Mariano Otero, burgalés, por que es de advertir que la aberración del gusto había llegado a tapar con un prosáico tejado este bello florón hasta la mitad de los ventanales! (1)

---

(1) Sabido es de sobra, y casi olvidado se tiene ya, que estas obras de restauración, así como las absolutamente necesarias de reparación de los tejados, que estaban a punto de venir al suelo, pues que los pares de la armadura de la nave central tenían treinta y cinco centímetros de desplome, se ejecutaron en gran parte, no totalmente, costeados por el Estado a cambio de la cesión de la Arqueta arábigo-bizantina de marfil, con armadura de cobre esmaltado, hecha en Cuenca en 1050,

Ya en la terraza encuéntranse a cada paso, sea en el paramento de las piedras, sea en el intradós de los dobles arbotantes, signos lapidarios, de los que aún no se ha publicado una explicación que no esté basada en meras hipótesis, y toscas figuras de animales dibujados a cincel, que lo mismo puede ser una señal del artífice, que un capricho, o una genial ironía de algo que desconocemos. (Fig.ª 3.ª)

Más de bastante mayor, de capital importancia, en la historia de nuestra Iglesia son los datos inapelables que ella misma nos suministra para conocer la planta primitiva del templo y el cambio casi radical adoptado, no en cuanto al estilo y sistema constructivo, sino en lo que se refiere a la traza y elementos de ornato.

El autor del plan de la Catedral, hombre docto en su arte, no ignaro del simbolismo cristiano, la ideó con planta de cruz latina, orientada de Oeste a Este, con el brazo superior de la cruz un tantico inclinado hacia la derecha; así la trazó, la replanteó y comenzó a ser ella levantada hasta el brazo travesaño o crucero; prueba de esta rotunda afirmación son los dos arcos rebajados que a ambos lados de la nave mayor y perpendiculares o transversales a ella, describiendo ángulo recto, nos lo demuestran pal-

---

único ejemplar en su género, que hoy se custodia en el Museo Arqueológico nacional. El Cabildo, con un celo patriótico, que no todos son capaces de comprender y menos de sentir, cedió esta joya a cambio de las mencionadas obras, sabiendo de antemano que perdía una cantidad igual o mayor que el importe de los presupuestos formados por los Arquitectos diocesanos.

mariamente: estos dos arcos en él intrados y a la parte que hubiera sido su paramento interno, conservan abiertas las cajas en que se habrían sujetado las moldeadas piedras del triforio. A mayor abundamiento, para confirmar esta tésis, en los cuatro extremos de estos dos arcos consérvanse aún, unidos a ellos, truncados trozos de columna, que sin género de duda habían de constituir el arranque de los respectivos arcos diagonales, cuya existencia allí sería inexplicable, de no servir para construcción u ornato del proyectado crucero, como tampoco tendría razón de ser el arranque de un arbotante en sentido paralelo a las naves.

Pero no solamente se modificó el plan general de la Iglesia, si que también el gusto estético: hasta este momento preciso puede en verdad afirmarse que la Catedral, arquitectónicamente considerada, pertenece al segundo período ojival, llamado ordinariamente *florido*, o con más propiedad de *apogeo*, desde este punto, y sin transición notable para la generalidad de los visitantes, entra en el tercer período *Flamígero,—flamboyant* dicen los franceses— o de decadencia, al menos en cuanto se refiere a los elementos de ornato. Compárense las ventanas anterior y posterior a la arcada que debió servir de partida al crucero, las columnitas y capiteles en jambas y parteluces de la primera con la escocia seguida, sin solución de continuidad desde el arranque de la jamba hasta el vértice de la ojiva en la segunda; fíjese la atención en la imposta bajo el tejaroz, y la diferencia salta a la vista (Fig.ª 4.ª)

¿Cuál sería la causa de este cambio? En mi con-

cepto dos causas hubo que determinaron la variación del plan: primera, entraba la Diócesis de Palencia en su período de mayor esplendor, riqueza y pujanza; los Prelados que venían a sentarse en esta Silla eran o de regia estirpe o personajes de noble alcurnia que ascendían ordinariamente a la sede palentina, después de haber ocupado otras, como premio a sus merecimientos o personales o de familia. Estos señores, pensando acaso como los sevillanos, cuando decían: "Hagamos una Catedral que al verla los venideros nos tengan por locos„, querrían un templo de mas ámplias proporciones que el comenzado; uniendo a ésto la segunda causa que fué la necesaria sucesión de maestros educados artísticamente en distinto ambiente, pudo determinar de una parte la variación del plan y de otra la de la manera de construir y ornamentar.

Cinco puertas principales dán acceso directo desde la calle al interior del templo, cuatro de ellas llevaban antes el nombre de los primitivos Patronos de la Iglesia, los cuales nombres con el tiempo se han ido mudando de tal suerte, que en la actualidad nadie las reconoce por ellos: llamáronse originariamente del Salvador, de Santa María, de San Antolín y de San Juan Bautista. A la quinta se la designa por puerta del Hospital, por estar inmediata a este edificio, o puerta de los Canónigos, no sé por qué.

La primera, o sea la del Salvador, hoy es conocida por la puerta de los *Novios*; dícese que obedece el cambio a que ante ella se verificó el matrimonio del Príncipe de Castilla D. Enrique, hijo de Juan primero, con D.ª Catalina de Lancaster, hija

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

de los Duques de este título; primeros Príncipes de Asturias; suceso que puso fin a la lucha por la sucesión a la corona de estos reinos, y trae a la memoria aquella valentía heróica de las damas palentinas por la cual merecieron que el Rey las otorgara el derecho de adornar su tocado con banda de oro. Está situada esta puerta por el lado del mediodía a la terminación de la cabecera y es un bello ejemplar de la arquitectura del siglo XV, aunque fuera ella levantada a principios del siguiente. Compónese de cuatro arcos ojivales concéntricos adornados de follajes y calados, guarecidos bajo otro conopial de muchas y muy bien esculpidas *cardinas*, terminado por elegante florón: flanquean la puerta dos esbeltas agujas y termina en la parte superior por una franja de entrelazados dibujos geométricos, esmaltada por los tres lises del Cabildo en medio y las armas de dos celebérrimos Obispos dominicos, Fray Alonso de Burgos y Fray Diego de Deza, a derecha e izquierda. (Fig.ª 5.ª)

Por decir algo de la torre en aquel entonces construída, y que realmente poco lo merece, diré que es en extremo amazacotada, que desentona de todo el conjunto, al cual perjudica artísticamente, pues que quita al crucero el mejor punto de vista. Con el respeto que merecen los motivos que tuvieran sus autores, entiendo que no pudieron hallar sitio menos a propósito para emplazarla ¡Cuánto mejor hubieran resultado dos torrecitas más aéreas, menos macizas a los lados de la incompleta desguarnecida fachada principal!

La más bella y la más rica portada de nuestra

Catedral es la de Santa María, hoy conocida por puerta Episcopal, en el hastial Sur del crucero. Compónese de una grandiosa y bien trazada ojiva, que en arcos decrecentes, alternando estatuillas y follajes, encierra seis archivoltas cubiertas de un arco conopial, el cual, en el interior de su vértice, cobija la imagen de San Antolín entre dos leones. En las enjutas y resto del muro hasta el remate, al igual que en la parte superior del tímpano, comienzan a alborear las filigranas platerescas, sirviendo de marco a los escudos de los más espléndidos Obispos palentinos D. Diego Hurtado de Mendoza, Fray Alonso de Burgos y D. Juan Rodríguez de Fonseca, juntamente con las flores de lis del Cabildo. El ingreso estuvo, como está hoy el de la puerta de frente, partido en dos por una columna que a la vez servía de pedestal a la estatua de la Santísima Vírgen, a la cual hacen corte las imágenes de los Apóstoles: actualmente la columna se encuentra truncada en su parte inferior, terminada en *cul de lampe*; pero continuando en su sitio la imagen de Santa María; los dos arquitos antiguos han sido sustituídos por uno solo muy rebajado. (Fig.ª 6.ª)

Frente a esta puerta, en el hastial opuesto, está la de los Reyes, así vulgarmente conocida, porque no se abre más que para dar paso al Santísimo Sacramento y a los Reyes de España, cuando se dignan visitarnos.

Soberbia y elevada, más que ninguna, es la ojiva de esta puerta, en la que lucen su magnificencia tres archivoltas, una serie de estatuas con repisas-doseletes y franjas de calados follajes. Adornan las

enjutas dos flores inscritas en sendos círculos, y quiebran la seca aridez del muro superior tres hornacinas, abiertamente ya del estilo de renacimiento, acogiendo en sus respectivos huecos al Santo Patrono y sus dos compañeros mártires San Juan Presbítero y San Almaquio. Recuadros y figuras plateresca exornan el grandioso tímpano, que ostenta además un arquito de medio punto entre dos círculos, cuyo destino no es fácil colegir. El hueco de ingreso hállase dividido en dos por una prismática pilastra, elegante soporte de una estatua del Santo Precursor, a quien la puerta estaba dedicada, como ya se ha dicho: actualmente la imagen está tan deteriorada, que ni el artista que con tanto cariño la labró, la conocería. ¡Pobre San Juan, cómo te han puesto, más que las injurias del tiempo, la salvaje pedrea de incivilizados muchachos!, pocos serán los que a su paso buscando cultura, no hayan dado muestras de su incultura lanzando sobre tí su correspondiente piedra. ¡Hasta te han decapitado! (Fig.ª 7.ª)

Esta puerta no tiene escudo ninguno para poder deducir quién la costeara; no será sin embargo aventurado el juicio de que el autor y maestro director de ella, así como las dos anteriores, fuera Bartolomé de Solórzano, el más afamado arquitecto de su tiempo, encargado de las obras de la Catedral por esos años, cuando más impulso y esplendidez se las imprimió.

Otra puerta tiene la Iglesia, dejando de lado la del Hospital, que no ostenta absolutamente nada digno de fijar la atención en ella: me refiero ahora

a la de la imafronte, llamada de los Descalzos, porque allí inmediato estaba el Convento de estos religiosos, pero que su verdadero nombre es de San Antolín: es natural que al bienaventurado Santo, que en el correr de los siglos vino a quedar como patrono único de la Iglesia, se le dedicara la puerta principal, a no ser que por dignidad y categoría las fueran dedicando a medida que las iban construyendo.

Es la indicada puerta de San Antolín lo más pobre que se puede imaginar en una Catedral de la magnificencia de la nuestra. Verdad es que toda la fachada resulta lisa, seca, fría, pobrísima, sin otro ornato que dos sencillos arcos ciegos en la zona correspondiente al triforio, una desgarbada ojiva dando luz a la nave central y un rosetón bastante agraciado en el piñón: sin duda porque la época en que se erigió—principios del siglo XVI—ya el núcleo mayor y más importante de la población habíase fijado en esta parte y quisieron ahorrar trabajo y dinero para emplearlo mejor en el ornato interior: sea cualquiera la causa, la fachada quedó como se la vé y de las tres puertas indicadas, una por cada nave, solamente la del medio es practicable, mostrando a su ingreso un portalito indigno de la casa de Dios, pegadizo que debiera desaparecer igual que la inmediata capilla, aunque de nuevo se enfade el antiguo capillero de las Reliquias. (Fig.ª 8.ª)

Otras dos puertas hay en el interior, en la nave de la Epístola, que dán acceso al Claustro: de ellas se tratará en el lugar oportuno.

Todo el mundo entra generalmente en la Cate-

dral por la puerta de los Novios, por allí entraremos también nosotros, si al lector le place. Ya dentro, apenas hemos andado unos cuantos metros, al desembocar en la nave de la Epístola, nos encontramos con dos góticas estátuas, colocadas sobre sendos pedestales, en los ángulos interiores del primer tramo: son la Vírgen Santísima y el Arcángel San Gabriel, representando el misterio de la Anunciación; el tamaño es bastante mayor que el natural, lo cual parece indicar que fueron labradas para más alto sitio, acaso el coronamiento de la puerta antigua, la primitiva a la cual vino a sustituir la presente.

Dentro ya de la Iglesia, parece natural que antes de comenzar a examinarla en detalle, recorriendo paso a paso las naves, capillas y demás dependencias, formemos una idea general, abarcando el conjunto. Henos pues, al pié del templo, bajo el cancel que resguarda la puerta de San Antolín: nuestra vista queda extasiada, así, sin que haya nada de hiperbólico en la frase, ante el espectáculo magnífico, soberbio, incomparable, que contempla.

En efecto, al extender la mirada por un espacio de 130 metros de largo, veintisiete de alto y doce de ancho, espacio limitado imperfectamente por muros, que con sus arcos, triforios y ventanas, dán la impresión de diafanidad completa, al ir siguiendo con los ojos cada una de las columnas compuesta de apretado haz de nervios, que suben hasta lo alto y allá arriba se doblan y caprichosamente se juntan y entrelazan los de un lado con los de otro lado, al adivinar más bien que ver el ámplio, mayestático crucero lleno de luz, que en toda su altura

corta la nave principal, al descansar la vista con el tibio resplandor que despiden los vidrios de colores desde el crucero hasta el fin rematado por graciosísimo abanico que allí forma la nave absidal, al hacerse uno cargo de las proporciones adecuadas de las naves laterales (quince metros de altas por diez de anchas), si por un momentáneo esfuerzo, no muy costoso por cierto, de la imaginación, se prescinde de cuantos aditamentos, por ricos que ellos sean, la empequeñecen, entonces se siente uno dentro de una maravillosa construcción que se le llega a antojar mágica, fantástica. (Flg.ª 9.ª)

Pensemos fríamente, serenamente, y digamos con plena convicción de estar en posesión de la verdad: la Catedral de Palencia no es tan aérea como la de León, pero es más *nuestra*, porque es menos *francesa*: no es tan rica y detallista como la de Burgos, pero es tan española, tan castellana como ella: siendo hasta cierto punto una ventaja, si se quiere, el estar vestida con menos ornamentado ropaje, porque la justa sobriedad, que en ella reina, hace que la atención esté más embebida y absorta en la contemplación del conjunto, y el conjunto es por sí solo, ya se ha dicho, magnífico, soberbio, digno de las dos compañeras que fueron su prototipo.

IV

L emprender ahora su descripción, la descripción de cada una de las partes del interior, sigamos el orden cronológico para acomodarnos a la marcha de los tiempos, y no involucremos lo que debe decirse separadamente. Así pues, bajemos a la cripta o cueva de San Antolín, como vulgarmente se la llama.

La escalera de veinte peldaños, que se halla en medio del trascoro, encima de la primitiva escala, nos conduce a ella. (6 Pl.ª)

En dos partes, de todo en todo distintas, se divide la cripta: la una que es la más estrecha, mide diez metros y medio de larga, por cuatro y medio en su mayor anchura y tres y medio de alta (Fig.ª 10), está cortada en varias zonas transversales por siete arcos túmidos y cubierta en toda su longitud por lisas

lanchas de piedra: en el espacio que media entre el tercero y cuarto arco de ambos muros abriéronse en un principio sendos arcos de herradura practicables, que indudablemente servían de paso a otras naves laterales o cuando menos a capillas (Fig.ª 11) y en la actualidad están cortados verticalmente casi en su mitad por otro arco de medio punto muy posterior, que sirve de apoyo al zócalo y verja del coro: exploraciones hechas en los intermedios de los arcos fajones han comprobado que el muro aparente no es el primitivo, sino que éste está más retirado a una distancia de sesenta y cinco a setenta centímetros. Limitan el fondo tres arquitos apoyados sobre dos columnas exentas, cuyos capiteles, igualmente que los arquitos, son a todas luces visigóticos (Figura 12); nos lo dice sin dejar lugar a duda el ornato de los primeros y la *radiación* o labra de las dovelas de los segundos. Acaso fuera esta construcción una basílica pequeña en proporciones, como casi todas las que erigieron los conquistadores de nuestra patria en los siglos VI o VII, quizá levantada en honor de San Antolín cuando, según la tradición, el Rey Wamba trajo las venerandas reliquias de nuestro Santo Patrono desde la Galia Narbonense en el pontificado de Ascárico.

Unióse a esta parte (y no al contrario) la más ancha de quince metros de longitud por seis metros y cuarenta centímetros de anchura: en zonas transversales la cortan cinco arcos fajones de medio punto, sobre los cuales se apoya la bóveda de medio cañón arrancando unos y otra desde el suelo: en cada tramo se abren unas ventanillas estrechas en el

paramento exterior, a modo de saeteras. El estilo, y por ende el tiempo de esta construcción, ha sido objeto de dudas, (para mi siempre fué claro): como este trabajo no es de discusión, he de concretarme a sentar que pertenece a la primera época románica, o si se quiere *pre-románica*, de ninguna manera a la romana: lo prueban la extructura de la bóveda, el corte de las ventanas, la planta misma de la capillita, el hueco o pila bautismal para administrar el Sacramento en la forma mixta de inmersión e infusión, los pedazos de piedra con ornamentación visigoda, el trozo de imposta *abilletada*, la cruz esculpida y el busto románico, allí encontrados al hacer las obras de limpieza, todo, en fin, parece que a voces nos está diciendo su procedencia del siglo X al XI, sin que empezca como razón inapelable en contrario el que las ventanas, que hubieron de abrirse para recibir la luz de fuera, se hallen a nivel más bajo que el piso exterior de hoy, pues que habiéndose construído la Catedral en un plano inclinado, cuya parte más elevada corresponde a la cabecera, y la más baja al pié del templo, claro es que fué preciso nivelar el terreno rebajándole en las capillas absidales y girola, y rellenándole por el imafronte: así se explica por qué al hacer unas excavaciones en la plazuela de la fachada principal, solamente se descubrieran restos de la labra de piedra envueltos en escombros de las antiguas construcciones derruídas.

No es la *cripta* o *cueva* la parte de la Iglesia que menos modificaciones ha sufrido. Hallándose reunidos en Calabazanos el día 3 de Noviembre de 1513 el Sr. Obispo D. Juan Rodríguez Fonseca, el

Sr. Deán D. Gonzalo Zapata, el Tesorero D. Fernando González de Sevilla para tratar de las cosas pertenecientes a la Catedral, entre otras "asentaron e concertaron que su Señoría adrezase e adornase la cueva de dicha iglesia llamada *soterraño*„. Y que efectivamente, el Sr. Obispo la hizo "adrezar e adornar„, nos lo demuestran palmariamente la menuda y prolija labor de los lados de la escalera, los relieves del martirio de San Antolín y de sus dos Santos compañeros y del milagro del Rey en la caza del jabalí, y por último, el delicado trabajo que bordea el brocal del pozo. Quizá hizo más: acaso entonces se cubrieran las paredes de espesa capa de mortero tapando los arcos túmidos laterales y se revistieran las romanas columnas y visigodos capiteles del yeso, que por completo les ocultaba; probablemente el señor Fonseca costearía el altar de azulejos que en el fondo de la parte estrecha sostenía la misma imagen de San Antolín, que hoy arreglada y retocada, se venera al terminar la parte más ancha, por que en el remedo de presbiterio que allí había, bajo una gran piedra, que sirvió de sostén a la reja de madera, se encontraron unas monedas de cobre de su tiempo.

Pero si la generosidad del Sr. Fonseca subvino al adorno de la cripta, no fué suficiente para hacerla algún tanto confortable, pues que 17 años más tarde, en 1530, dice el Cabildo que "no pudiéndose frecuentar el soterraño a causa de la frialdad y siendo mucha la devoción que se le tiene, acuérdase que se arregle con un suelo de carbón y encima otro de madera, y se guarnezcan de madera las paredes y el pozo. De suponer es que se ejecutara este acuer-

do capitular, pero cuando se restauró la cripta en 1906, no pareció resto alguno del suelo de madera, sino una cubierta de tierra de cerca de un metro de espesor sobre el viejo pavimento primitivo.

Siguiendo el orden propuesto, hemos de volver a la cabecera. Allí encontramos en primer lugar lo que han dado en tener por primer crucero, que en realidad no es tal crucero, sino más bien sitio de paso a uno y otro lado de las naves bajas (vestíbulos los llama el Sr. Lamperez) para facilitar el acceso al interior del templo y capillas de la nave del Evangelio. Constituye el crucero una nave transversal de la misma altura que la mayor, con la que forma cruz; pero aquí no hay eso: las bóvedas de referencia ni en altura, ni en proporciones ni en nada absolutamente tienen algo por qué se puedan denominar verdadero crucero; cuando más, por un tácito convencionalismo, se le podría decir *falso crucero*.

Arco de San Martín (7 Pl.°)—La primera capilla, rectangular, a la derecha está cerrada por el arco y altar de San Martín, antiguo patronato o pertenencia del Secretario de Felipe III D Martín Pradeda, quien juntamente con su mujer, D.ª Isabel de Cisneros, lo compraron a los Sres. Deán y Cabildo con dos sepulturas al pié para sí y sus hermanos en el año 1607, adornándolo a su costa, haciendo colocar en el tímpano del arco un relieve de San Martín, partiendo la capa con el pobre cuando aún era soldado y catecúmeno: el centro del altar le ocupa una buena copia del entierro de Cristo por el Ticiano. La capilla que está detrás del arco, sirve de sacristía a la siguiente.

Capilla de San Pedro o de los Reyes (8 Pl.º) —Es ésta exágona, como las restantes del ábside, a excepción de la del centro, octógona, y la última, rectangular también igual que la anterior, a la cual corresponde. Contrasta la parte arquitectónica de esta capilla de intachable purismo ojival, con el exorno rico, exuberante, soberbiamente plateresco, con figuras reales o fantásticas que llenan por completo los muros y plementos desde el zócalo de azulejos de Talavera, hasta la clave de la bóveda. (Fig.ª 13 y 14). El retablo jónico y la reja de dos cuerpos sustituyeron a otros más antiguos: contrató la obra Juan de Corral, con quien se convino el precio en mil seiscientos ducados, añadiendo después generosamente ciento más por las demasías que se habian hecho. Todo fué a costa de D. Gaspar de Fuentes y de la Torre, Arcediano de Campos y Abad perpétuo de Alabanza, y del patronato por él mandado fundar, pues que murió meses antes de que se formalizara la cesión, que tenía contratada con el Obispo D. Luís Cabeza de Vaca y el Cabildo, pero dió comisión para realizarlo a Gabriel de Salceda, Canónigo y luego Arcediano también, el cual tampoco vió cumplidos los deseos del fundador. Aunque en la inscripción del friso alrededor de la capilla se lee la fecha 1551 y debajo del hermoso antepecho de la tribuna dice: "A. 1552„, las obras no se terminaron por completo hasta 1568 próximamente, dieciocho años después de la muerte de D. Gaspar de Fuentes.

No obstante el contrato con Corral, hizo y colocó la reja Francisco Martínez, rejero vecino de

Valladolid, quien para cobrar el importe de su obra hubo de sostener un pleito con D. Jerónimo de Fuentes, que había sucedido en el patronato de la capilla, en el cual pleito informaron como peritos los rejeros Gaspar Rodríguez y Juan de Azpeitia en 1557 (1).

Ya en esta época, la perversión del buen gusto hacía muchos dislates en las obras artísticas con el pretexto de reparación del arte: así desnaturalizaron los ventanales de esta capilla, y—para no repetir a cada paso lo mismo, dígase aquí de una vez por muchas—los de todas las capillas del ábside, desnaturalización que llegó a lo inconcebible, perdurando hasta el pontificado del Ilmo. Sr. D. Enrique Almaráz, Obispo de Palencia de 1893 a 1907, quien a sus expensas hizo la reparación de todas las capillas absidales y mandó colocar las vidrieras de colores, trabajadas en la casa de A. Rigalt y Compañía, de Barcelona. Un recuerdo de respetuoso cariño, bien merecido, para el insigne Prelado, que siguiendo las huellas de otros Obispos palentinos, mereció llegar hasta la sede de San Eugenio y San Ildefonso: gracias a él, la más bella porción de nuestra Iglesia ha vuelto a lucir sus pristinas galas.

Capilla de San José (9 Pl.°)—Por lo que a su construcción se refiere, únicamente se diferencia de la anterior en que tiene tres ventanas, resultando por ésto más simétrica. El paramento de los cuatro muros libres, malamente enlucidos de yeso como

---

(1) Archivo de la Chancillería de Valladolid, citado por Alonso Cortés.

casi todo el templo, está adornado con otras tantas pinturas, que son una reproducción de la liberación de San Pedro, por Ribera, el *Españoleto*; las matronas romanas Santa Irene y Fabiola curando las heridas de San Sebastián; una copia de tantas como andan por ahí (en la Catedral hay tres) del entierro de Cristo por Ticiano y una buena tabla de las Angustias, algún tanto semejante a otra de Roldán que existe en la Catedral de Cádiz.

Bajo el cuadro del Entierro, está la lápida sepulcral del preclaro Obispo de Palencia D. Juan de Castromocho, enterrado primero en el centro de la capilla en un sepulcro de alabastro, que se alzaba del suelo donde descansó hasta 1794. En el centro de la capilla yacen otros dos Prelados, los Sres. Almonacid y Mollinedo.

La capilla estuvo dedicada hasta fines del siglo XVIII y llevó el nombre de las *Once mil Vírgenes*, cuyo retablo, consistente en un notable cuadro pintado en Palencia por un *Maese* Benito, que se colocó más tarde en el tras altar de la Capilla Mayor, y la reja de hierro costeó el prebendado D. Esteban Fernández, de Villamartín, gran bienechor de la Iglesia

Mas en el citado año de 1794, el Sr. Obispo D. José Luís de Mollinedo, ocultando modestamente su nombre, y prévio el acuerdo del Cabildo, hizo un nuevo retablo de San José, obra del valenciano Maella (Fig.ª 15.)

Las columnitas y nervios, que de ellas arrancan, reúnense en la clave de la bóveda unidos por un medallón.

CAPILLA DE SANTA TERESA (10 Pl.°)—Ninguna ha variado tanto de nombre en el transcurso de los siglos como esta capilla: llamóse primero del *Corpus Christi*, porque en ella se reservaba el Santísimo Sacramento, hasta que en 27 de Noviembre de 1521, mandaron pasarle a la que había sido la Mayor y desde entonces, dejaba de serlo; además de que el Salvador, cuya efigie hállase esculpida en la clave de la bóveda, era el primer patrono de la Iglesia; después se denominó de San Nicolás y dícese que en ella celebraba sus reuniones el Concejo de la Ciudad; más tarde del Bautisterio; luego del Monumento, y por último de Santa Teresa de Jesús, a quien la dedicó el Ilmo. Sr Almaráz, cuando se hizo la restauración.

Es la más hermosa, y aparentemente la mayor de todas, sin duda por su forma y disposición octógona. El retablo, gótico moderno, y la única imagen que en él se venera de la Vírgen Avilesa, es obra de los talleres de Meneses, de Madrid; la reja, en cuyo segundo cuerpo campean las armas del Prelado y del Cabildo, fué forjada por el modesto rejero de Burgo de Osma D. Juan Pascual. Adornan sus muros cuatro tapices, si no grandes en dimensiones, de verdadero y positivo mérito y dos pinturas, una austera representación de San Jerónimo penitente, y otra, dulce y sentida, buena copia de una Sagrada Familia, de Rafael de Urbino.

Como detalle curioso hemos de consignar aquí que en 30 de Abril de 1590, los Sres. Deán y Cabildo mandaron a los Canónigos obreros que colocaran en el altar de San Nicolás "una imagen de

Nuestra Señora de la Esperanza, de una Cofradía que tienen los Estudiantes de esta Ciudad, atento a que los Cofrades lo suplicaron reverentemente al Cabildo„.

CAPILLA DE LA BLANCA (Pl.° 11).—Así se llama la que sigue a la primitiva del Corpus Christi, porque es natural que a la derecha del Salvador se coloque su madre Santísima, como está representada en el medallón de la clave de la bóveda: se denomina de la Blanca por estar dedicada a Nuestra Señora de las Nieves, y sabido es que acá, en España, Nieves y Blancas son sinónimos, con el cual nombre se honran las que reconocen por su patrona a la Vírgen María en el misterio de su aparición a los patricios romanos.

Como en otra parte se ha dicho, esta capilla fué la primera que se terminó a costa del Arcediano de Carrión, D. Alonso Rodríguez Girón, que en ella está sepultado, y suyos son los escudos, que en la parte superior de los muros y en uno de los sarcófagos nos dicen ser una misma persona la que costeó la obra y la que allí está sepultada.

Otros tres respetabilísimos señores duermen allí el sueño de los justos: D. Pedro Fernández de Piña, D. Alonso Diez de Támara y el Ilustrísimo Sr. D. Juan Lozano y Torreira, dignísimo Obispo de Palencia, de quien aún guardan grata memoria los que le recuerdan, que son muchos. Merece especial mención D Alonso Diez de Támara por haber costeado el retablo primero, del cual solamente queda la simpática marmórea imagen de la Santísima Vírgen con el Niño.

Tres pinturas de buenas dimensiones cuelgan de las paredes; un santo que bien pudiera ser el fundador de los *Antonianos*, sumido en oración, y una buena copia hecha por D. Vicente López de los medios puntos de Murillo representando la aparición de la Vírgen a los devotos fundadores de Santa María la Mayor de Roma y la presentación de éstos al Papa Liborio: estas dos pinturas fueron legadas a la Iglesia en 1877 por D. Justo María de Velasco, pintor notable y Director por muchos años de la Escuela de Dibujo de esta Ciudad.

Cierra la Capilla, antigua reja forjada por el rejero palentino Juan Relojero; (de cuya fragua debieron salir también las rejas de las capillas de San Miguel, Bautisterio y Sagrario, a juzgar por sus formas y dibujos, y decimos ésto, para evitar repeticiones) a expensas del Canónigo Bartolomé de Palencia, el mismo que ajustó con el vidriero Diego de Santillana, vecino de Burgos, los cristales historiados de buenos colores y matices, que se obligó a poner en los óculos y ventanas de la capilla, a razón de 95 maravedís cada palmo, dándole además casa, carbón y andamios.

Capilla de San Miguel (Pl.° 12).—En su extructura arquitectónica es igual a la de San Pedro, a la cual corresponde por orden de situación, pero se diferencia de todas las demás en que sus dos ventanales, por error o por cálculo, pues que el suelo al exterior vá bajando, son próximamente medio metro más largos que los otros.

Fundador o patrono de esta capilla debió ser el

personaje, Canónigo o Sacerdote revestido para celebrar la Santa Misa, que yace en el sarcófago del segundo paño de la izquierda y cuyo escudo se vé encima; quizás sea el prebendado Sancho Diez de Mata, enterrado en esta capilla, según el *Consuetudinario*, para la cual pagó el retablo, que no es el actual. Ante el altar se admira un frontal de guadamacil o cuero de Córdoba, repujado y dorado.

Hay también en la capilla de que tratamos, dos retablitos en los entrepaños primeros a derecha e izquierda. El grupo de Santa Ana, la Vírgen y el Niño (Fig.ª 16), que a costa del racionero Antonio Martínez Pesebre, se colocó antes de 21 de Febrero de 1510, fecha del fallecimiento del donante, junto al pilar que separa esta capilla de la anterior, es de lo más típico, de lo más sentimental, de lo más religiosamente artístico; como obra de la buena época gótica está impregnado de un misticismo puro y sencillo a la vez que atrayente y sentido. Frente a este grupo, representativo de tres generaciones, está San Roque en un retablito *monísimo*, según dicen hoy, plateresco, no malo ni mucho menos, pero bien distinto del grupo anterior.

La reja de la misma factura que la de la Blanca, tiene en el escudo cinco lises, que deben ser de la familia de los Maldonados.

Capilla del Bautisterio o de San Cristóbal (Pl.º 13).—Es la última de las absidales rectangular como su correspondiente, la que sirve de sacristía a la de San Pedro.

Cubierta por bóveda de crucería de los buenos

tiempos del estilo, por hallarse en el centro la pila bautismal, recibe el primer nombre, y dásela el segundo por ocupar el sitio preferente del lindo retablo del renacimiento en el fondo la imagen del popular Santo que mereció llevar en sus hombros al Niño Jesús, y al exclamar, agobiado por la preciosa carga: "Cristo, valme lo que pesas„, oyó esta respuesta: "Cristóbal sea tu nombre„.

Dos ciegos arcos ojivales ábrense en sus muros: cobija el primero el retablo de que queda hecho mérito, y el segundo una tablita pintada, ante la cual se dice que hacía oración Santo Domingo, y de la cual puede desde luego afirmarse que perteneció a la casa del Santo.

SAGRARIO (Pl.° 10).—Llámase así la capilla que ocupa el centro del ábside, o mejor dicho el ábside mismo, la que debía ser como lo es en todas las Catedrales y lo fué en algún tiempo en ésta, capilla Mayor, hasta que en 1519 se trasladó el culto catedralicio al sitio donde ahora se celebra, para cuyo retablo Fray Diego de Deza dió en distintas ocasiones importantes cantidades, aún siendo ya Arzobispo de Sevilla.

Limita esta capilla por su frente elegantísimo arco cairelado, en el cual, como si se hubiera querido hacer un alarde de explendidez y buen gusto, prodigaron el ornato hasta en sus más pequeños detalles: sobre el arco corre ancha faja en la que alternan con finas arquerías estatuitas religiosas, y la corona una crestería de la misma factura que los trilobados caireles, alzándose en el centro un calva-

rio típico del siglo XV: las enjutas ostentan rosetones de lobulados círculos, a cuyo lado, en exornada repisa, se arrodillan estatuillas orantes de un Prelado y un Canónigo (Fig. 17). El espacio comprendido entre este arco y el ábside le cubre una bóveda de cairelados nervios y labor tan prolija, que fatiga la vista. Bello es todo ésto en verdad; pero impide recrear el alma con la contemplación de otra belleza más genuina, más típica, si se quiere: el ábside mismo con toda su galanura; el triforio sin antepecho, sencillo y elegante, los atrevidos ventanales, los sutíles nervios, sostén de los plementos, todo queda oculto sin que sea dable admirarlos al que no se determine a subir hasta ellos (Fig.ª 18). ¡Si pudiera hacérselo desaparecer sin destruirlo.....!

Al lado del Evangelio, en un hueco que fué puerta, y entre dos rejas lindamente forjadas, yace Doña Inés de Osorio (Fig.ª 19), de cuya generosidad ya se ha dicho algo; si sus obras la acreditan de espléndida, la estatua yacente, suponiéndola retrato, según alguien piensa, nos la muestra sencilla y piadosa como una monjita, que no se preocupa más que de gozar las dulzuras espirituales. El epitafio en la parte superior del blasonado sarcófago dice: "Aquí yace la magnífica Sra. D.ª Inés de Osorio, que Dios aya, falleció a XX de Junio de MCCCCXCII años dexó todo lo suyo a esta Iglesia hizo este retablo e las capas blancas. Portillo„. Cuál sea este retablo, no creo fácil saberlo; pero de seguro no es el actual, notable ejemplar plateresco; acaso fuera el anterior que se debió quitar en conformidad a lo acordado por el Cabildo junto con el

provisor del Obispo en nombre del Prelado por el año 1529 (1).

El arcón o cofre que se vé sobre un repisón del mismo lado guarda la momia de la Infanta de Castilla Doña Urraca, hija del Emperador Alfonso VII y reina de Navarra por su matrimonio con D. García Ramírez, la cual murió en 1179 u 89 y fué enterrada en la Catedral de Palencia, donde probablemente la hallaría la muerte, dado su parentesco y relaciones con el Obispo D. Raimundo.

En el paño de frente al del sepulcro de D.ª Inés se abre la puerta lateral de la Capilla, menuda y complicada labor de cintas de hierro, antiquísima desde luego, cuyos ejemplares no abundan mucho. Por la parte de fuera de esta portadita hay de un lado una estatua de Santa Inés con la fecha 1568 en la peana: fué costeada según una inscripción en

---

(1) Por cierto se ha tenido siempre que el retablo de esta capilla, costeado por Doña Inés, fué trasladado a la actual capilla mayor cuando se trasladó el culto, y se añade que siendo pequeño para el sitio que había de ocupar, se le agregaron los costados, las tablas y el Calvario, siendo costeado por Fray Diego de Deza. Creemos que hay aquí alguna confusión: lo que sin duda alguna se trasladó y añadió fué la sillería y con ella el Coro.

En el Cabildo celebrado en 26 de Abril de 1529 se dice claramente que en la capilla del Santo Sacramento había un retablo guarnecido de plata, y empiezan a tratar de si deberá recogerse la plata y gastarse «en el Relicario o custodia que se hacía para el día del Corpus Christi por la mucha necesidad que de ello había», un mes después volvieron a tratar de este asunto, dieron comisión a varios señores para que se informasen del platero con juramento cuánta y de qué ley sería la plata del reta-

gran parte ilegible por Don Rodrigo Molina, Arcediano de Campos, y un hermano suyo allí sepultados ambos. Del otro lado, bajo finísimo doselete ojival, una de las más antiguas pinturas de la Iglesia, está casi incrustada en las columnas: es San Florián, dice ella misma, vestido de pontifical con rica capa imitando tarjetones y bordados en brocado del siglo XV o principios del XVI.

Los intercolumnios, tanto encima de esta puerta como del paño correspondiente sobre el sepulcro de Doña Inés, diríase que son encajes en piedra, tan delicadamente están trabajados. Abundan en los restantes tramos del lado de la girola finos y menu-

---

blo; un Capitular se opone a que se deshaga «por su antigüedad y devoción»; entonces se acuerda que «los señores administradores de la fábrica hiciesen limpiar e bruñir e adrezar lo que era de plata, porque estaba negro e mal tratado que parecía de hierro e hoja de Flandes e que también se adrezasen unas cabezas de unas ymagenes que unos ladrones una vez quitaron». No habían pasado tres meses, cuando los «señores, juntamente con el licenciado Bártulo Sánchez de Tórtoles, Provisor de este Obispado, mandaron que se deshiciese el retablo de la capilla del Santo Sacramento e se quitase toda la plata que tenía salvo la ymagen de Nuestra Señora e que del valor de dicha plata se hiciese otro retablo bueno e alto... e se posiese en él la dicha imagen limpia e adrezada, e que la plata que sobrase se entregue a Cabildo... e que no se disposiese de ello hasta que se hiciese dicho Retablo».

Aunque cuarenta o cincuenta años no es mucho tiempo para que la plata se ennegreciera hasta quedar como si fuera hierro, parece que este retablo, a la sazón desecho, sería el costeado por D.ª Inés, antes de su fallecimiento, ocurrido en 1492.

dos trabajos a manera de impostas, arquerías y repisillas, algunas con estatuas: descansando en una hay una antigua pintura que se tuvo por la Asunción, hasta que no há mucho el actual Sr. Arcediano descubrió ser de Santa María Magdalena, arrobada en éxtasis y rodeada de angelitos.

Las bóvedas son de crucería sencilla en toda esta parte de la Iglesia; pero a medida que las obras avanzan se ván introduciendo nervios suplementarios o *terceletes*, (empiezan éstos en las dos bóbedas bajas anteriores al crucero), y poco a poco llegan a las *estrelladas* de complicado dibujo, las cuales predominan en el resto del templo, especialmente en las capillas del lado del Evangelio y en toda la nave Mayor desde el ábside hasta el fin.

CAPILLA DE SAN SEBASTIÁN (Pl.º 15).—Don Juan Gutiérrez Calderón, Canónigo y Tesorero de Palencia, ejecutando el testamento de su hermano D. Fernando Gutiérrez Calderón, Arcediano de Valladolid, hizo varias fundaciones pías en esta Capilla, a la cual también habían hecho ciertas donaciones D. Juan Fernández de Torres, Prior, Gómez Fernández y María Suárez de Torres, su mujer, quienes pusieron allí y dotaron un capellán. Los bienhechores quisieron ornamentar esta Capilla y llevaron a efecto su pensamiento; pero sufriendo la influencia de la degeneración del gusto y por consiguiente desfigurando columnas y capiteles, abriendo un óculo a cada lado de la ventana y poniendo un retablo de estilo renacimiento, sobrio, bien proporcionado, con la fecha 1637 en uno de los frisos y que no es el reseñado en 1561 en el testamento

del Sr. Prior, pues en él indica que el retablo se compone de imágenes de bulto dorado, con los cuatro Evangelistas de pincel en las puertas, y en el actual no hay más esculturas que San Sebastián, la Purísima y un Crucifijo en la zona vertical del centro, y a ambos lados cuatro lienzos, dos que se refieren a San Juan Bautista y otros dos a San Antolín.

Sobre la puerta de la Sacristía un bien ejecutado alto relieve representa a Cristo saliendo del sepulcro y hollando la muerte, que encojida se retuerce bajo los piés del victorioso triunfador.

Capilla de San Jerónimo (Pl.° 16).—En 22 de Febrero de 1612 los Sres. Deán y Cabildo concedieron a D. Juan Alonso de Córdoba, Abad de Alabanza, devotísimo de San Antolín, la antigua capilla de la Trinidad, una de las principales de la Iglesia, que estaba sin dotar y adornar, para que gastando en ella el Sr. Abad seis mil ducados (gastó siete mil) quede adecentada y en condiciones de custodiar en su altar las reliquias de espalda y brazo de San Antolín y los cuerpos de los Santos Marcelo y Zenón, que el padre Antonio de Padilla trajo y donó a esta Santa Iglesia. La capilla, por acuerdo Capitular, se ha de llamar en adelante de San Jerónimo, por ser el abogado del Sr. Abad.

Entre las obras que habían de ejecutarse eran el altar, que, sin ser malo, no es ninguna maravilla de arte greco-romano, y "un arco en la pared del lado del Evangelio donde se trasladó el cuerpo del Canónigo D. Jerónimo de Reinoso, que está sepultado en la capilla de San Sebastián, pues el Cabildo le

quiere así honrar por sus muchas virtudes, y allí se pueda también poner el cuerpo del Canónigo Martín Alonso de Salinas, pues juntos se ejercitaron en obras de caridad„. En efecto, en el hueco de un arco de medio punto, sobriamente exornado, flanqueado de columnas con capitel corintio y entablamento neoclásico, póstranse de hinojos ante el altar las estatuas de los dos venerables Canónigos, grandes amigos de Santa Teresa, a quien en unión del entonces Provisor D. Prudencio de Armentia, favorecieron y ayudaron cuanto les fué dable.

Suele ponderarse para dar relieve a D. Jerónimo el ser próximo pariente de D. Francisco de Reinoso, gran personaje que desempeñó importantes cargos en Roma y en España, que fué Abad de Husillos, mereciendo entonces recibir la visita de Felipe II, y murió siendo Obispo de Córdoba, pero no necesita D. Jerónimo apoyarse en alas de nadie, para subir alto, muy alto; sus propios merecimientos y virtudes le encumbraron hasta el olor de Santidad en que pasó a mejor vida. Larga inscripción latina les dedicó su apasionado amigo Sr. Alonso de Córdoba.

Preservada por elegante rejilla hay a la entrada de la Sacristía un trozo de mármol en forma de pilita, que se asegura ser parte de la fuente bautismal en que recibiera las aguas regeneradoras Santo Domingo de Guzmán.

Dentro de la Sacristía, en aquel pequeño altar, custodiábase la admirable pintura *Fontana* de Van-Eich, representativa del triunfo del Nuevo sobre el Antiguo Testamento, obra de la cual habla Ponz en

su "Viaje de España„, y cuya desaparición profunda y justamente lamentan todos los amantes del Arte; algunos de los cuales llegan a decir que la Fontana de Palencia era el tipo y original de todas las de Castilla, entre ellas la que procedente del Parral existe en el Museo del Prado y la de la Catedral de Segovia (1). Aquí la última noticia que se tiene de la que fué incomparable joya nuestra, es que en la tarde del 5 de Julio de 1812 se hizo saber al Cabildo por orden del General en Jefe de las tropas francesas que deseaba aquella pintura, y, si no se la daban, se la tomaría él por la fuerza: el Cabildo ¡claro! se la dió *generosamente*. El General francés con su gente formó parte del ejército, que, abarrotado de

(1) Ponz en la obra y tomo citados más arriba, página 155, la describe de la manera siguiente: «.....he visto una pintura muy singular, como lo es su conservación y trabajo de infinita prolixidad, qual parece imposible ver cosa igual en el estilo antiguo, o dígase alemán, al modo de las de Durero, pero en la inteligencia de que poco hay de este artífice tan acabado. Su composición, y lo que esta significa es difícil de comprehender a primera vista. Parece el complemento de las Profecías, destrucción de la Sinagoga, y establecimiento de la Ley de Gracia. A un lado se ve un Sacerdote de la Ley antigua con estandarte roto, y algunos Doctores o Rabinos con muy tristes semblantes. Al otro lado están los Doctores de la Iglesia Griega y Latina. Encima la Santísima Trinidad, y a los lados Nuestra Señora, San Juan Bautista, Apóstoles y otras figuras: desciende un arroyo con muchas hostias sobre el agua, que caen en una taza, con otras alegorías, que sería largo referir. Ello es, que en su término es pintura muy rara, y estimable, de la cual he visto algunas copias en Castilla; pero infinitamente distantes de la exacta execución de esta.»

riquezas artísticas, huyendo en retirada, sufrió a los pocos días espantosa derrota en la batalla de Vitoria, quedando por completo destrozadas muchas de las cosas de que se componía tan rica y valiosa impedimenta. ¿Qué suerte cupo a nuestra joya?

Adornan las paredes de esta Capilla a los lados de la reja, que la pone en comunicación directa con el crucero, dos pinturas en lienzo, retratos de tamaño natural del Obispo D. Juan Zapata de Cárdenas, insigne protector del Sr. Alonso de Córdoba y D. Juan Fernández Vadillo, primer Canónigo Lectoral de Palencia, sujeto de grandes prestigios, que mereció ser Obispo de Cuenca.

Otro cuadro, grande también, perteneció a esta capilla, un San Sebastián, probablemente el que hoy está expuesto en la Sacristía Mayor, y es obra original y firmada del Greco.

Costado de la Capilla Mayor.—Fronteros a estas capillas son los dos tramos laterales de la Mayor: ambos muy notables y armónicos en su división; comprende, simétricamente situados, dos profundos arcos ojivales y una hornacina cada lienzo: en el primer arco se encierra el monumental sepulcro con estatua yacente del Canónigo primero y Deán después, D. Rodrigo Enríquez, hijo de uno de los almirantes de Castilla, fallecido en 2 de Febrero de 1465 (Fig.ª 20).

Lo contenido en el segundo arco es más interesante; trátase de una pintura en tabla representando a Jesús, que, triunfante y acompañado de los Padres del Limbo, viene a visitar a su Madre Santísima (Figura 21). La pintura es de buena escuela, algún tan-

to desdibujada en cierto detalle, y está encuadrada en marco de labor pictórica, que llama la atención casi tanto como la obra principal por la finura y delicadeza de su dibujo y colorido: son también notables los relieves de los lados interiores del arco.

Después que Ponz publicó su "Viaje de España„, se ha venido creyendo que el autor de este cuadro era el célebre paredeño Alonso González Berruguete, ahora merced a un trabajo artístico-literario del maestro Martí y Monsó ya se duda, de donde resulta que no siempre de la discusión brota la luz, sino que en ocasiones del choque de las ideas saltan las tinieblas que le obligan a uno a andar a ciegas.

Separadas por una columna empotrada en el muro y que se asegura perteneció a la Catedral antigua, están las dos hornacinas cobijando sendas estatuas de los dos santos Juanes, Bautista y Evangelista; también de éstas se dice que probablemente pertenecieron al templo románico.

Sigue a continuación otro altarito en el que recibe culto Santa Polonia: la escultura tiene los caractéres del siglo XV; en la peana hay un emblema heráldico desconocido. El retablo es obra de Manuel Alvarez, entallador o escultor, que ajustó su hechura por treinta ducados en 16 de Marzo de 1556. En el remate de éste como del anterior retablo hay algo de *Miguelangel*, o si se quiere *Berruguetesco*, pues sabido es que Berruguete, igual que su maestro, fué a la vez pintor, escultor y arquitecto (Fig.ª 22).

Termina este lado el sepulcro de D. Francisco Núñez de Madrid, Abad de Husillos y Canónigo de

Palencia, Consejero y apoderado de los Reyes Católicos en varios de sus asuntos. Es éste un trabajo fino, sutil, exhuberante, que une la pureza de las líneas góticas con la graciosa proligidad plateresca en el exorno. Es el más hermoso monumento funerario de nuestra Catedral, algún tanto parecido al sepulcro del Príncipe Don Alfonso en la Cartuja de Burgos (Fig.ª 23).

Estamos en el Crucero (Pl.º 17). Toda ponderación es poca para expresar su explendidez: dos puntos tiene la Catedral para apreciar y mejor sentir toda la magnificencia del conjunto: el pié de la Iglesia de donde se goza la grandeza de la nave Mayor y el armónico contraste, que con ella forman las naves laterales, y de ésto ya hemos hablado; y la contemplación del crucero mirándole de cualquiera de los ángulos, o apoyando la espalda en uno, no importa cual, de sus pilares: la imponente altura hállase dividida por ligera imposta en tres zonas horizontales, la inferior en que se abren las grandiosas ojivas, la del medio cuyos paños están completamente calados por los magnificentes antepechos y bordados tímpanos del triforio, que no dejan más muro aparente que los triángulos de las enjutas, y la superior en que se rasgan los grandes ventanales que inundan de luz todo el espacio (Fig.ª 24).

Bartolomé de Solórzano, que como maestro de la obra había dirigido la construcción de "los andenes, e claraboyas, e mayuelos e todo lo perteneciente a los arcos que están en deredor del crucero y sobre las puertas principales„ tomó de los señores Juan de Torquemada y Juan de Tordesillas, Canó-

nigos obreros "a hacer los correspondientes a los dos primeros tramos del Coro, según estaban hechos los del crucero y en la capilla nueva, que está delante de dicho crucero„ (1) y ¡a fé que cumplió su compromiso a maravilla! Si en las columnas de la parte del coro los capiteles han sido sustituídos por *perlas* o medias esferas (que continúan hasta el pié de la Iglesia), no es un pecado del artista, sino de la época. Los escudos o *filaterías*, que lucen en las claves, nos dicen que Fray Alonso de Burgos y Doña Inés de Osorio cooperaron con cuantiosos donativos a obra tan soberbiamente espléndida.

Héchanse de menos vidrieras pintadas, que templen la excesiva abundancia de luz; que las hubo algún tiempo, es indudable, unas costeadas por la hacienda de la obra y otras por generosos donantes, pues tal se desprende del concierto que en 1503 se

---

(1) Las condiciones en que se ha de ejecutar la obra son las siguientes, según el acta Capitular de 20 de Noviembre de 1498: «que hará los dichos andenes e antepechos de los dichos dos arcos según la obra de los otros susodichos a toda su costa e misión de piedra e cal e las otras cosas salvo que los dichos Obreros hayan de poner las barras de hierro que para ello fueren necesarias e de más que ha de quitar toda la madera e piedra que está en uno de los dichos dos arcos que estaba para poner órganos e haya de hacer el dicho arco y en él el entablamento como está en cada uno de los otros». Por ello prometen darle 20.000 maravedís en tres plazos y él se obligó a dar acabada la obra para Pascua de Resurrección. ¿Qué pasó después? Las Actas de diez años después indican que hubo alguna reclamación contra Solórzano, sin embargo, éstas no fueron obstáculo para que B. Solórzano continuara gozando de la confianza

hizo con los vidrieros Juan de Valdivieso y Arnao de Flandes de poner en las ventanas del crucero "ricas vidrieras de colores muy finos e imágenes bien pintadas, a cuyo gasto contribuyó con 5.000 maravedís la ilustre casa de los Castilla„; de fecha posterior hay dos escrituras, en la primera de 1516 consta que Francisco Ayala, maestro de hacer vidrieras, "se obligó a aderezar todas las de las ventanas del crucero de la Iglesia Mayor de Palencia ... en el precio de 30 ducados de oro„: en la segunda se dice que el maestro Jorge de Borgoña, vecino y vidriero de la Ciudad de Burgos, vino en 1533 a Palencia a reparar y hacer lo tocante a las vidrieras de esta Iglesia, pero murió sin terminar la obra, ya que en 1542 "Diego de Salcedo, vecino de Burgos, maestro en dicho arte y la viuda del maestro Borgoña, como fiadora se obligaron a hacer lo tocante a vidriería, así blanca como de imaginería .... habiéndose de pagar cada palmo de vidrio de colores

---

del Cabildo, y tiempo andando se tuvieron presentes sus servicios para conceder (1514) a su viuda, María Paz, una pensión de 3.000 maravedís cada año y otras cosas. Bastantes años después (28 Febrero de 1537) dice un acta: «Atento que Bartolomé de Solórzano, padre de Gaspar de Solórzano y el mismo Gaspar habían servido mucho tiempo de maestros de la obra de la dicha Iglesia y que Gaspar era ya viejo y que por servir y estar aquí había dejado otros partidos mejores, mandan que de aquí adelante se le diesen de la hacienda de la obra seis mil maravedís cada año, en lugar de los diez ducados, y éstos seis mil maravedís se le diesen ya hubiese que hacer o no». Además, en 1539, se le conceden remisiones de los 500 maravadís y cinco gallinas que debe pagar cada año por la casa que ocupa a las puertas de Monzón.

historias e imágenes cien maravedís y por el blanco cincuenta„.

Los ahora existentes en la nave mayor desde la cabecera hasta el crucero, son de la fábrica de Maumejan Hermanos, colocados hace diez años, al llevar a cabo la reciente restauración.

Capilla de la Purísima (Pl.° 18).—Si Solórzano trazó y dirigió por sí mismo la bóveda de la capilla de la Cruz, que hoy se llama de la Purísima, parece que se le debió correr un poquito el lápiz al dibujar los nervios desde el mismo arranque de los arcos; no se explica de otra manera el apoyo de éstos en repisillas, el cruzamiento que luego sufren y el enlace en la parte superior.

Decíase esta capilla de San Eurico o Enrico, que es el mismo D. Arderico, trasladado de Sigüenza en 1184 y muerto en 1207, siendo por algún tiempo honrado como Santo, pues que entre las reliquias de la Iglesia había una con este título: "sandalia Sti. Arderici„. Los restos de este venerable varón, descansaron "en una pared de la Iglesia vieja que tenía el techo de madera..... estaba un arco de piedra y en él una tumba o pila y un lucillo o lancha y encima un título: Dominus Aldericus primus, Episcopus Pallantinus: obiit III idus Augusti era MCCXLV„.

En otras dos paredes de la misma Iglesia vieja, con sus correspondientes inscripciones, reposaban las cenizas de D. Raimundo primero y D. Pedro primero, antecesores de D. Enrico; los huesos de los tres se trasladaron a la capilla "do es agora la capilla de la Cruz, cuando después de 1500 se

reedificó esta parte del crucero derribando lo viejo„.

Había pedido el Maestrescuela D. Cristóbal de Merodio sepultura para sí; el Cabildo en 5 de Mayo de 1496 le autorizó para que señalara en la capilla de Santa Catalina (lo era a la sazón la primera parte de la Sacristía, frente a la puerta lateral de la actual capilla Mayor) y diere "por ella para la obra lo que quisiere e por bien tuviere„; mas erigida esta nueva de San Enrico, el Maestrescuela en 22 de Marzo de 1501 manifestó deseos de que se le concediera, ofreciendo por ella una limosna de 50.000 maravedís para la fábrica y poner a su costa reja, retablo y vidriera: el Cabildo se la concede "pleno jure„ y por la devoción del Maestrescuela a la Santa Cruz, acuerda que en adelante se denomine así.

No consta si el concesionario cumplió su compromiso, ni por cuanto tiempo se conservó la denominación de la Cruz, el retablo de hoy es rico, de prolija labor y dorado, pero barroco: en la hornacina de la parte superior central conserva la Cruz, y en ambas partes laterales lienzos representando cuatro escenas de la batalla de las Navas de Tolosa y otros dos simbólicos, reservando el puesto de honor del centro para la imagen de la Purísima, que en 1657 esculpió Mateo Sedano, y se encarnó y doró con cargo a los derechos del sello y penas de Cámara en la Sede vacante por muerte del Obispo Señor Estrada. Los escudos del Cabildo en el coronamiento del retablo, así como la fecha 1561 en el friso de la reja, hacen creer que no es ésto lo que pusiera el Sr. Merodio.

En el testero del lado del Evangelio hállase actualmente, si bien de una manera provisional, el dorado retablo, que encierra gran número de reliquias, y hasta 1896 estuvo en la que es hoy capilla del Monumento.

Pendientes de las paredes se admiran tres buenos cuadros, especialmente uno de la Sagrada Familia, de escuela Rafaelesca y muy buena mano, que donó Doña Juana de Barrientos a la capilla de la Cruz, donde está enterrada.

Capilla de San Fernando (Pl.° 19).—Del mismo gusto que el del anterior es el dorado retablo, el cual, además de la no muy agraciada escultura del Santo Patrono, de tamaño natural, tiene cinco lienzos de episodios de su vida.

Adorna el muro de la derecha del altar valioso tapíz, uno de los cuatro que forman colección de la "Historia de las Virtudes„ y se compraron en Marzo de 1519 por mandado de los Sres. Deán y Cabildo.

Al pié de la capilla, en enterramiento de renaciente estilo, yace el Canónigo D. Alvaro de Salazar.

A uno y otro lado penden sendas pinturas flamencas del Descendimiento y Angustias, cuadros que debieron pertenecer al retablo de la capilla Mayor: al tratar de éste se volverá sobre estas dos tablas.

En sus comienzos no tuvo advocación especial esta capilla: cuando el 20 de Septiembre de 1514 el Sr. Deán D. Gonzalo Zapata pidió para su sepultura local distinto del que tenía concedido a la entrada de la antigua capilla Mayor, no emplea otro nombre "que una de las capillas nuevas, que están deba-

jo de la capilla de la Santa Cruz„: a principios de 1520, al dedicar a Sacristía la antigua capilla de Santa Catalina, dispuso el Cabildo que esta nueva se la denominara con el nombre de la otra, pero ignoramos la razón de por qué Santa Catalina, aún en el retablo, haya quedado relegada a segundo término; quizá esté relacionado con las fundaciones que en esta capilla hicieron en 1667 D. Francisco Guzmán y Santoyo y en 1700 D. Diego Berdeces.

COSTADO DEL CORO EN EL LADO DEL EVANGELIO (Pl.° 20 y 21).—Comprende frente a las capillas anteriores dos tramos, muy diferentes el uno del otro, aunque uno solo sea el espléndido donante Sr. Fonseca, cuyos escudos campean profusamente en ambos. El primero, el más inmediato al crucero, abunda en líneas, ornamentación y detalles del estilo ojival, pero tan decadente, como lo demuestran las retorcidas pilastrillas que bordean las dos puertecitas de madera a uno y otro lado del retablo.

El arco que cobija a éste, las repisas y doseletes sobre las puertas laterales son filigrana en piedra, que imposible parece se pueda moldear con tanta finura y delicadeza: en las repisas hay detalles graciosísimos, como el águila, que sostiene el nido con el pico, y el león atenazando con los colmillos a un pobrecito perrillo de lanas.

Ocupa el retablo que desagradablemente contrasta con el agraciado arco donde está malamente embutido, un crucifijo antiguo y grande, que llaman el Cristo de las Batallas.

Las puertecillas laterales de doble hoja y menuda labor parecen de distinta mano; las de las entra-

das al Coro son obra de Pedro de Guadalupe, que las hizo a toda costa, cobrando por ellas treinta ducados; consta de las cuentas de 1519 (Fig.ª 25).

La proligidad y poco realce de la ornamentación del segundo tramo produce aplanamiento en el ánimo y cansancio en la vista: en el hueco del arco de medio punto aparece la imagen del Salvador sentado sobre nubes con un libro en la mano izquierda apoyado en la correspondiente rodilla, y la mano derecha levantada en actitud de bendecir a la *griega* y rodeado de los Evangelistas: es una hermosa y antigua escultura, que puede remontarse al siglo XIV.

En dos fajas verticales, que flanquean este altar, se veneran en sus correspondientes hornacinas las imágenes de Santos, Reyes, fundadores de Ordenes religiosas y otros Bienaventurados. Los frontales de este altar y del que le precede tienen con el escudo del Cabildo en el centro una ornamentación fina en extremo, que alguno calificó, no sin motivo, de renacimiento florentino.

Sobre este altar se depositaba el morado pendón de la Ciudad, y se le hacía la guardia y vigilia nocturna, con asistencia de Próceres, Capitanes y soldados cuando las mesnadas palentinas habían de salir a la guerra.

Capilla de San Ildefonso (Pl.° 22).—Sigue a la de San Fernando, y si en su extructura no se diferencia de ella, bajo otro aspecto es sumamente interesante. Fué el primer patrono de ella D. Alonso Fernández de Madrid, uno de los hombres más cultos de su tiempo, educado a la sombra del pri-

mer Arzobispo de Granada Fray Hernando de Talavera, Provisor de los Obispos D. Francisco de Mendoza y de D. Luís Cabeza de Vaca, orador elocuente y escritor profundo, autor de la "Silva palentina„, Canónigo de Palencia y Arcediano del Alcor, bajo cuyo nombre se le conoce ordinariamente, prebendado desde Agosto de 1509, y que falleció en Palencia en Agosto también de 1559 y está enterrado en esta capilla.

La dotó de muy buenos ornamentos y abundante servicio de plata, hizo la reja, y sobre todo, la enriqueció con el altar que tiene, que es una obra modelo de las de su género. Sobre una especie de predela, a manera de pedestal, levántase el cuerpo principal dividido en tres compartimientos por cuatro esbeltas columnas platerescas, en el del centro muéstrase en admirable gran relieve la Vírgen María, que acompañada de numerosa corte de Santos viste la casulla a San Ildefonso, humildemente arrodillado a los pies de la Señora; a la derecha el Bautismo de Jesús, encima del cual un recuadro encierra la imagen de San Pedro, de medio cuerpo; al lado opuesto la parte inferior representa el martirio de San Juan *ante Portam latinam* y el recuadro superior a San Pablo; un medallón sobre el relieve del centro encierra a la Vírgen con su divino hijo muerto en los brazos, todo coronado por un Calvario. Dos cartelas en los colgantes laterales de dudoso gusto, tienen, la de la derecha la fecha de 1525 y la de la izquierda 1549 (Fig. 26).

Cubren las paredes dos buenos tapices, que con el de la capilla de San Fernando y otro de la Santa

Lucía, forman la colección de que queda hecho mérito más arriba.

Capilla de San Gregorio (Pl.º 23).—D. Juan de Arce, sobrino del Obispo Fray Alonso de Burgos, y Abad de San Salvador en Pernía, aderezó esta capilla, de la cual era patrono, con el gusto y la esplendidez, que, sin duda alguna, había heredado de su tío.

El retablo mayor (y digo ésto porque tiene dos, ambos plateresco) dividido en siete compartimientos, tiene magníficos relieves, que por una parte sería prolijo enumerar y describir uno por uno, y por otra es facilísimo darse cuenta de ellos, ya sea contemplándolos en el original, ya viéndolos en la fotografía que se acompaña (Fig.ª 27). Si alguno pudiera ofrecer dificultad de inteligencia, sería el que representa al Papa San Gregorio, titular de la capilla, elevando la Santa Hostia en la celebración de la Misa, cuando los ángeles entonaron el *Gloria in excelsis*, que desde entonces se introdujo en el santo sacrificio como parte de la liturgia bajo el nombre de *Himno angélico*.

El retablo pequeño, dedicado a San Cosme y a San Damián, tiene a más de las imágenes de estos dos Santos, otra de San Matías Apóstol, obra de Balmaseda en nada inferior a las esculturas de Berruguete, si es que no las supera según el inteligente crítico de Arte, D. Ricardo Orueta. En la parte inferior contémplase una escena en que los Santos Médicos sustituyen la pierna gangrenada de un enfermo por la sana de un pobre negro, a quien se la han amputado a cercén (Figª 28).

A uno y otro lado de este retablo, penden de la pared un relieve hermoso, bien sentido y ejecutado, imagen de San Lucas y un cuadro de San Jerónimo.

Notable en extremo es la puerta de la Sacristía, plateresca, de fino dibujo y ejecución detallista, que nada deja que desear.

Grandioso en el mismo estilo plateresco es el sepulcro, que hicieron labrar para el Sr. Abad sus parientes. Si al tratar del sepulcro del Abad de Husillos, digimos que era lo mejor en su género, de éste podemos decir y desde luego afirmamos lo mismo con relación a las obras de su estilo. A los lados de las abalaustradas columnas una cartela nos dice que se acabó en 1545, doce años después de la muerte del fundador, y en la cartela del otro lado parece decir *Deo gratias* o algo semejante, pues es de todo punto imposible la completa lectura por hallarse borradas o medio borradas varias letras.

De la administración y patronato de esta capilla se encargaron los racioneros titulares de la S. I. Catedral por convenio celebrado en 17 de Septiembre de 1564, entre ellos y los testamentarios del Dr. Arce y aprobado por el Sr. Obispo Valtodano.

"Para usarlo en las Misas que se celebren en la capilla de San Gregorio, que es de los racioneros„, dispuso Doña Beatríz de Monroy que se hiciera "un terno de brocado de tres altos y oro„; el cual contrataron los mismos racioneros en 5 de Abril de 1598 con los bordadores palentinos Juan de Azao, Miguel Portugués y Angelo de Bargas, señalando en las cláusulas del contrato las historias que ha de tener la casulla, y son: por detrás una Custodia con el

Santísimo y unos Angeles, la Purísima y San Miguel, y por delante, San Pedro, Santiago y San Juan Evangelista. Actualmente se guarda en la Sacristía mayor.

Capilla de Santa Lucía (Pl.° 24).—Es la última de la planta general de la iglesia, y sirvió de sala Capitular por algún tiempo, cuando aún no estaba enteramente terminada; en 1569, la pidió D. Francisco de Rivadeneira, Arcediano de Palencia, luego Deán, para sí y su hermano D. Hernando, Canónigo, con objeto de fundar en ella un patronato y que sirviera de lugar de enterramiento para ellos y sus deudos. El Cabildo, competentemente autorizado por el Sr. Valtodano, se la concedió, con ciertas condiciones, siendo las principales que habían de emplear tres mil ducados en diez años para enlosar y lucir la capilla, hacer Sacristía, poner retablos, rejas, dotarla de ornamentos, y una renta anual de 3.000 maravedís para los gastos de entretenimiento y conservación. Para la obra y fábrica de la iglesia darían 6.000 maravedís de renta o 100.000 en dinero, como dió el Arcediano del Alcor por la suya. Habían de asegurar además 12.000 maravedís cada año para un Capellán y 6.000 para el acólito. Desde luego, y mientras se construía el retablo, colocarían una imagen de Santa Lucía, de bulto, pintada y dorada en un "casamento„ en la pared frontera a la entrada de la capilla, no obstante que el altar mayor colocado en 1588, hubiere de estar dedicado a la Santísima Vírgen.

En ella están enterrados los fundadores en el suelo y en sencillos mausoleos, el Obispo D. Bue-

naventura Moyano, nombrado para esta Sede en 1801, fallecido el siguiente año y el Canónigo don Blas de la Rúa, pariente de los Rivadeneira, el cual aumentó la dotación de la Capilla.

Sobre el enterramiento del Sr. Obispo, en el tímpano de sencillo arco de medio punto, admírase una pintura de buena factura y colorido, de las llamadas "lágrimas de San Pedro„ y encima de la lápida sepulcral del Sr. Rúa, una hornacina pequeña alberga la estatuita de la Vírgen. La parte superior del muro, bajo la ventana de la capilla, queda cubierta por el cuarto de los tapices de la "Historia de las Virtudes„.

El altar del renacimiento, plateresco, desmerece mucho puesto en parangón con los precedentes; tiene en la predela las imágenes de los Apóstoles, encima de ellas un grupo de las Angustias bastante bueno, más arriba la hornacina de la efigie de la Santa Titular, en último término un grupo representando la Asunción de la Santísima Vírgen. A uno y otro lado de lo descripto imágenes de Santos.

Capilla del Monumento (Pl.° 25).—Fuera de la planta natural de la Iglesia, y por consiguiente contra todas las leyes estéticas, cual fea excrescencia, que ensombrece la belleza del conjunto, construyeron y adornaron en el siglo XVIII esta octógona capilla para depositar en ella la riqueza grande de reliquias que posee esta S. I. Catedral. Plausible es el fin ciertamente, adecuada también la forma; pero el lugar elegido es el menos apropósito al objeto, por eso evidentemente esta capilla debiera desapare-

cer (1). Actualmente quitadas de allí las reliquias, sirve de... funda al Monumento de Semana Santa, que así, escondido, no tiene vista por ninguna de sus cuatro caras, aunque para que se gozase de todas, le ideó y ejecutó en 1781 y 83 el Arquitecto y maestro tallista Juan Manuel Becerril, haciendo la escultura Florencio Pastor, de Medina de Rioseco: el dorado y pinturas es obra de Gabriel Fernández y Francisco Zorrilla.

Una lápida sepulcral nos dice que en el centro de la capilla yace el palentino D. Juan de Herrera, fallecido siendo Obispo de Sigüenza en 1726.

TRASCORO.—Notabilísimo entre los más notables trascoros catedralicios es el Trascoro de la Catedral de Palencia.

Parece que la munificencia, nunca suficientemente ponderada por mucho que se la pondere, de D. Juan Rodríguez de Fonseca, tuvo especialísimo empeño en sobrepujarse a sí misma: por eso cuanto se diga, cuantas alabanzas se derrochen en elogio de esta obra de hadas más que de hombres, resultará siempre pálido. Muchos visitadores, amantes e inteligentes, que al verla se sorprenden profundamen-

---

(1) Hace más de treinta años se inició la idea de que se derribara esta capilla, entonces el *Capiller de las Reliquias*, muy enfurruñado, salió a la defensa de ella en un artículo que publicó *La Propaganda Católica*; si hoy volviera a ponerse sobre el tapete la cuestión, habría que abogar por la derrucción no solamente de tal capilla, sino también por la de otros varios pegadizos y estorbos en nombre de la estética, aunque levantaran ensordecedora chillería todos los Capilleres de todas las recapillas.

te, preguntan asombrados: ¿pero ésto es de piedra? Véalo V., se les contesta, y lo miran, y lo tocan y cuando la realidad se les impone, exclaman: "¡Soberbio, insuperable!„, y la crítica más exagerada no halla palabras más que para cantar loores a este prodigio, que reune, que junta en sí sin amontonamiento, sin desorden, todas las exquisiteces del Arte en el siglo XVI, siglo de los harmónicos explendores, en que, sin confundirse se funden la elegante esbeltez del goticismo con el exorno brillante y prolijo del plateresco (Fig.ª 29).

Encima de la entrada a la cripta (Pl.° 6), sobre cinco peldaños, que parecen levantarla un poquito del suelo para que se asiente con mayor magestad, álzase esta maravilla. Seis pilarcillos la dividen en cinco paños; de ellos el más sencillo es el del centro; pero sirve de estuche a una joya pictórica, de la cual parece ser que Gustavo Doré en 1872, para dar a entender lo muchísimo que la apreciaba, dijo: "estas tablas no pueden venderse, sino a precio de brillantes„. Ni se puede decir más, ni el testimonio de tal jurado es recusable.

Compónese de siete cuadritos, que representan los Dolores de la Santísima Vírgen, formando así como marco o corona a otra tabla algo mayor en la cual está Nuestra Señora de la *Compasión*, imán de la devoción tierna del Sr. Fonseca, que se halla bien "propiamente retratado„ postrado de hinojos ante la Vírgen de sus amores, que él hizo pintar a uno de los más insignes artistas de Flandes (sobre el nombre de este inspirado artista se ha fantaseado mucho sin acertar hasta ahora con el verdadero), estando

allí de Embajador para anunciar a los Príncipes Doña Juana y D. Felipe la muerte de la Reina católica Doña Isabel: sostiene por la espalda delicada y cariñosamente a la afligida Madre el Discípulo amado (Fig ª 30)

Por encima, formando pabellón de honor, hay primero un arco de medio punto con el escudo de Fonseca en el tímpano, y este mismo arco hállase inscripto dentro de otro trilobulado, mostrando el escudo y emblema de los Reyes Católicos, cual si quisieran extender el manto de su protección soberana sobre el espléndido donante y su magnífica obra.

Los otros paños a derecha e izquierda abundan hasta lo inverosímil en repisas y doseletes ojivales, grupos escultóricos del martirio de San Ignacio, Obispo de Antioquía y de San Bernardo Abad, estatuas de otros Santos, entre ellos San Pedro Télmo, Deán que fué de esta Catedral, y por último, dos puertecillas de medio punto, admirablemente talladas, que hicieron Pedro Manso y Juan de Torres, los cuales cobraron "veinte ducados..... por las puertas para tras el Coro, cabe el altar de sobre la cueva„ (Fig ª 31) Corona todo el conjunto una graciosa cenefa de alto y perfectamente labrado relieve (1).

---

(1) Fundó el Sr. Fonseca en el altar del Trascoro una Memoria para que allí se dijera todos los sábados la Misa de Prima, que se celebraba en el altar mayor, y se cantara la Salve en la tarde los sábados y vísperas de algunas festividades de la Santísima Vírgen. Dotó la memoria con buena cantidad de maravedís y además ofreció y se comprometió a ejecutar las obras, que hoy

A poco que el espectador se fije, se vé allí la mano de más de un artista, porque un hombre solo, aun ocupado toda su vida, difícilmente la habría terminado: trabajábase ya en ella en 1513 y seis años después no se había concluído, continuando el señor Fonseca enviando dinero desde Burgos, a cuyo Obispado le trasladaron en 1515, a razón de diez míl maravedís cada mes.

En el plano del trascoro, arrimado a uno de los pilares (Pl ° 26), está el famoso púlpito, que en el pontificado de D. Luís Cabeza de Vaca trabajaron, no para este sitio, sino para el crucero, donde primeramente estuvo colocado (1) Juan de Ortíz u Or-

---

son la admiración de cuantos las contemplan. El compromiso, solemnemente hecho a tres de Noviembre de 1513 en Calabazanos, abrazaba la cripta y el trascoro: lo que se refiere a la primera ya se dijo, he aquí lo que trata del segundo: «asentaron e concertaron (el Sr. Obispo y los comisionados del Cabildo Sres. Deán y Tesorero).....que a las espaldas del coro que se ha de pasar agora en aquella parte adrece y adorne aquella pared de las espaldas del coro y haga allí un rico altar y ponga allí un su Retablo que para ello dijeron que habia ya dado todo de la manera que a su señoría mejor le parcerá, y que perpétuamente digan cada sábado la Misa de Prima que suelen decir al altar mayor, e así mesmo que todos los sábados digan al dicho altar la Salve cantada y todos vengan a ella».

(1) Dice el Asiento Capitular de 22 de Julio de 1543 que se acabó «el púlpito nuevo de nogal, que nuevamente se hizo este año e acabó agora de asentar en el pilar del crucero, cerca de la capilla mayor al lado del Evangelio» y predicó el primer sermón en él el R. P. Fray Juan Gutiérrez, dominico, compañero del Padre Provin-

tíz y Pedro de Flandes, hijo de Juan de Flandes, cuyas dos manos se distinguen perfectamente: el uno esculpió el tornavóz, el otro los paños que forman el cuerpo del púlpito; las figuras de esta parte son más movidas, más realistas en el buen sentido de la palabra: allí está San Agustín vestido de pontifical, sentado en actitud de escribir, tan a lo vivo, que, para expresarlo mejor, decía un *cicerone* a ciertos visitantes ....."Chist, no hablen ustedes alto, que le distraen„ (Fig.ª 32).

PUERTAS DEL CLAUSTRO.—Son dos las que en la nave de la Epístola conducen directamente a esta dependencia. La que está al pié de la Iglesia (Pl º 27) plateresca, de delicado dibujo y fina labor, está abierta en esviaje, no por un mero capricho del arquitecto, sino por necesidad constructiva, que de otra manera no hubiera podido darla el carácter monumental que con justicia ostenta: impedíalo por la parte interior de la Iglesia un fuerte pilar, por fuera el muro vertical de ingreso a la sala Capitular; fué, pues, preciso delinearla y practicarla oblícuamente. A su coste contribuyó con buena cantidad de maravedís D. Juan de Arce, el patrono de la capilla de San Gregorio; se comenzó esta puerta en 1535 y se terminó el siguiente de 1536 en el epis-

---

cial, con ocasión de la solemne procesión de rogativa contra el turco e moros enemigos de nuestra Santa fé católica que diz que viene con gran armada contra los reynos e señoríos de su magestad. A esta procesión asistieron Prelado, Cabildo, Clero parroquial, todas las órdenes religiosas y muchísimos fieles: era Domingo.

copado de D. Francisco de Córdoba y Mendoza, el primero que en Palencia introdujo el arte de imprimir y cuyos escudos se vén en las enjutas del grandioso arco de medio punto (Fig.ª 33) (1). Las hojas de madera (Fig.ª 34) con excelentes bajos relieves de la entrada de Jesús en Jerusalén, martirio de San Antolín y otros caprichosos recuadros de ornato se han venido atribuyendo a Berruguete; y en verdad que, de ser cierto, esta sola labor bastaría para granjear justo renombre al insigne artista paredeño, a la vez arquitecto, pintor y escultor como su maestro, el autor del celebérrimo Moisés de Roma.

Pasados tres paños de este lado, en los cuales puede admirarse un retablo dedicado a dos Santos Apóstoles con un buen relieve de Jesús apareciéndose en hábito de jardinero a María Magdalena; varios cuadros en el muro, y el altar de la Vírgen del Pópulo con un valioso lienzo en el cuerpo superior de brillante colorido, característico de la escuela ve-

---

(1) En el coronamiento de esta puerta habían colocado el escudo del Cabildo; mas por la guerra que entonces había entre Francia y España mandaron quitar (Noviembre 1536) las flores de lis, que en aquel tiempo aún no formaba parte de nuestro escudo nacional, y colocar la imagen de San Antolín.

Esta puerta y la siguiente hasta hace pocos años estuvieron *escondidas* tras los canceles que en 1738 hizo Domingo Maiquez, Campanero de esta Santa Iglesia, siendo fabriquero D. Manuel Agustín, y que se han trasladado a la parte del Claustro por mandato imperativo de dos Rvmos. Prelados, el Sr. Almaráz y el actual dignísimo Obispo Sr. Barberá y Boada, quienes así lo ordenaron en su respectiva Santa Pastoral Visita.

neciana, original atribuído antes al Ticiano, después por algunos al Veronés y a uno de los Palmas por otros, representando a Santa Práxedes, recogiendo en el Circo romano la sangre de los mártires, llégase a la otra puerta del claustro (Pl.° 28), ojival flanqueada la ojiva por esbeltos pináculos, exornadas con follajes y figurillas las archivoltas, especialmente la interior, en la cual alternan las hojas de cardo con angelitos músicos, que pulsan diversos instrumentos, como para recrear los oídos de la Vírgen románica, que sentada en el policromado tímpano, con el Niño Jesús sobre la rodilla izquierda, recibe los homenajes de dos ángeles arrodillados a sus piés. Otros dos ángeles sobre repisillas, encima del rebajado y polilobulado arco de ingreso, sostienen y muestran al espectador el escudo del aristócrata Obispo D. Diego Hurtado de Mendoza, de quien ya se ha hecho justa mención anteriormente, y que siendo Arzobispo de Sevilla, dejó por coheredera de su hacienda a la Fábrica de esta Iglesia para continuar las obras (Fig.ª 35).

Costados del Coro.—Fecha de 1534 y escudos en lugar preferente del Sr Obispo D. Pedro Sarmiento, que en ese mismo año fué trasladado a Santiago y cuatro después nombrado Cardenal por Paulo III, lleva el grandioso retablo plateresco de piedra que cubre todo el primer tramo inmediato al trascoro. (Pl.° 29) Entre dos altas y abalaustradas columnas, varias pilastras e impostas, dividen y subdividen todo el espacio en nueve hornacinas a más de un arco central trilobulado, en el cual otro retablito de madera del mismo género ahoga casi por

completo las imágenes de San Pedro y San Pablo, de igual suerte que en los demás nichos las achaparradas estátuas llegan poco menos que a tocar el techo con la cabeza: el friso sobre las columnas entre otras figuras ostenta las armas del Cabildo; acaso porque a cuenta de la hacienda de la Fábrica y Obra se terminara ésta, que el Sr. Sarmiento dejara sin terminar a causa de su salida. En la parte superior hállanse colocadas la urna y cunita del Niño Jesús, talladas por Juan Manuel Becerril y doradas por Francisco Rodríguez (Fig.ª 36).

El altar de la Visitación (Pl.° 30) ocupa el tramo siguiente: el arco que guarnece el retablo es del mismo corte y factura que el del Cristo de las Batallas, hasta con idénticas puertecillas; mas lleva la ventaja de estar enriquecido con una de las mejores pinturas que posee la Iglesia: está dividido en tres estancias de frente, separadas por pilastrillas, y dos de costado, todas coronadas por delicados doseletes de madera, muy finos, pero góticos decadentes. El lienzo principal le ocupan la Santísima Vírgen y su prima Santa Isabel, a quien aquella viene a visitar, ambas respirando sentimiento de piedad y espiritualismo tan propios de la antigua escuela española. Les acompaña San Lorenzo a la izquierda y San Andrés a la derecha, estando a los piés de éste de rodillas el donante, que con las manos juntas se dirige en súplica, no al Santo Apostol, sino al grupo central de las dos Santas primas. Una pintura más a cada lado completan el conjunto, debiendo hacer notar que el fondo de la pintura del centro es de arquitectura y el de las otras cuatro de oro, demos-

trando con ésto alguna mayor antigüedad, o distinto maestro.

En la archivolta los símbolos de los Evangelistas y en la parte superior del tímpano, cerca del vértice, la cara de Cristo cual la representa el lienzo de la Verónica, dos ángeles en fondo de oro adoran prosternados el rostro de Jesús, en el vértice mismo la palabra *Salve:* debajo de todo ésto con muchísima dificultad se lee "Joannes de Ayllón, Prior, me fecit„; suscitando esta leyenda la duda de si el Prior, Dignidad de esta Iglesia, D. Juan de Ayllón, allí en el suelo enterrado, será solamente donante o inspirado autor de tal obra pictórica, porque aprendiera a manejar tan magistralmente los pinceles durante su no corta estancia en Roma. Las actas Capitulares no nos dicen más que en 1.° de Septiembre de 1503, "el Sr. Prior pidió un arco para altar de la Visitación y allí junto sepultura para él y que daría de limosna para la Fábrica treinta mil maravedís„ (Fig.ª 37).

Un detalle, que solamente aquí existe y ya fuera del altar, pero a uno y otro lado, es un respectivo grupito de tres báculos pastorales enlazados por el medio con una cinta; quizá con ésto se quiso dar a entender que el Sr. Fonseca, antes de venir a Palencia, había ya regentado otras dos sedes episcopales, las de Badajóz y Córdoba

Costado de la Capilla Mayor.—Después del crucero ofrécesenos a la vista un arco de medio punto, no alto, pero sí con buen número de molduras, de ingreso a la capilla Mayor y en esviaje para que los fieles desde la nave puedan presenciar las sagradas ceremonias.

Cierra el arco una hermosa verja con medallones altamente repujados en la parte superior, hecha a mediados del siglo XVI por Cristóbal de Andino, rejero de bien merecida fama, vecino de Burgos, natural de Becerril de Campos, según dicen, en el precio de 440 ducados (Figura 38).

Una hornacina cubierta de cristal y dentro de ella un repintado Ecce-Homo ocupa la ojiva primera del lienzo que sigue a continuación. Discutióse en 1566, y aun antes, si la efigie del Ecce-Homo se había de colocar en arco de mayores proporciones que el que ahora ocupa: intentaron hacer una gran ojiva que abarcara todo el entrepaño, trasladando para ello el sepulcro del Arcediano de Campos al lienzo frontero; mas ante el temor de que la ejecución de tal pensamiento pudiera ser más peligrosa que costosa, acordaron dejar las cosas como estaban, limitándose a adornar y enriquecer hornacina y retablo.

La segunda ojiva guarda en sepulcro bien ornamentado con escudos propios y estatua yacente las cenizas de D. Diego de Guevara, Arcediano de Campos, que falleció en 1509, en el mismo año en que el Cabildo le había concedido este enterramiento mediante el pago de 30.000 maravedís para la Fábrica (Fig.ª 39).

Capilla Mayor (Pl.º 31).—Fué algún tiempo Coro, cuando el altar principal estaba en lo que es hoy Capilla del Sagrario; pero estimando Fray Diego de Deza y el Cabildo ser ésta cosa pobre y mezquina para la dignidad de la Iglesia, determinaron trasladar capilla y coro, al lugar respectivo que ahora ocupan; determinación que si para cierta Comuni-

dad de Capitulares y personas, que por deber asisten diariamente a los Oficios Divinos, es conveniente y recomendable, bajo el punto de vista estético ha perjudicado muchísimo, y aún para la asistencia de fieles a los actos del culto, especialmente a la Santa Misa, y más en los días de solemnidad grande há poco menos que inutilizado la Catedral, razón por la cual en nuestros días, cuando se han celebrado fiestas extraordinarias con gran concurso de fieles, se ha colocado un altar a la puerta de los Reyes: como se hizo en el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada y en las solemnidades del Sínodo diocesano.

En 6 de Marzo de 1505 nombró el Cabildo dos Capitulares para que entendieran en el asunto del retablo; y la obra se comenzó a ejecutar dando desde luego Fray Diego 300.000 maravedís, y, aunque promovido bien pronto al arzobispado de Sevilla, continuó periódicamente enviando cantidades importantes "para el retablo que hacía para el altar mayor de esta Iglesia„. Mucho tiempo duró la obra, pues en Abril de 1527 celebraban los Cabildos en la Sacristía por estar ocupada la "capilla capitular con decir en ella la Misa y las horas porque se ponía el altar Mayor„.

En varias partes debe dividirse el conjunto de éste: la imaginería, la talla y ensambladura, y las tablas. La parte primera desde que Ceán Bermúdez publicó su Diccionario de artistas, se ha venido atribuyendo a un tal Felipe *Bitrarino* o *Bitrurino*, seguramente por error en la lectura confundiéndole con Felipe Bigarni, más comúnmente Vigarni, lla-

mado también el Borgoñón por ser natural de Borgoña, avecindado en Burgos, donde tuvo su principal taller.

Pues bien, Felipe Vigarni, por escritura otorgada en Palencia a 1.° de Agosto de 1505, con aprobación y a costa de Fray Diego de Deza, electo ya Arzobispo de Sevilla, se obligó a esculpir las imágenes que fueren necesarias para el altar de la capilla Mayor de dicha Iglesia en el precio de 130.000 maravedís, de su propia mano los rostros y manos, de buen nogal liso y sin pintar. Y que cumplió su compromiso consta positivamente por las cantidades que cobró y por las diez y siete imágenes que Juan de Cabrejos, discípulo suyo, trajo y depositó en el Hospital de San Antolín; con anterioridad había enviado la del Santo Patrono.

La *talla* y *ensambladura* hubo de ser hecha por Pedro Guadalupe, el mismo que tomó a su cargo el trasladar y aumentar las sillas del Coro, y labrar los cajones de la Sacristía: induce a creerlo así el que Alejo Vahia, al comprometerse a hacer las estátuas de San Juan y la Magdalena (sic) probablemente para el remate actual del altar del Sagrario, dejó a elección de Pedro de Guadalupe, entallador, el señalar el precio no pasando de cuatro mil maravedís, que él pedía, ni bajando de tres mil que le ofreciera el Cabildo. El asentarle donde está al presente y el añadir cuanto era preciso en la parte superior, fué obra de Pedro Manso y Juan de Torres, labrando aquél la hornacina para el Crucifijo, la Vírgen y San Juan Evangelista, que en 10 de Enero de 1519, Juan de Balmaseda, cuando apenas contaba 31 años, se

comprometió a hacer en precio de cien ducados (Figura 40).

De la pericia de estos dos maestros, Vigarni y Balmaseda, así como del mérito artístico de la escultura por ellos ejecutada, baste decir del primero, que en el concurso celebrado para adjudicar la sillería de la Catedral de Toledo, compitió con nuestro Alonso Berruguete, labrando el uno la mitad y el otro la otra mitad, sin que desmerezca la una de la otra; y del segundo, que hay crítico de arte, que le coloca al igual y a veces por encima de Berruguete: nótase sin embargo esta diferencia; Vigarni sugeta la gubia a la influencia del goticismo; Balmaseda marcha con alas desplegadas por los campos del renacimiento.

Costeó la pintura y dorado del retablo D. Esteban Fernández de Villamartín, Arcediano, de quien ya con elogio se ha hecho mérito más arriba.

Juan de Flandes, pintor, que vivió y murió en Palencia, comenzó en 1509 a pintar las hermosísimas tablas, que forman parte muy principal, acaso la más importante del retablo; son pasajes de la vida de la Santísima Vírgen y de Nuestro Señor, faltando para que ésta quede completa tres tablas, que son indiscutiblemente las dos que se hallan en la capilla de San Fernando y el Calvario de la Sala Capitular sobre la puerta de entrada: que ésto sea cierto, dedúcese de las Actas Capitulares de 1559, en las cuales se trata de hacer "una muy buena pieza de bulto de nuestro mártir San Antolín y se ponga en medio del retablo del altar mayor en el lugar do agora está la tabla del Crucifijo de *pincel*„.

La obra de Juan de Flandes es dulce, bien sentida, atrayente, y que de poco tiempo a esta parte empieza a ser apreciada en lo que vale, gracias al estudio que hombres inteligentes han hecho de una colección de cuadritos de este autor, que se conservan en el Palacio Real de Madrid, y fué exhibida en la exposición de arte retrospectivo de Zaragoza en 1808.

Las dos bóvedas sobre la capilla están profusamente ornamentadas con dorados florones y grandes bustos en el punto de arranque de los arcos: luce la primera el escudo del Sr. Obispo Sarmiento, prueba evidente de que en su pontificado se ejecutó la ornamentación, y la segunda el de los Castilla D. Sancho y su hijo D. Diego, descendientes del Obispo D. Pedro; no es por tanto el escudo de éste como hasta aquí se ha creído y repetido (1). En los

---

(1) Es curiosísimo lo ocurrido con este escudo y ello nos dá idea de que no todos los capitulares ni aún los seglares estaban conformes con la preponderancia de los señores Castilla. He aquí lo que pasó. Al amanecer el 24 de Julio de 1534, apareció «derribado en el suelo y algún tanto desquebrajado el escudo de las armas de los de Castilla, que estaba en la cumbre de la capilla Mayor»: el Cabildo lo llevó muy a mal y nombró algunos de sus miembros, que juntamente con el lugarteniente de provisor, por cuantos medios estuvieren a su alcance indagaren quién le había quitado y quién había contribuído a ello con ayuda, consejo, etc., para castigarles debidamente, si sobre el culpable o culpables ejercía alguna jurisdicción. Como consecuencia de ello, resultó que algunos Capitulares fueron desterrados de la Ciudad y varios seglares encarcelados. La Corporación discutió ámpliamente cuál escudo se había de vol-

nervios diagonales, unos escudetes llevan las lises del Cabildo.

Cierra la capilla por su frente sencilla a la par que grandiosa verja, forjada por Cristóbal de Andino y costeada por el Obispo D. Antonio de Rojas, Arzobispo que fué de Granada antes de venir a Palencia y primer Patriarca de las Indias, título que se le concedió para que no descendiera de rango, y el Deán D. Gonzalo Zapata: los escudos de ambos lucen en el remate superior (Fig.ª 41). Es de advertir, que los

---

ver a colocar, unos opinaron que el mismo que se había quitado *sin capelo*, otros creyeron que *con capelo* en memoria del Sr. Obispo D. Pedro de Castilla «en cuyo tiempo aquella capilla se debió hacer», y, por último, una tercera opinión se manifestó en favor de que, pues en esta Iglesia no había ningún escudo real, siendo así que el Rey D. Sancho la había fundado y dotado como igualmente a la Ciudad, se colocase el escudo que estaba hecho con las armas imperiales y reales. Al fín en ésto convinieron todos, excepto dos, que continuaron opinando que se colocase el escudo de D. Pedro *con capelo*: llamaron al maestro Gaspar de Solórzano y le dieron orden de que pusiese el escudo real; pero sus dificultades hubo de haber, acaso D. Diego de Castilla, portavoz de la familia, gravemente ofendido por el desacato, tomó parte activa en la causa, y solamente se aplacaría algún tanto y cedería a otorgar perdón a los desterrados y detenidos en prisión a cambio de que se reintegrara su escudo, *sin capelo*, al sitio de donde había sido derribado: lo cierto es que en 6 de Noviembre del mismo año ya estaba colocado el escudo de D. Diego y «dejado en manos del Sr. Obispo estas y otras diferencias con el indicado Sr. Castilla, confiando en que su Señoría lo arreglaría, de suerte, [que volvieran los desterrados y pusieran en libertad a los presos».

púlpitos de los dos lados, ni se hicieron a la vez que esta verja, ni estuvieron aquí primeramente, sino en la reja del Coro, que aún conserva las puertecillas laterales para pasar a ellos cuando se había de utilizar su servicio.

Coro (Pl.° 32).—Atravesando el crucero por la dorada valla, cuyo importe satisfizo el Prelado don José Luís de Mollinedo, que costeó también el pavimento de toda la iglesia, y de cuál sea la estima en que la tuvieron, puede juzgarse por el hecho de haber dado el Cabildo tres mil reales de gratificación a los maestros que vinieron a colocarla, nos hallamos al ingresar en el coro nuevo (llamábase coro viejo a la actual capilla Mayor) la estupenda—si vale emplear esta palabra—la estupenda verja, labrada principalmente a espensas del maestro del Emperador Carlos V, Obispo de Palencia, D. Luís Cabeza de Vaca, por encima de cuyo cadáver hemos pasado, pues modestamente quiso ser enterrado entre los dos coros, el que tan grande fué en vida y dejó toda su hacienda a la Fábrica y obra de la Iglesia.

Anunciόse concurso para subastar la construcción de la verja, y acudieron nueve maestros, afamados todos, de distintas regiones de España: en pública subasta se remató en Gaspar Rodríguez, vecino de Segovia, en precio de 3.400 ducados, que pagaron la testamentaría del Sr. Cabeza de Vaca, con ayuda de sus sucesores D. Pedro Lagasca y de D. Cristóbal de Valtodano, dando por terminada completamente la obra en 1571, y habiendo estado

encargado de vigilar y activar los trabajos el Canónigo D. Andrés de Palencia (Fig.ª 42).

A los dos lados de la puerta de ingreso, sobre zócalo de piedra, plateresco, exornado con medallones, follaje y ángeles tenantes que nos muestran dos cartelas en las que se perpetúan las visitas hechas a esta Iglesia en 1522 por Adriano VI (1) y Carlos V, se levanta esta verja, que no tiene similares entre todas las demás: cuatro columnas esbeltas, de jónico capitel, con admirablemente repujadas y pintadas imágenes de Evangelistas y virtudes en el tercio inferior, siendo estriado el superior, dividen el cuerpo principal de la obra en tres zonas verticales; la del medio son las puertas, que ostentan en el lugar que hace de zócalo figuras y mascarones de tan alto relieve, que apenas es dable formarse idea de cómo el martillo pudo relevarlo sin deshacer la plancha de hierro: los barrotes son de delicado, fino y bien trabajado dibujo; otro cuerpecito a manera de arquitrave y friso de barrotillos éste, y muy bien exorna-

---

(1) Muy al principio de este año 1522 estuvo en Palencia el Cardenal de S. Juan y Pablo, Obispo de Tortosa, Adriano F. de Utrech, que fué elegido Papa a la muerte de León X: el Cabildo y la Ciudad enviaron comisionados a felicitarle; por el Cabildo fueron el Arcediano del Alcor y el Canónigo Francisco de Cuellar con cartas muy expresivas, le encontraron en Santo Domingo, allí les recibió, y contestó con otra carta muy afectuosa. Desde entonces data, como grato recuerdo, el uso de una cruz pontifical o de tres brazos sobre las pilas del agua bendita en las distintas puertas de nuestra Catedral.

do y repujado aquél, sirve de sostén al remate, que supera a todo elogio por la composición, el dibujo y la delicadeza con que medallones y escudos, estátuas y florones están acabados: allí parece que se han reunido todos los encantos de la rejería plateresca, tan rica es en primores.

Poco tiene de particular la sillería coral: las sillas altas, lisas en su respaldo, están cubiertas por doseletes de agudo frontón las laterales, y de degenerada ojiva las del frente, pero todas con escudos en su mayoría pintados en el centro, las sillas bajas muestran respaldos de calado dibujo arabesco; influencia del mudejar, variados hasta el punto de no haber dos iguales. Esta sillería es en su mayor parte la misma que el Sr. D. Sancho de Rojas mandó hacer a su costa, y ejecutó el maestro Centellas, ayudado de Juan de Lilia. Un siglo o algo menos estuvo la tal sillería en el antiguo Coro, pues ya para 1519 la había pasado Pedro de Guadalupe al coro nuevo, añadiendo por encargo del Cabildo, primero 20 sillas más, cinco en cada fila, que se distinguen de las anteriores en las moldurillas de los reclinatorios y en los respaldos de las de abajo, bien dibujados y tallados, pero sin calarles, y ultimamente colocó "los asientos de cabe el crucero con sus Respaldos y Remates„. (Fig.ª 43).

En los cajones del facistol grande, que ocupa el centro del Coro, guárdanse los cantorales hechos por Fray Reginaldo, dominico, iluminados por Alonso de Tapia, y otros varios libros que trabajaron distintos "escribanos de libros„.

Poco antes del año 1519, para que las líneas

laterales conservaran su rectitud, excaváronse los pilares por sus bases, debilitándolos considerablemente hasta una buena altura, a fin de facilitar también el paso por el andito o galería del coro alto, hecho, por aquel entonces y destinado a los músicos, procurando suplir la fortaleza de que á los soportes se despojaba con macizar los cuatro arcos laterales y tender de uno a otro pilar del crucero, a la entrada del Coro, el arco del *miedo* o de resistencia, pintado, adornado y coronado por la imagen de la Purísima en 1664 por mandado y a costa del Señor Obispo Peralta. Debajo de este arco, en corte diagonal, que hicieron para rebajar la columna al plano que se deseaba, luce una vez más a cada lado, entre adornos grotescos, el escudo del Sr. Fonseca, en colores para que resalte más; francamente entendemos que en este sitio, más que lucir, se *deslucen* las armas de Prelado tan incomparablemente insigne, que en esplendidez y buen gusto no fué superado, si es que llegó a igualarle alguno de sus antecesores o sucesores, porque con estos aditamentos y alineaciones, la estética quedó un poquito, bastante mal parada; ¡que el arte perdone al pecador este pecadillo, en gracia de la buena intención!

En una fachada tan grande como barroca y fea, aunque bien trabajada y dorada enseña el magestuoso y potente órgano sus numerosos caños de variadas dimensiones y no pocas figuras de adorno. "Hizo esta obra Fray Domingo de Aguirre, Religioso de San Francisco, único maestro en el arte orgánico. Acabóse año de 1716„ dice una cartela al lado de los lises del Cabildo.

SACRISTÍA (Pl.º 33).—Frente al arco en esviaje de la capilla Mayor y por otro de medio punto moldurado, se pasa a la irregular Sacristía; consta de dos partes, la primera cuadrada, que antes fué capilla de Corpus Christi y después de Santa Catalina, como en otro lugar se ha dicho; en el lienzo de frente reposan en dos arcos angrelados con respectiva estátua yacente los prebendados D. José Alfonso de Orihuela y D. Lope de Tamayo.

La bóveda de este tramo y del siguiente, relativamente moderna, del tiempo en que estos locales se dedicaron a su actual destino, oculta la primitiva ojival, que no ha sido destruída La segunda parte dividida en dos por un arco tan robusto que sirve de firme apoyo a uno de los lados de la torre, es rectangular, las ámplias cajonerías, labradas por Pedro de Guadalupe, adosadas a las paredes, guardan ornamentos de inestimable valor: el terno de Alonso de Burgos, el de Cabeza de Vaca, del cual presentamos como muestra una dalmática (Fig.ª 44), el morado del Sr. Zapata, el blanco que se bordó para la capilla de los Racioneros, y otros más, sino muchos en número, por su clase, calidad y ejecución, son verdaderos modelos en su género y pueden competir con los de Toledo y el Escorial. Los bordados en sedas sobre fondo de oro pasan por toda la gama de colores y matizan con tal perfección las figuras, que no lo haría mejor el pincel de acreditado artista, por bien provista de tonos que tuviere la paleta. Y nada hemos de decir para ponderar los frontales, especialmente el de los pájaros y las flores, porque ellos solos se ponderan.

PINTURAS.—Es curiosísima la que representa el busto de Carlos V, capricho dispuesto por las leyes de la perspectiva, que llama poderosamente la atención de cuantos la vén. Hay además cuadros muy notables del Greco (Fig.ª 45), Zurbarán (Fig.ª 46), la Vírgen con el Niño de escuela española influenzada por la flamenca, copias de Rafael Urbino, Julio Romano, Bassano, Sebastián del Piombo, Guido Reni, Rivera o sea el *Españoleto* y otros muchos. Merecen fijar un poco la atención y contemplarlas dos lindísimas placas de alabastro pintadas por ambos lados a la manera de Juan de Flandes sobre la cajonería de debajo de la Torre y los mármoles encuadrados en los respaldos de toda la cajonería admirablemente pintados con motivos arquitectónicos.

¿Cómo adquirió la Catedral tan abundante y valiosa colección de pinturas esparcidas por Sacristías, Naves y Capillas? Sencillamente: unas por donaciones de piadosos prebendados y personas devotas: otras por la *Luctuosa* o sea por el derecho que Alfonso VI y su mujer Doña Constanza transmitieron a la Iglesia de percibir una alhaja de los bienes relictos por los clérigos, que morían *ab intestato*.

ALHAJAS Y CUSTODIAS. — En armarios convenientemente preparados se custodian joyas de todos los tiempos, estilos y gustos por los cuales ha pasado la orfebrería religiosa desde que la Catedral comenzó a levantarse. Más antiguos, posee unos bordados en seda y oro con imágenes e inscripciones de San Juan Bautista y San Isidoro en el anverso y dibujo ornamental en el reverso; son probablemen-

te los extremos de una estola o manípulo no posteriores al siglo XII, y que con seguridad casi podría afirmarse que pertenecieron a uno de aquellos insignes varones que presidían y celebraban los cultos en la Catedral románica. Algo posterior, no mucho, en época a estas valiosas tiras, es una cajita *eucarística* (Fig.ª 47) de cobre esmaltado típicamente y dorado, modelo de aquellas *pyxides* o copones primitivos, que se usaban para reservar la sagrada Eucaristía.

Pero la joya que más llama con justicia la atención, es la obra de Juan de Benavente, la custodia procesional (Fig.ª 48).

Tan perfecta y completa es en su composición y dibujo, tan fina y delicada en la factura y ejecución, que por algún tiempo fué atribuída a uno de los Arfes, sin que para ello haya más razón que el exquisito gusto, la suma delicadeza que en ella nos revela el orfebre. De dos partes bien diferentes entre sí consta tal como se halla en la actualidad; la primera es el baldaquino exterior, barroco, construído en el siglo XVII durante el pontificado de Don Andrés de Bustamante: la segunda, la verdadera custodia, fué encargada por la iniciativa y con la valiosa ayuda de D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia en 1581, al platero de Valladolid, Juan de Benavente, apenas conocido hasta ahora en el mundo artístico, más que por esta obra y por un relicario para San Benito de Valladolid; hoy, gracias a la exposición de arte retrospectivo celebrada en el verano del año 1921 en esta Ciudad para conmemorar el VI centenario de la colocación de la pri-

mera piedra de nuestra Catedral, se ha descubierto una nueva y notable obra de este artífice vallisoletano, es la custodia de Paredes de Nava.

Mide la de Palencia metro y medio de altura, y se divide en tres cuerpos: sobre base exágona se alza el primero y principal, corintio, de seis arcos almohadillados, que se apoyan en bien guarnecidas pilastras, a las que se adosan, a manera de contrafuerte, columnas pareadas en sentido radial estriadas y exornadas; cubre este cuerpo una bóbeda con pechinas y plementos en los cuales hay admirablemente repujados relieves relativos á la Eucaristía: el segundo cuerpo descansa en circular basamento, doce columnas, compuestas, de dos en dos, sostienen la calada bóbeda del tercero, que sirve de sustentáculo por medio de finas estipites á un chapitel piramidal terminado en una crucecita de abalaustrados brazos: en el centro del primer cuerpo se coloca el viril (Fg.ª 49) bien trabajado y elegante, pero que no sigue las severas líneas de la custodia: cuatro series de estatuitas dán más realce y animación al conjunto. Describir la finura y maravillosa ejecución en basamentos, frisos, capiteles, etc., sería demasiado prolijo para unos apuntes de esta índole.

De otras alhajas ricas y notables, sobresaliendo entre ellas un viril gótico (Fig.ª 50) de los últimos años del siglo XV, de cálices góticos y plateresco (Fig.ª 51), alguno de renacimiento español avalorado con gran copia de esmaltes (Fig.ª 52), es preciso hacer aquí caso omiso, puesto que no se trata de un inventario.

Claustro (Pl.º 34).—Costeado por Fray Alonso

de Burgos, Fonseca y el Cabildo, se levantó adosado a la nave de la Epístola, desde el crucero hasta el pié de la Iglesia ámplio y cuadrado claustro, que cumple admirablemente el fin de estas dependencias. Altas y espaciosas son las bóvedas, pero su arquitectura híbrida, deja bastante que desear. Hasta la última decena del siglo XVIII tuvo abiertas las ojivas, que dán al interior, las cuales, dicen, eran bellas y bien adornadas de arabescos, pero en 1792 hubo precisión de macizarlas, no por mero capricho, como alguien ha insinuado ignorantemente, sino por la necesidad de sostener el conjunto, pues amenazaba inminente ruina, que se pudo contener desmontando el piso superior y fortaleciendo el de abajo: así consta en documentos fehacientes.

Sala Capitular (Plano 35).—En el ángulo occidental del claustro, junto a la puerta de la Iglesia, está la entrada a la Sala Capitular: es una portada de arco trilobulado bajo conopia, flanqueado de agujas, con los escudos de Fonseca en las enjutas. El conjunto, sin tener nada de particular, resulta agradable.

La sala es una habitación rectangular, alta, de dos bóvedas, sencilla; pero elegante en medio de su sencillez, con los escudos de Fonseca en las claves.

Cubren por completo sus laterales muros cuatro tapices de lo más selecto, que el arte suntuario textil ha podido producir; son verdaderamente soberbios por sus dimensiones; soberbios por el colorido, y soberbios por la manera de tratar los asuntos múltiples y de Historia Sagrada en tres de ellos; alegóricos o simbólicos en el cuarto. Es la Historia de la

Humanidad, que saliendo pura de las manos del Creador y dejada después a su propio albedrío, lucha sin tregua ni descanso, personificando en esta lucha los vicios y las virtudes: allí está admirabilísimamente representado el Hombre de ayer, el de hoy, el de mañana y el de todos los siglos.

De estos tapices se ha dicho que son "estimados como una colección única en España y solo comparable a otra que posee el Vaticano„ (1); lo que rotundamente puede asegurarse, es que los desgraciadamente desconocidos autores de esta maravilla suntuaria supieron dar forma plástica viviente a un conjunto de ideas, a un cuerpo de doctrina, que precisa para su legítima y adecuada interpretación un número no escaso de volúmenes literarios. ¿Quién delinearía los cartones? ¿Cómo se apellidaría el tapicero que los ejecutó? Ambas preguntas han de quedar forzosamente sin contestación: tejidos probablemente en los últimos años del siglo XV, cuando aún no era obligatoria la expresión de las *marcas de tapicería*, ni siquiera podemos saber a ciencia cierta en cuál de las ciudades flamencas, donde se desarrollaba esta industria fueron ejecutados. Datan en la Catedral del tiempo del Sr. Fonseca, cuyos escudos se muestran en los ángulos superiores; debió este señor adquirirlos en uno de sus viajes como embajador en Flandes y regalarlos desde luego a la Catedral, quizá para ornamento del coro, donde muchos años estuvieron colocados; pero su carac-

(1) Simón y Nieto. Los Antiguos Campos Góticos: pág. 61.

ter gótico nos demuestra que su fabricación es anterior al Sr. Fonseca, aserto confirmado por los escudos mismos sobrepuestos, no tejidos con el tapíz. Cada una de estas piezas mide aproximadamente ocho metros de ancho por cuatro de alto.

Suya fué también la otra colección de la *Salve Regina*, apoteosis de la Santísima Vírgen, del mismo número de paños y de poco menores dimensiones, los cuales en cierta época del año, con otros seis de Historia Sagrada, adornan las desnudas paredes de la capilla Mayor.

Estos cuatro tapices de la *Salve*, ya renacentistas, hubieron de ser encargados *exprofeso* por el Sr. Obispo, pues tiene el escudo, juntamente con la leyenda tomada de las palabras del Salmista: "*Dominus regit me, et nihil mihi deerit*„ tejido en la orla: tampoco escasean las marcas para conocer que salieron de los telares de Bruselas y aún casi descifrar el nombre del afortunado tejedor.

A la muerte del Prelado, su hermano D. Antonio, gran personaje, dignatario de Castilla, Contador mayor del reino de León, encargado de cumplir la voluntad del Sr. Obispo, retrasó cuanto pudo la entrega de los tapices de la *Salve*, no obstante las repetidas instancias y reclamaciones del Cabildo.

Los otros seis tapices de Historia Sagrada, procedentes de las fábricas de Bruselas, como acreditan las *marcas*, y de que se hace referencia más arriba, son indudablemente todos o parte de los que pertenecieron al Convento de San Francisco de esta Ciudad, legados por un Sr. Abad de Husillos. En 1581 los padres Franciscanos tuvieron necesidad de hacer

obras de importancia en su convento: para reunir fondos determinaron ofrecer en venta al Cabildo Catedral los tapices; en la sesión capitular de 11 de Marzo "los Sres. Obreros manifestaron como se había efectuado la compra de los tapices de San Francisco a DCCC mrs. la *ana* (vara castellana próximamente) como sus mercedes avían acordado de lo qual sus mercedes recibieron mucho contento y cometieron a los mismos Sres. Obreros la escritura al seguro de la venta„.

En ambos testeros hay pinturas de no escaso mérito: un lienzo grande de los Desposorios de Santa Catalina, original del burgalés Mateo Cerezo, otro de la Purísima, ingeniosamente simbolizada, y una tablita de la Vírgen con el Niño, de Mabusse, adornan el lienzo del fondo: el de entrada le exornan un retablito escultórico del entierro de Cristo, teniendo sobre él el Calvario, "de pincel„ de Juan de Flandes, pintado para la capilla Mayor, donde estuvo algún tiempo; una copia de la Magdalena de Bassano, otra de las piadosas mujeres curando al mártir San Sebastián, y varios retratos de Obispos, que por cierto valen bien poco, ni como retratos ni como obra pictórica.

Corre todo el derredor de la sala sencilla sillería con altos respaldos.

En la antesala, hay más cuadros y retratos, que, sin ser obras maestras de arte, merecen llamar la atención.

V

ONCLUYAMOS estos ligeros apuntes haciendo notar la parquedad, que seguramente habrá observado el lector en la atribución de las obras de arte a determinados artistas: es nuestro preconcebido sistema, no adjudicar paternidad alguna en cuestiones de este género, mientras no haya para ello pruebas inequívocas, datos indubitables que por desgracia hasta ahora son bien escasos.

Por otra parte lo que realza y dá mérito real y positivo a la obra, no es el autor de ella, por grande y bien merecida que sea su fama y autoridad, es la obra misma por su *composición*, por la manera de estar ejecutada, por el sentimentalismo que la impregna, o como dicen ahora, por las cualidades emotivas de que está dotada; en una palabra, por la belleza que de la obra fluye y brota espontáneamente,

BIBLIOTECA DE CAST

y por la sensación íntima, honda, agradabilísima, que produce en el alma, que con fruición la contempla. ¿Cuántas veces ha ocurrido el atribuir a un artista de mucho renombre una obra maestra, que al cabo de algún tiempo resulta que la ejecutó otro, acaso discípulo suyo? En los grandes talleres de los siglos XV y XVI, el maestro era uno solo, incapáz por falta material de tiempo de cumplir por sí mismo todos los compromisos que adquiría; había de utilizar necesariamente el trabajo de los oficiales; cuando los que encargaban y costeaban la obra querían que ésta fuera llevada a cabo por el maestro mismo, expresamente lo hacían constar en la escritura de contrato, como ocurrió con las estátuas del altar Mayor de nuestra Catedral respecto de las caras y las manos.

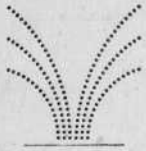
Y una cosa hemos de hacer notar en este punto: es la semejanza que existe en varias obras de la Catedral, así en escultura, ya sea piedra o madera, como en herrería respecto de las verjas; diríase que salieron de los mismos talleres, o al menos fueron obras de artistas educados en la misma escuela.

Consta sobre este particular que en Palencia había quien manejaba con mano segura la gubia o el cincel, ó tambien con igual maestría usaba indistintamente de uno u otro instrumento, según la materia a trabajar; como consta que maestros herreros forjaban el hierro en forma que competía con los renombrados de otras partes; y que no eran uno, o dos o tres individuos aislados, sino multitud, gremio que habitaban calles y plazuelas con nombre propio, en mala hora desaparecidos: así había "Plazue-

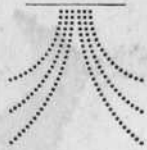
la de los Entalladores„, "Calle de los Herreros„, etc.: y abundaban los plateros, y no escaseaban los bordadores. No es ésta ciertamente una afirmación gratuita, puede facilísimamente comprobarse con hojear los libros de "Acuerdos Capitulares„ y "Cuentas de la Santa Iglesia Catedral„. ¿Nombres? Allá van unos cuantos tomados al azar: Solórzano (tres), Astudillo, Jaen, Ruesga, Piña, Vélez y Solano entre los maestros, canteros; Juan de Balmaseda, Guadalupe, Manso, Torres, Portillo y Rodríguez entre los imagineros y entalladores; Maese Benito, Juan de Flandes, Francisco e Inocencio de la Cruz y Mayorga entre los pintores; Juan de Medina, Quijano, Pinto y Paredes entre los plateros; Ambrosio de Espinosa y Juan de Azao, bordadores. Todos ellos en Palencia vivieron, á la sombra de su Catedral trabajaron, y con sus obras, que nada tienen que envidiar a otras por todo el mundo con encómio ponderadas, han demostrado prácticamente cuán unidas anduvieron siempre en nuestra Ciudad la Religión y Arte.

ÍNDICE

	Páginas
Dedicatoria	3
Introducción.	5
Historia de la Catedral	11
Exterior de la Catedral	27
Interior de la Catedral	41
Sacristía	95
Pinturas	96
Alhajas y Custodias	96
Sala Capitular	99
Conclusión	103

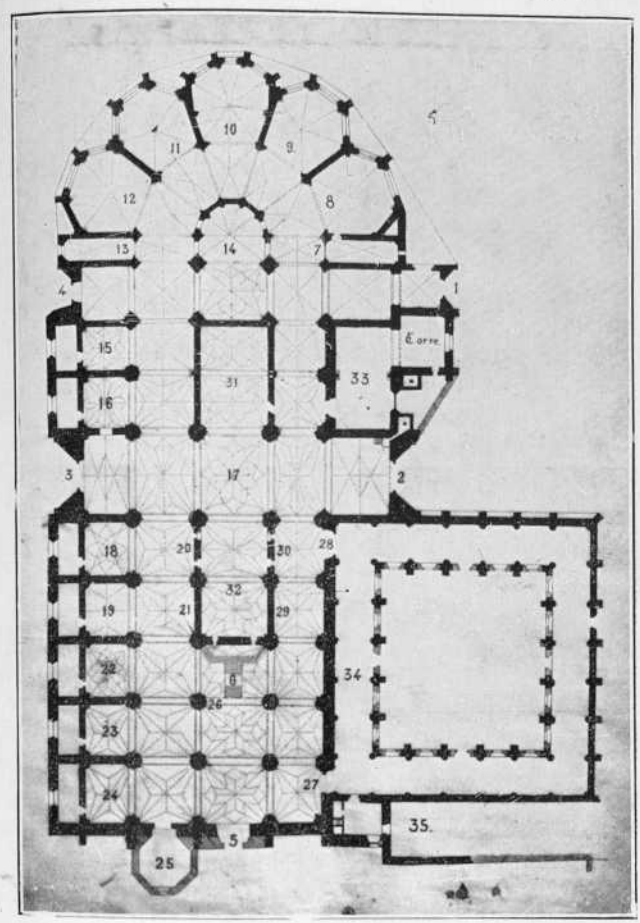


ESTE LIBRO,
EDITADO POR LA REAL SOCIEDAD
ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 7 DE MARZO DE 1923,
FIESTA DEL ANGÉLICO DOCTOR
SANTO TOMÁS DE AQUINO.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

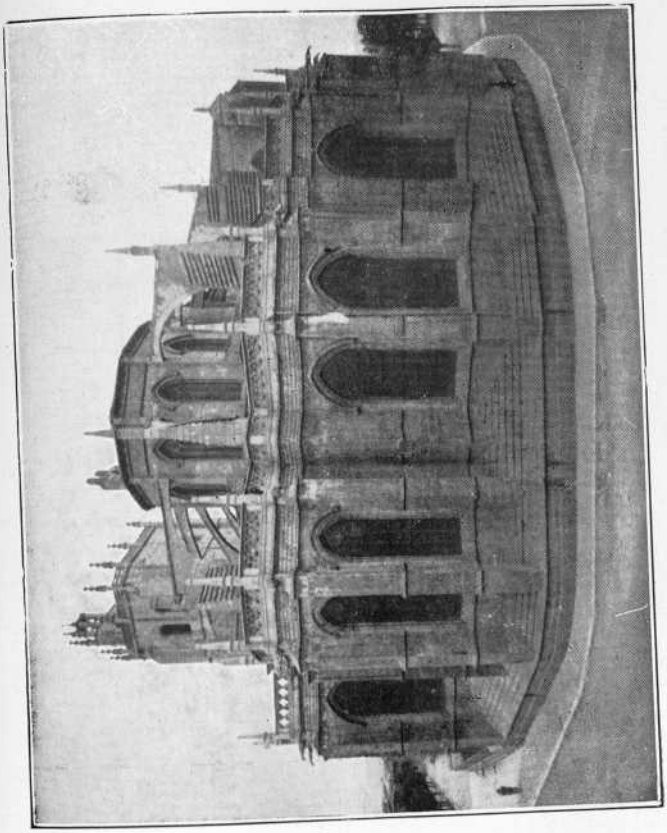
CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 1.ª



Plano de la Iglesia

NOTA. En la página 53 del texto se lee SAGRARIO (Pl.° 10). debiendo leerse (Pl.° 14).

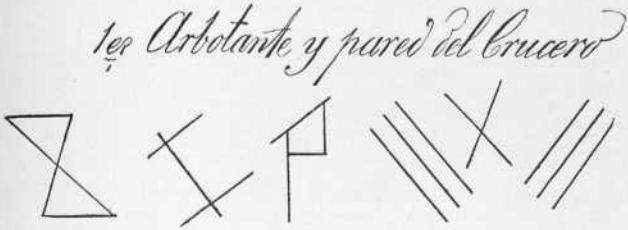
CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 2.ª



Exterior del Ábside

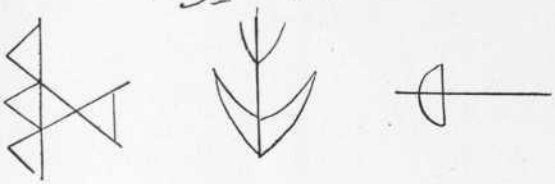
CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 3.ª

1er Arbotante y pared del Crucero

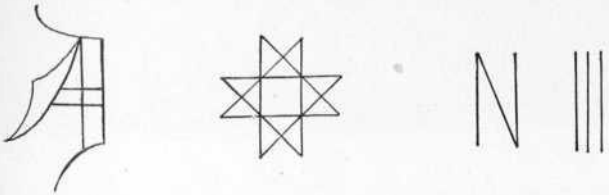


— Torre —

2.do Arbotante

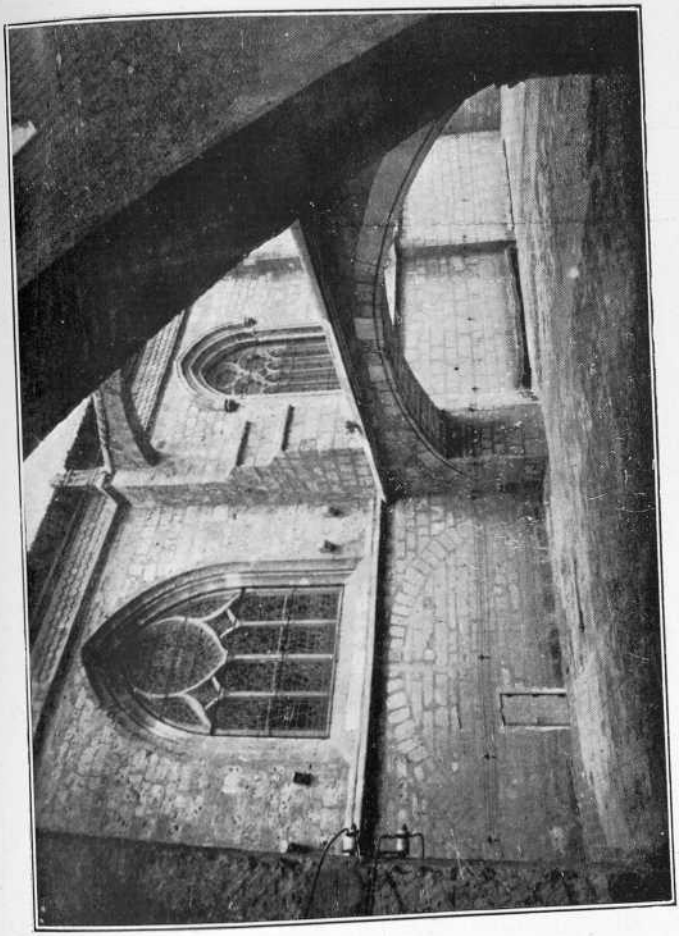


— 3.º Arbotante —



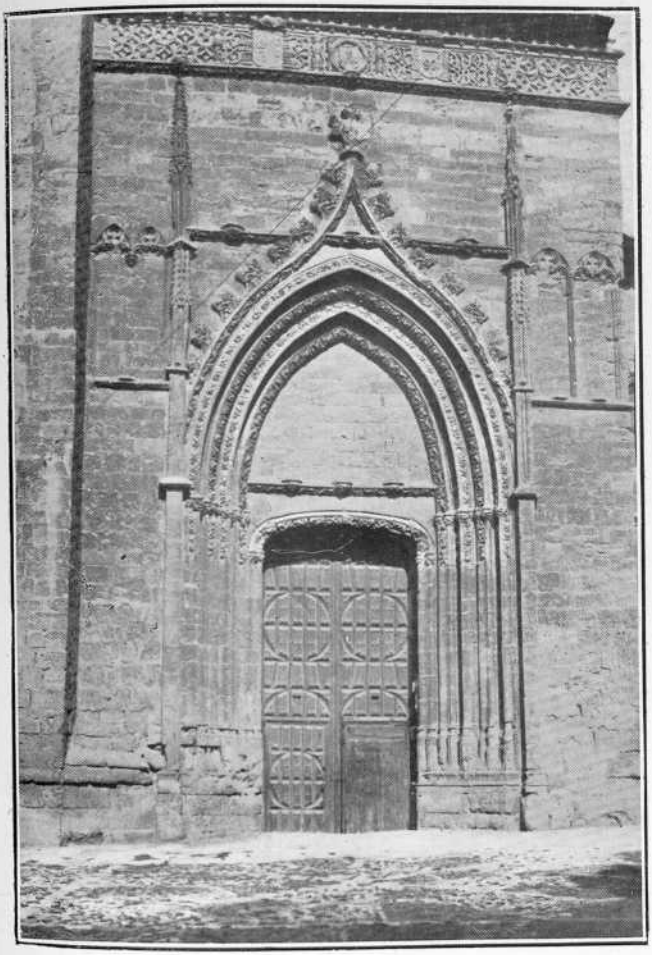
Signos Lapidarios

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 4.ª



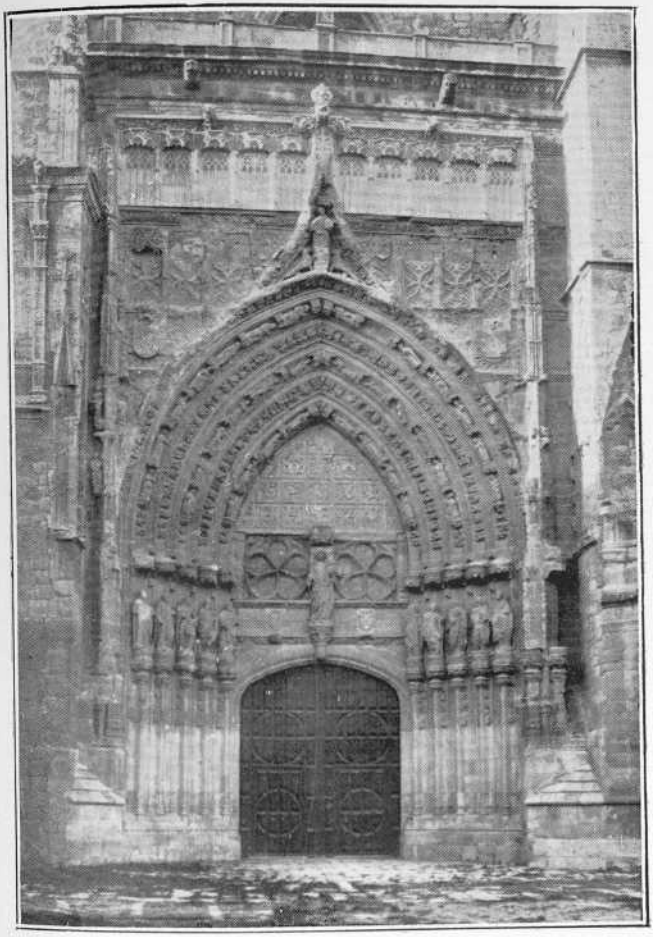
Detalle del Ábside en la terraza

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 5.ª



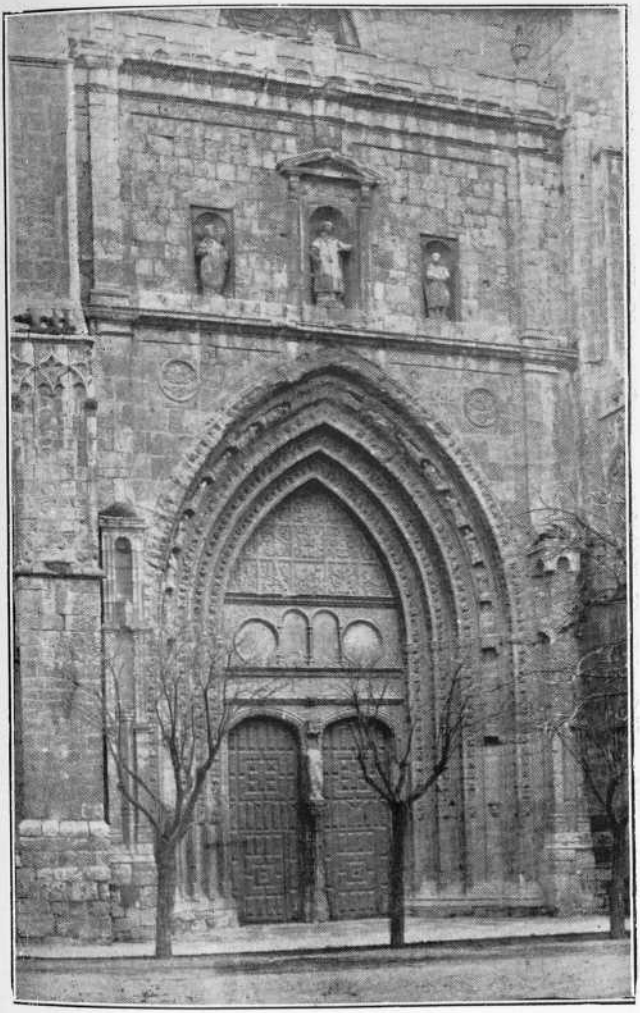
Puerta del Salvador (hoy los Novios)

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 6.ª



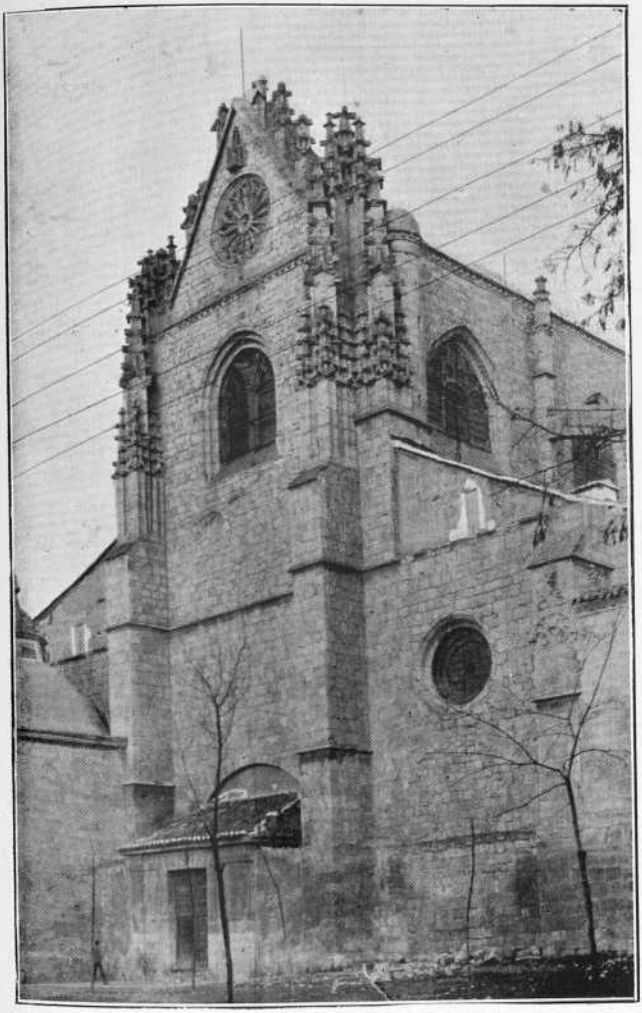
Puerta de Santa María (hoy Episcopal)

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 7.ª



Puerta de San Juan (hoy los Reyes)

CATEDRAL DE PALENCIA.—Fig. 8.ª

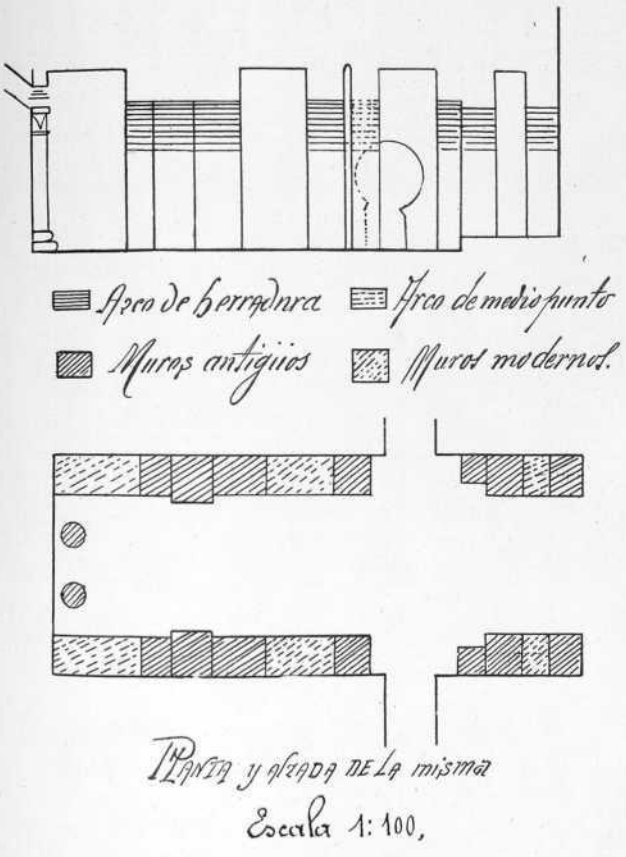


Puerta de San Antolín

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 9.ª

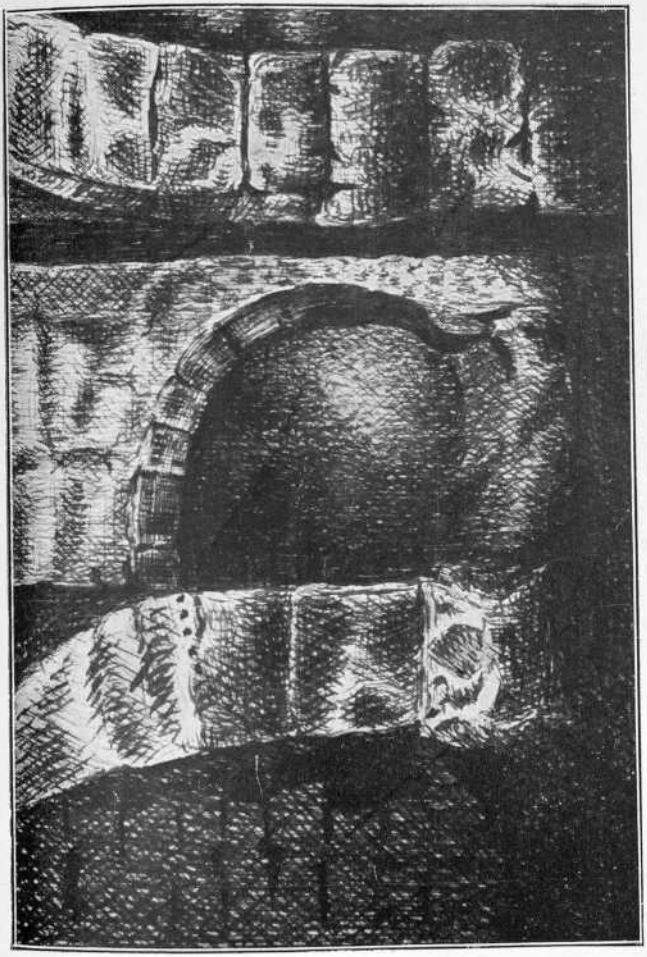
Nave central

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 10.ª



Planta y alzado de la cripta visigótica

CATEDRAL DE PALENCIA.—Fig. 11.ª

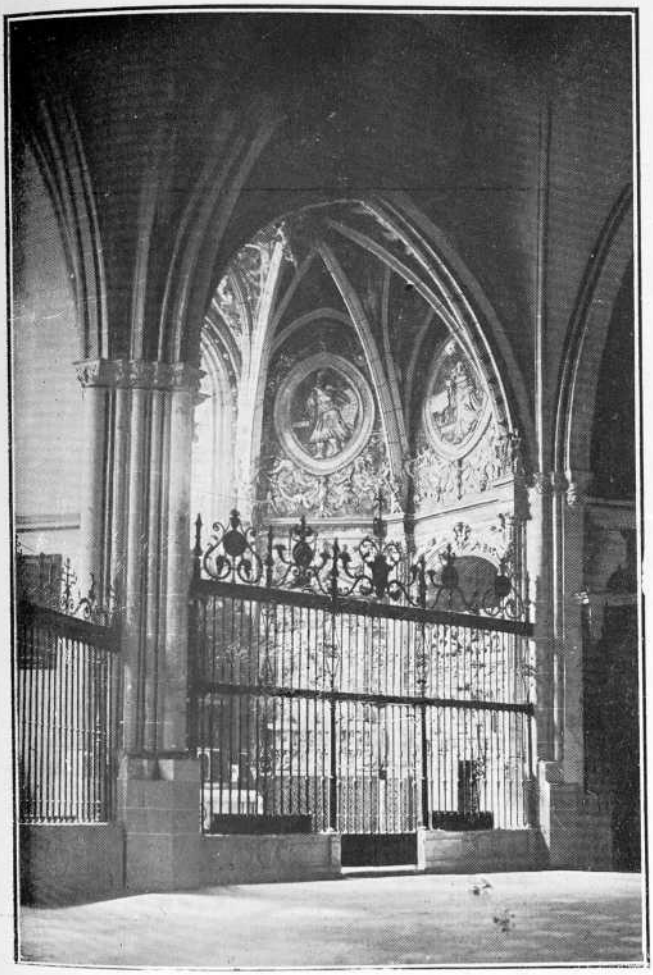


Arco de herradura practicable

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 12.ª

Arquitos y capiteles visigóticos

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 13.ª



Capilla de los Reyes o San Pedro

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 14.ª

Bóveda de la Capilla de los Reyes o San Pedro

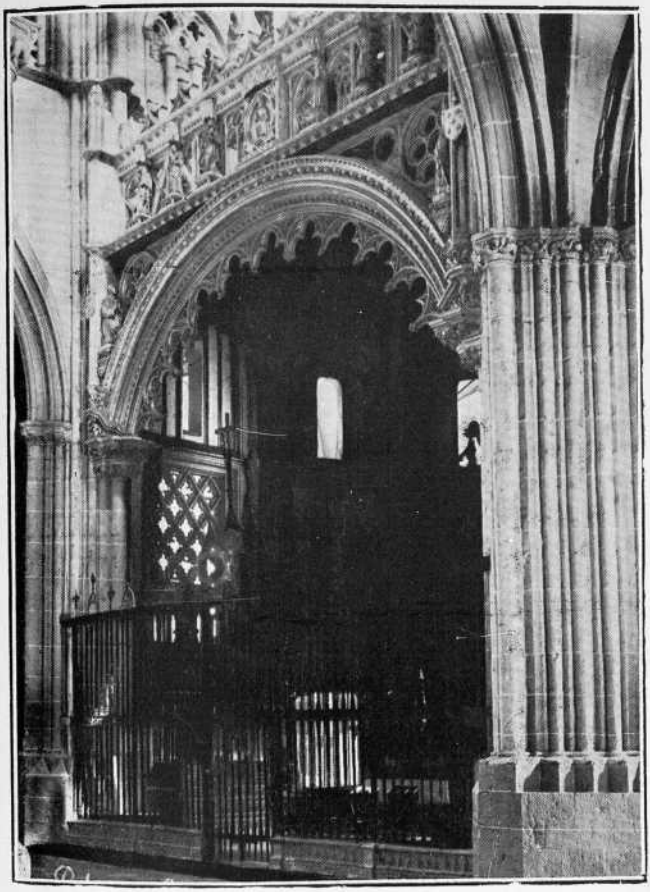
CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 15.ª

Altar de San José

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 16.ª

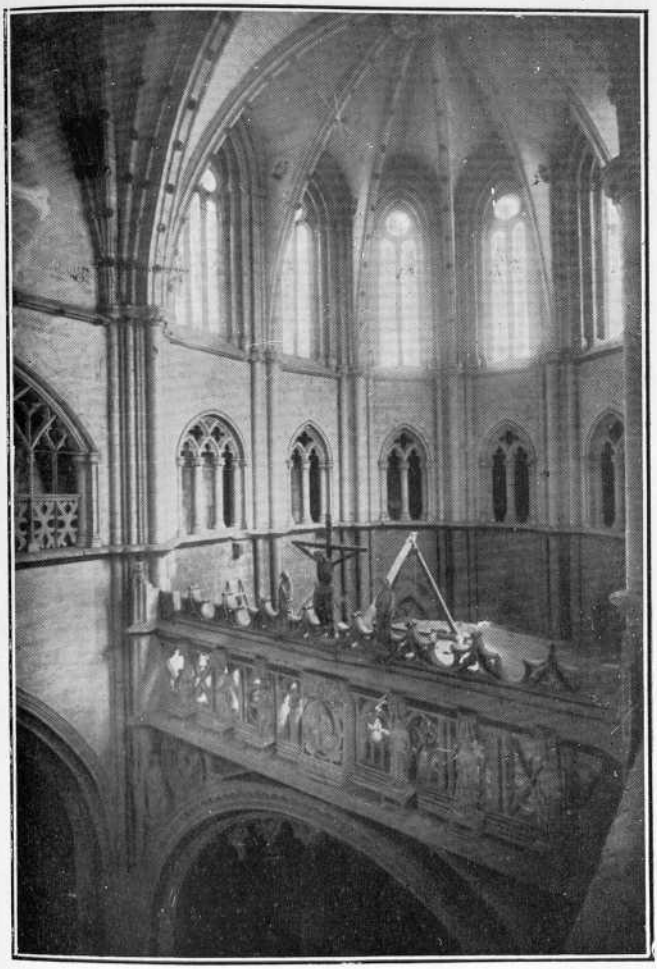
Santa Ana, la Virgen y el Niño Jesús

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 17.ª



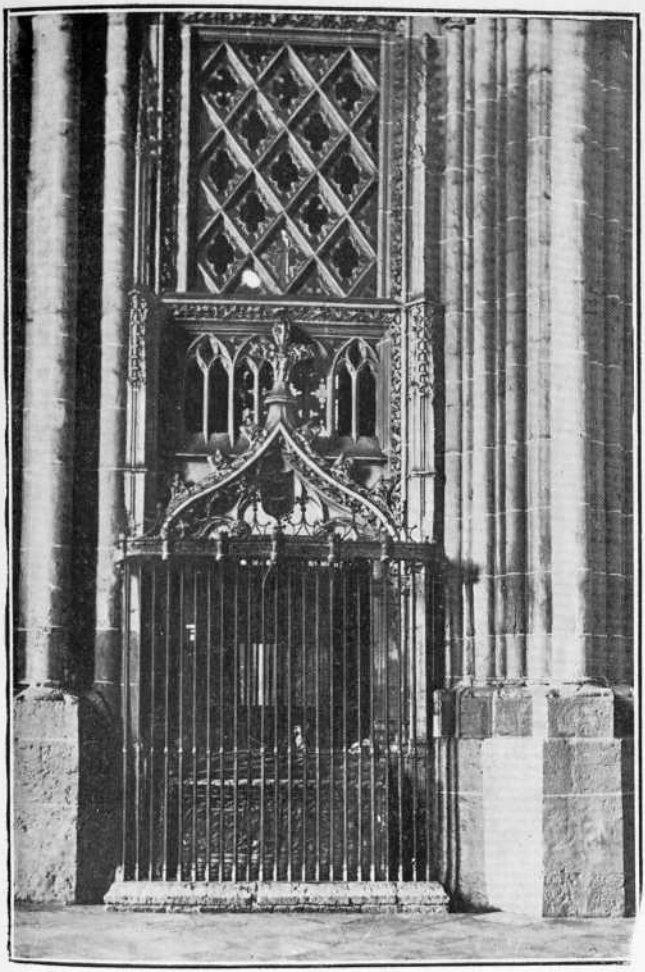
Arco de entrada a la Capilla del Sagrario

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 18.ª



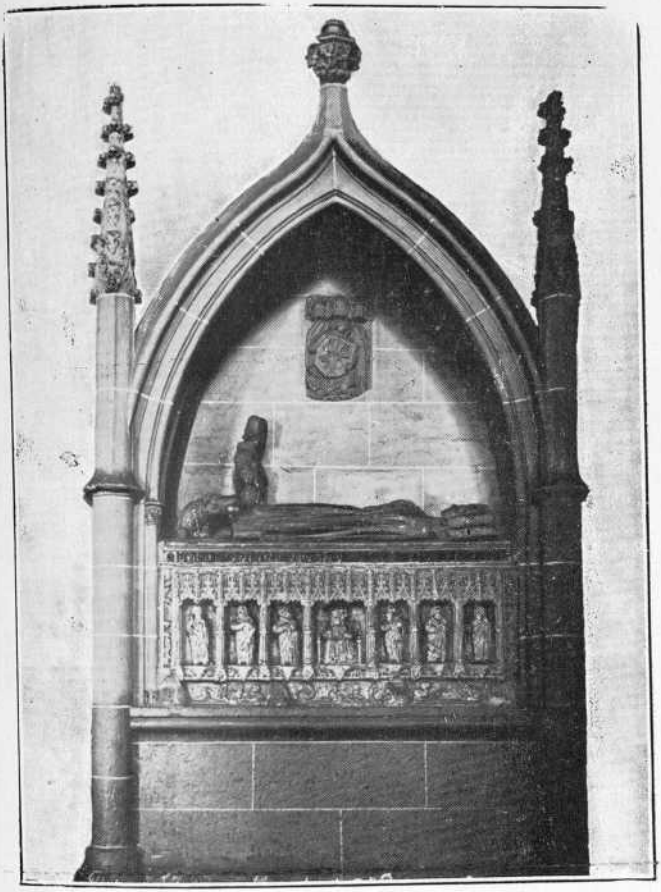
Interior del Ábside

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 19.ª



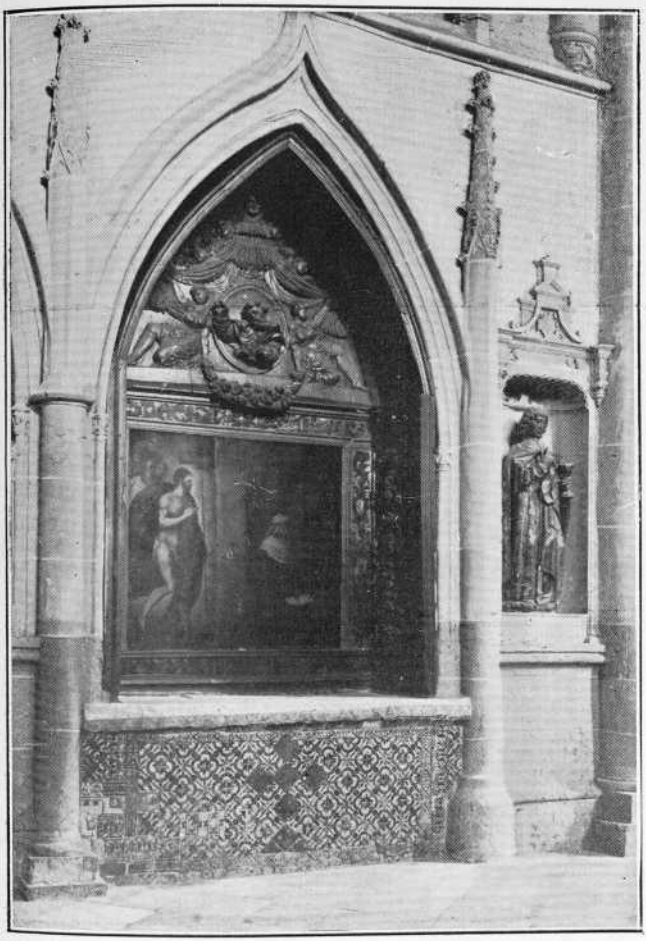
Sepulcro de doña Inés de Osorio

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 20.ª



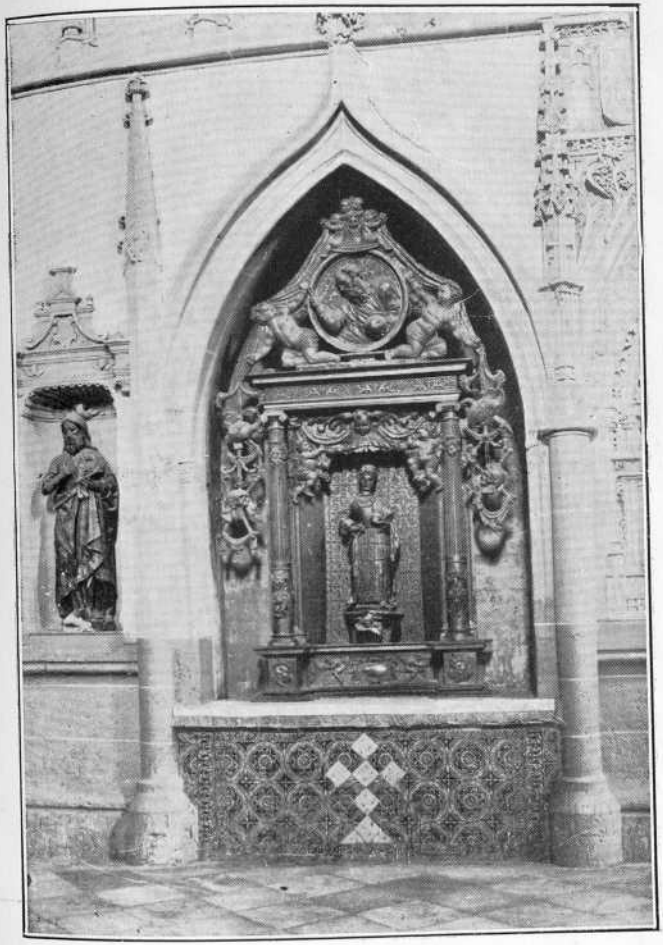
Sepulcro del Deán don Rodrigo Enríquez

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 21.ª

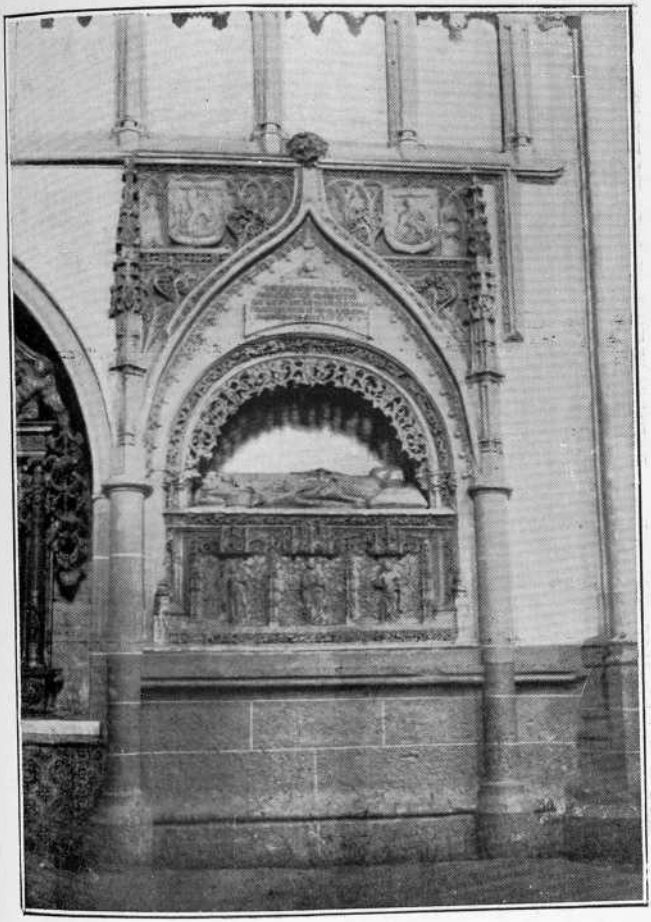


*Cuadro de la Aparición de Jesús resucitado a su Madre Santísima

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 22.ª

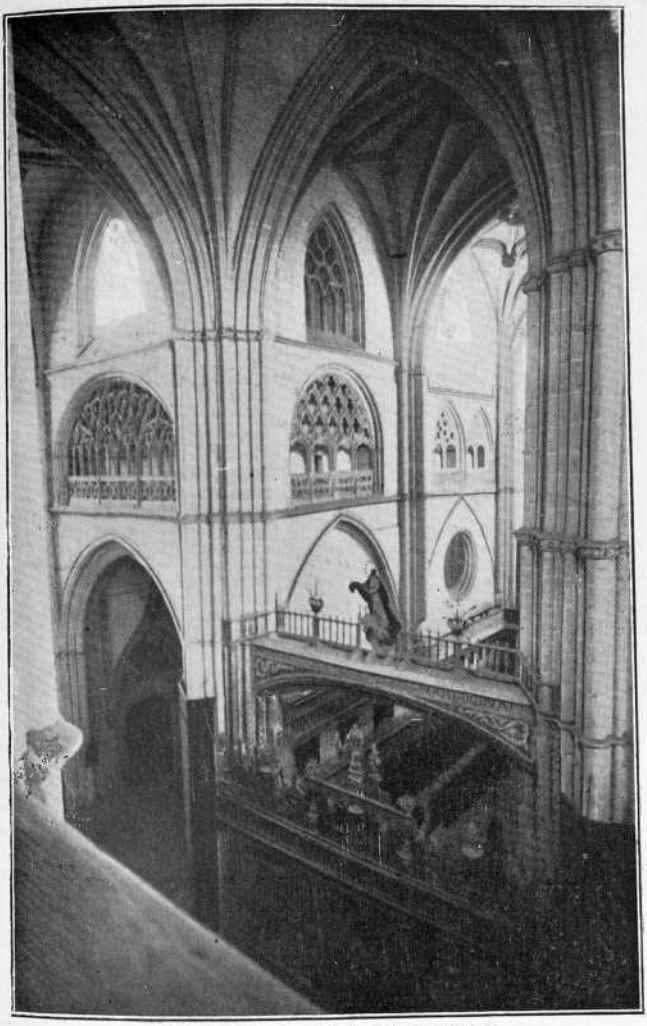


Retablo de Santa Polonia



Sepulcro de don Francisco Núñez, Abad de Husillos

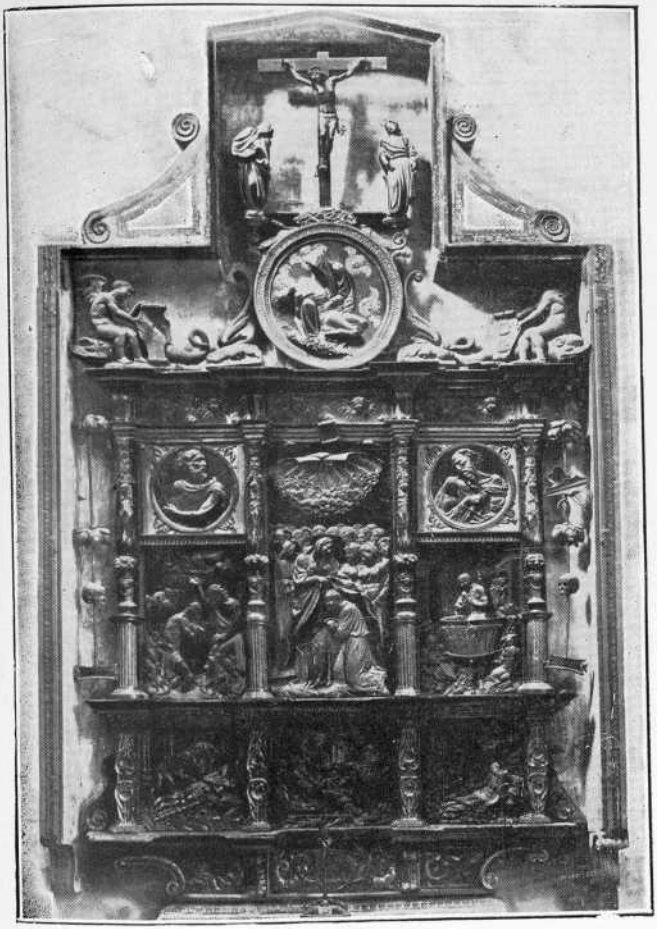
CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 24.ª



Detalles del Crucero

Puertas laterales del Coro, costado del Evangelio

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 26.ª

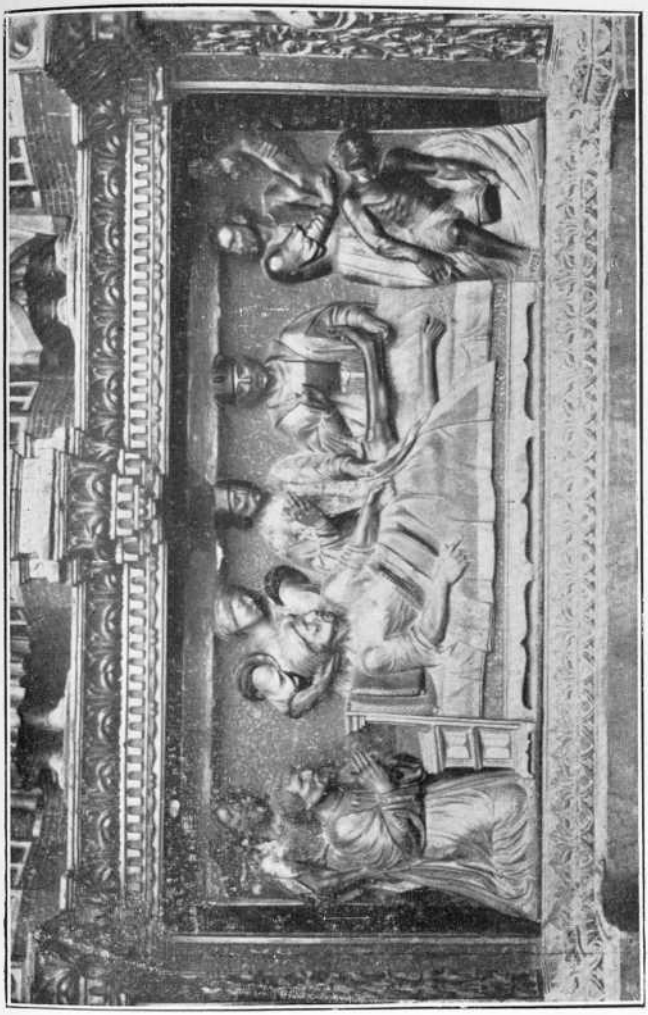


Retablo de la Capilla de San Ildefonso

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 27.ª

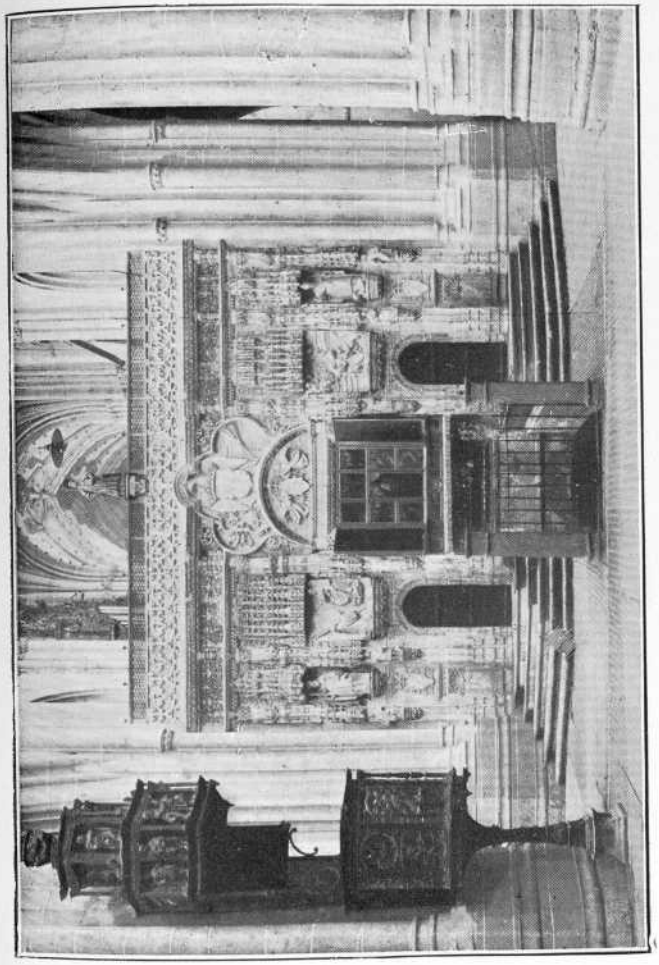
Retablo mayor de la Capilla de San Gregorio

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 28.ª



Detalle del Retablo menor de la Capilla de San Gregorio

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 29.ª



Trascoro

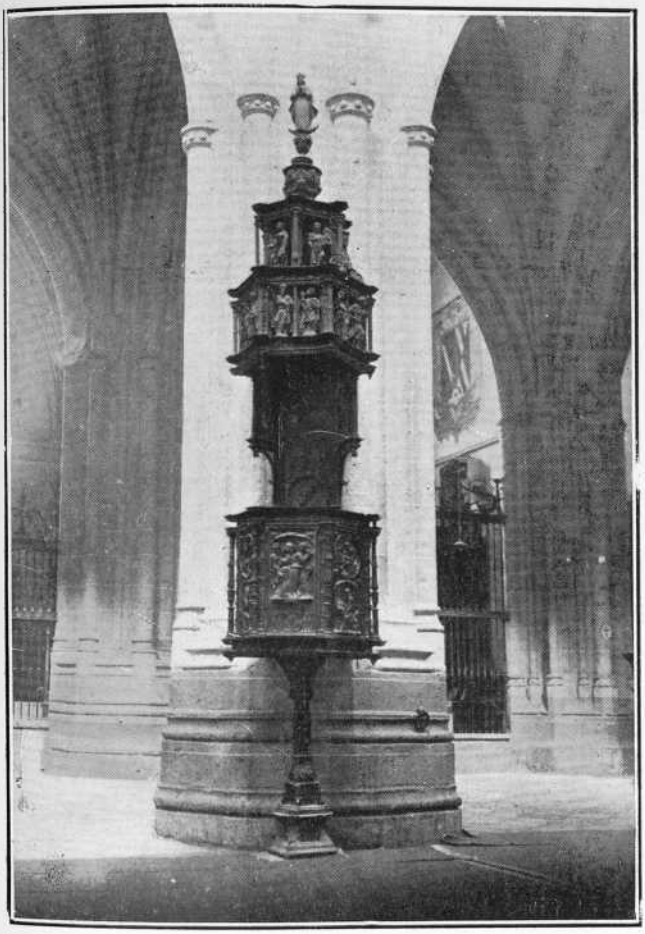
CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 30.ª

Retablo de Nuestra Señora de la Compasión en el Trascoro

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 31.ª

Puerta lateral del Trascoro

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 32.ª



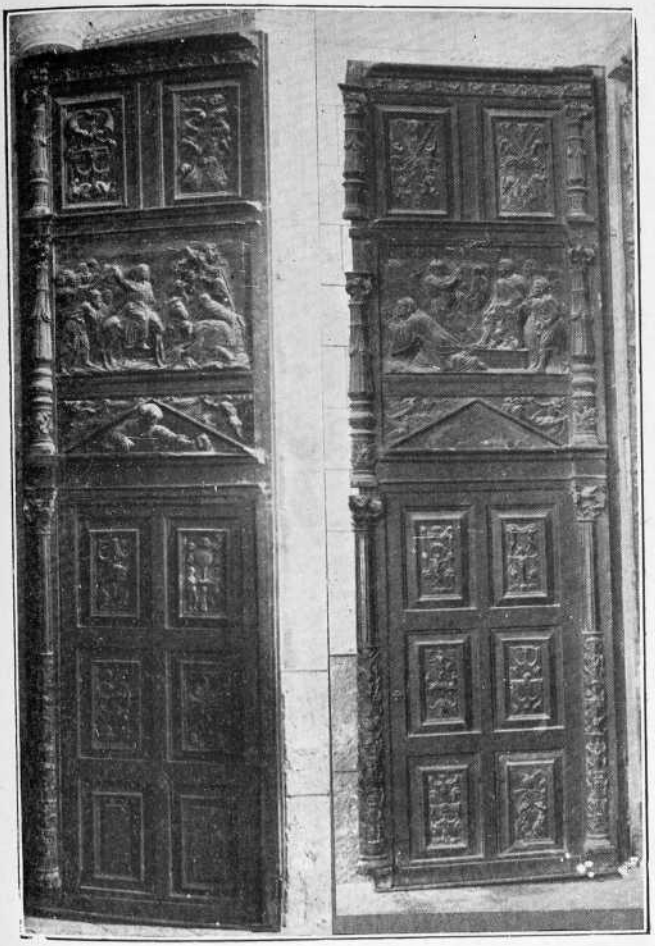
Púlpito del Trascoro

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 33.ª

Puerta plateresca del Claustro

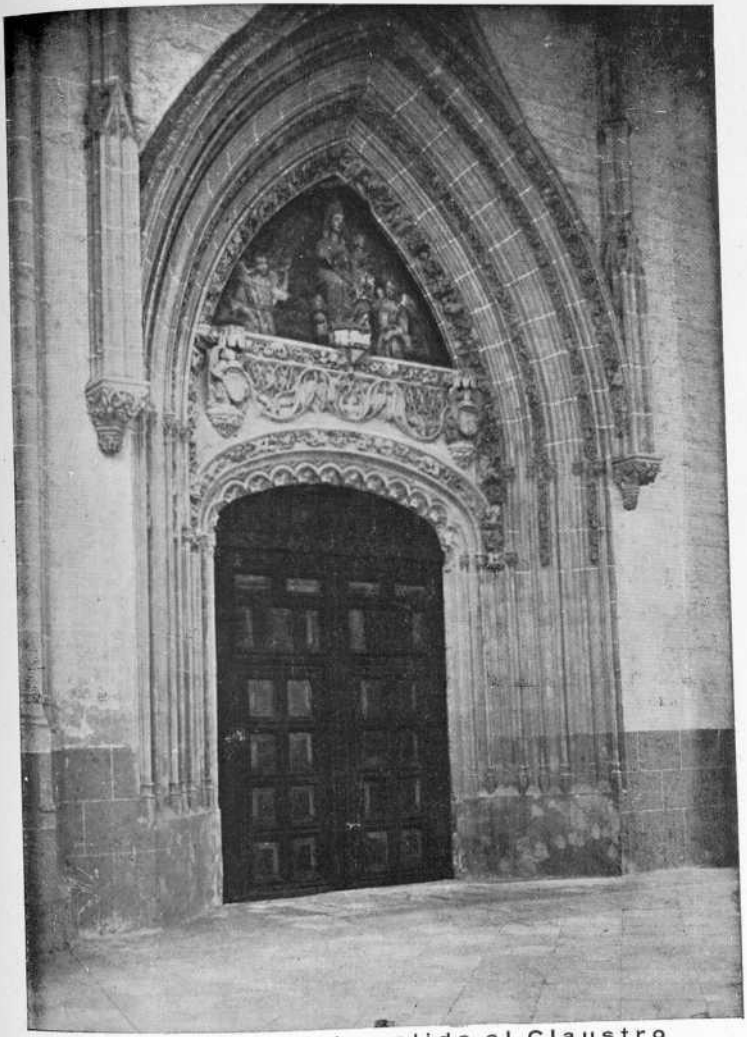
BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 34.ª



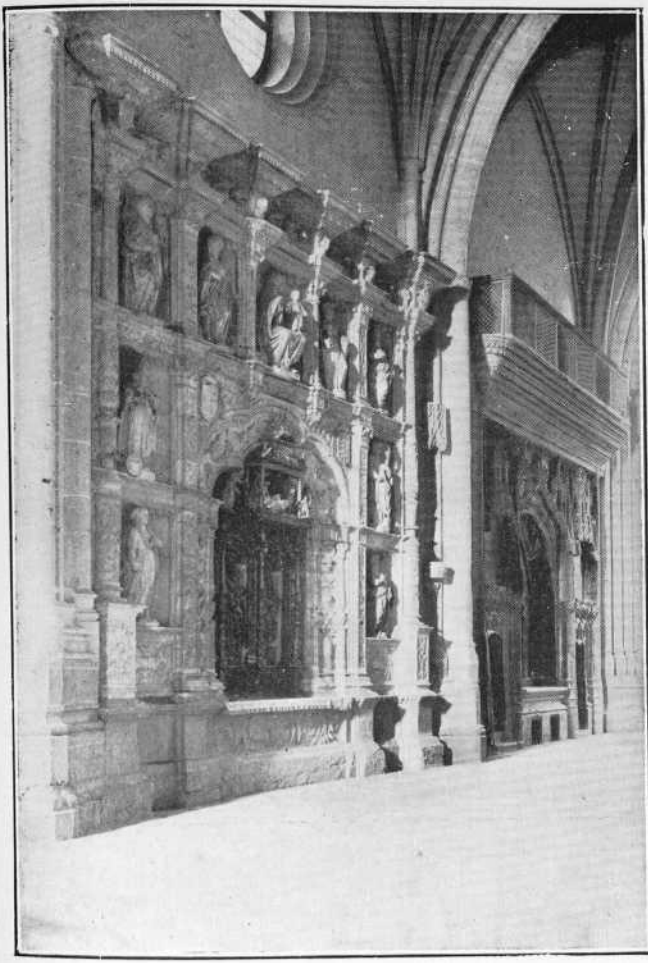
Detalle de la puerta plateresca del Claustro

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 35.ª



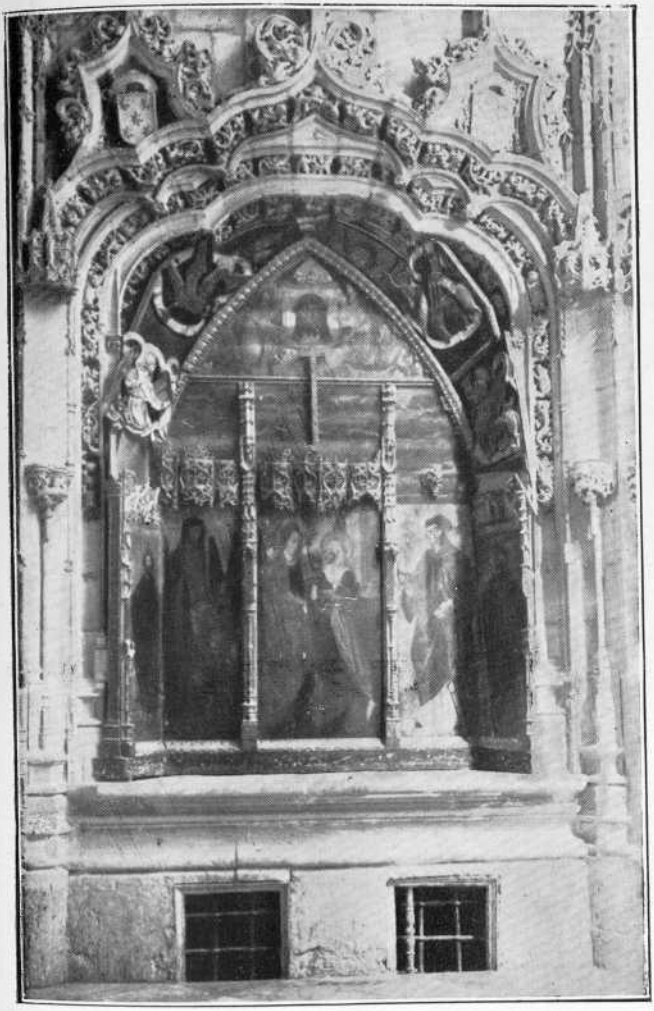
Puerta ojival de salida al Claustro

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 36.ª



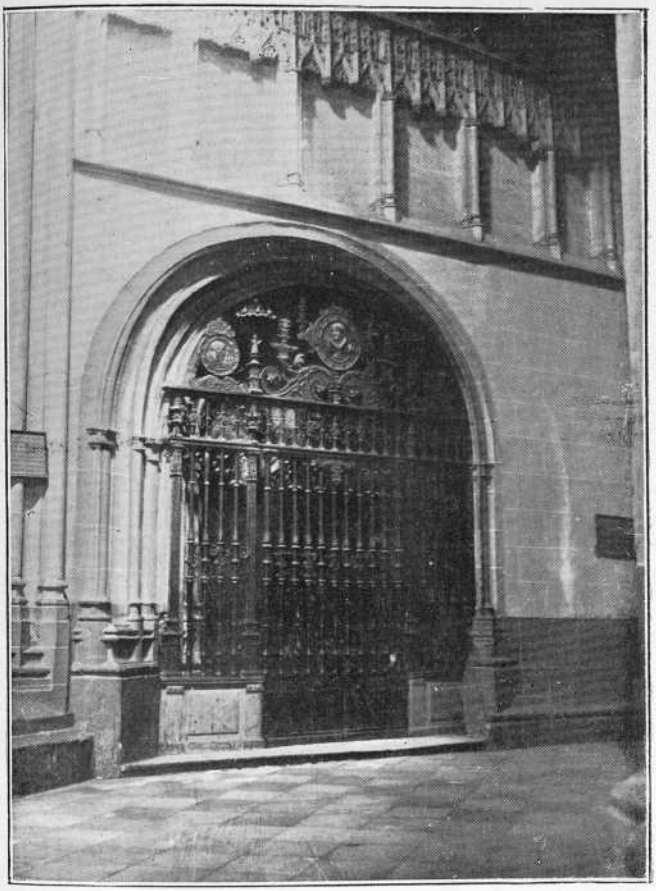
Costado del Coro.—Lado de la Epístola

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 37.ª



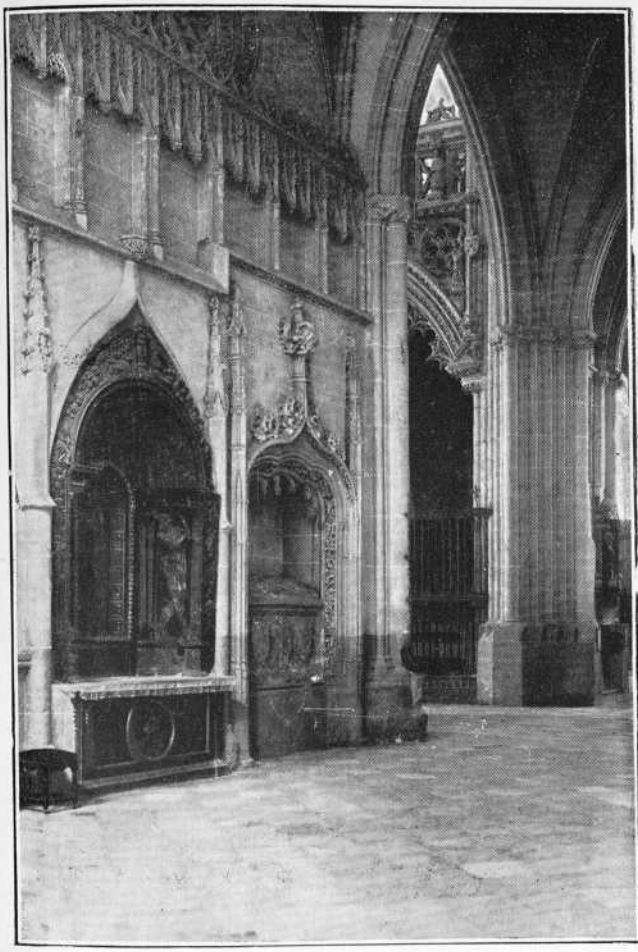
Altar de la Visitación

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 38.ª



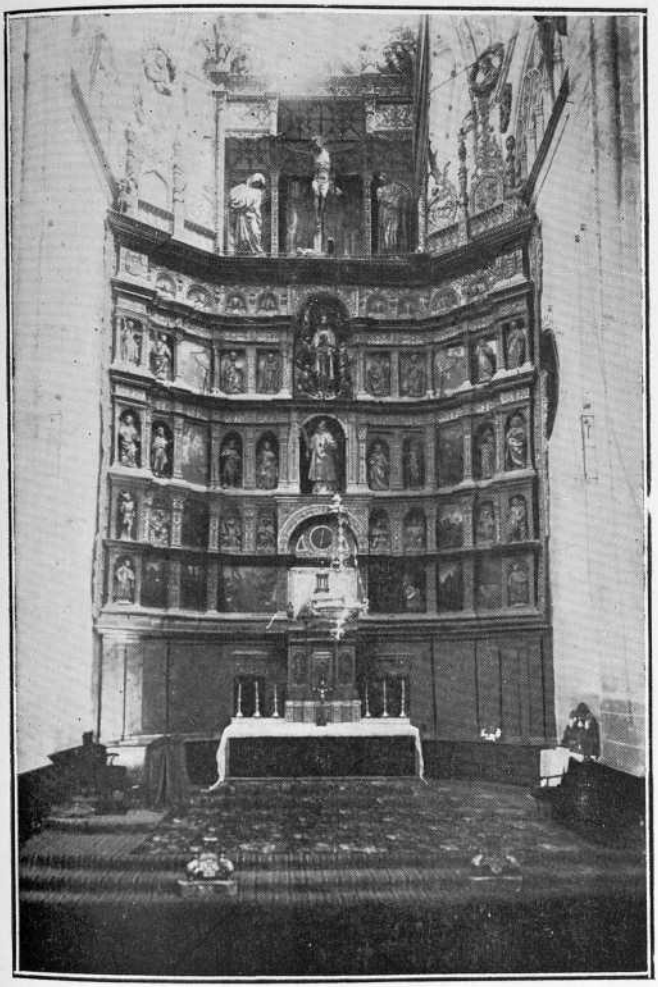
Reja lateral de la Capilla mayor

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 39.ª



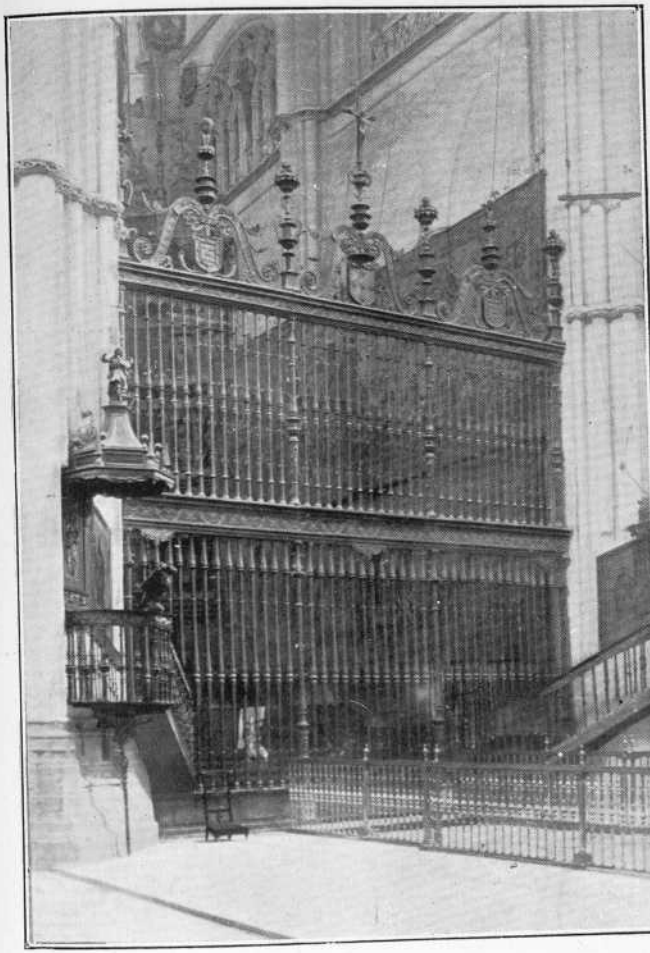
Altar del Ecce Homo y Sepulcro del Arcediano de Campos

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 40.ª



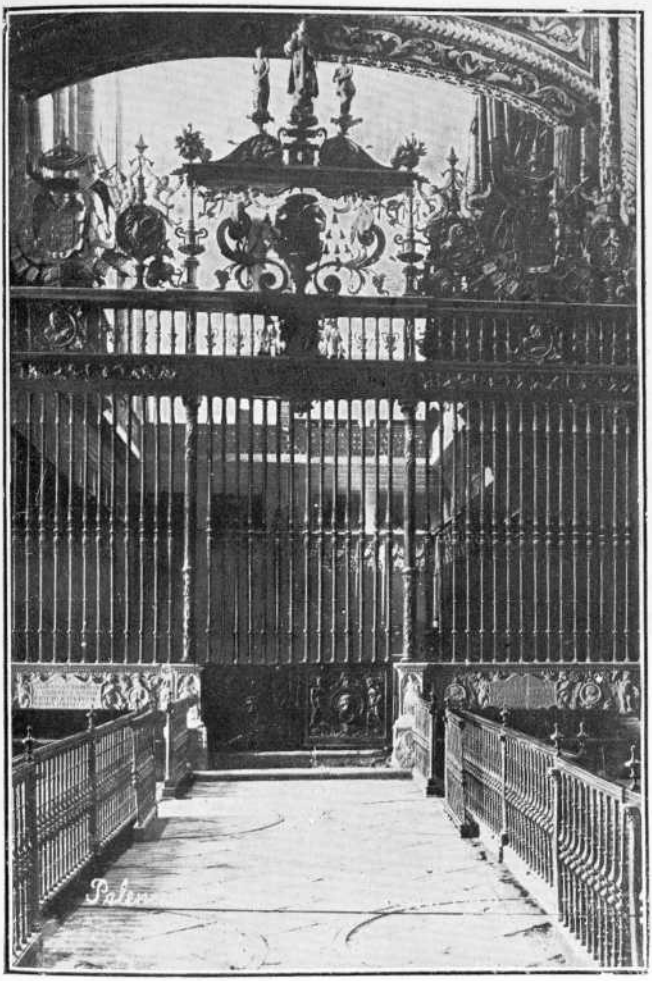
Altar y retablo mayor

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 41.ª



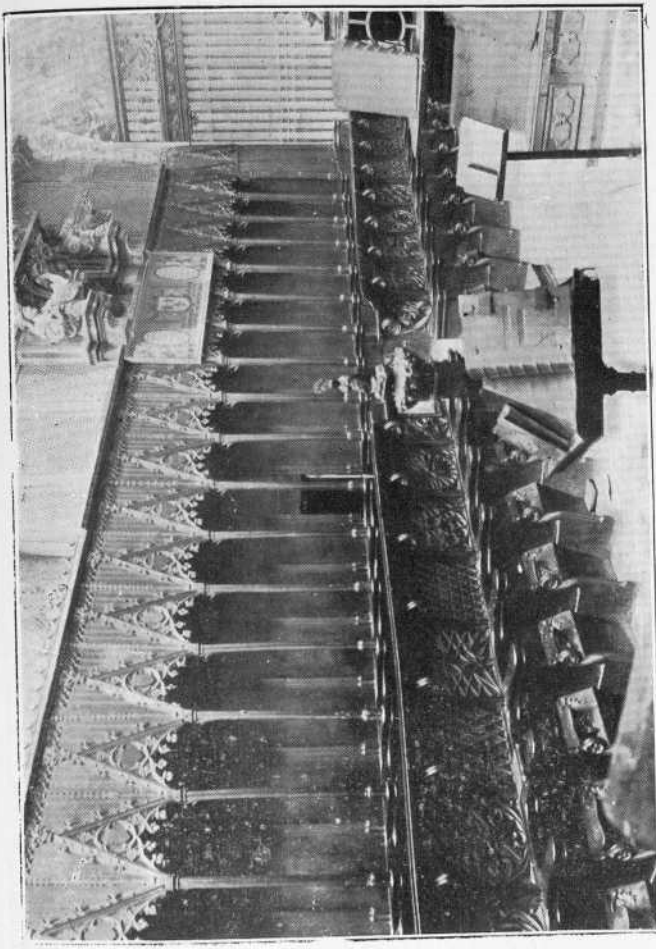
Reja principal de la Capilla Mayor

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 42.ª



Reja del Coro

CATEDRAL DE PALENCIA.—Fig. 43.ª

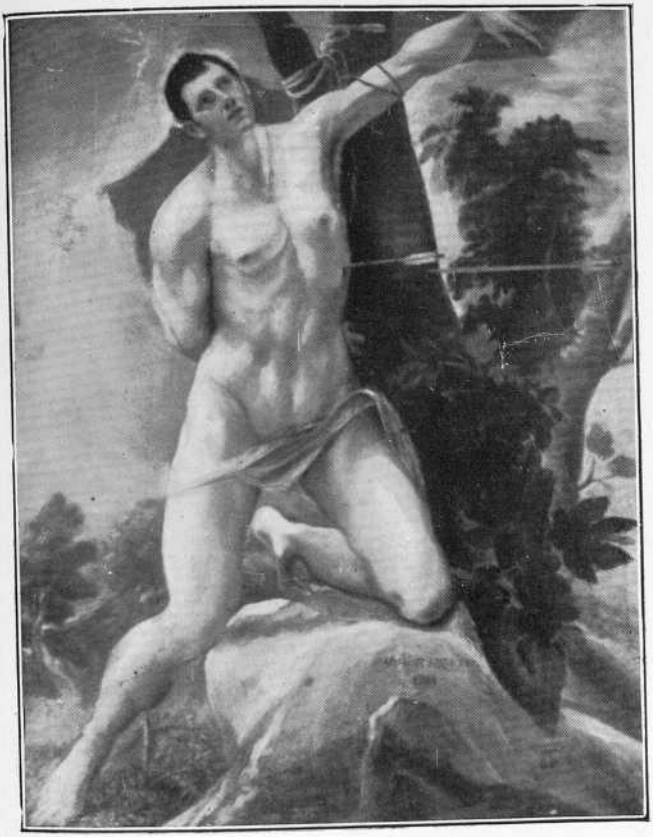


Sillería del Coro

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 44.ª

Dalmática del terno de Cabeza de Vaca

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 45.ª



San Sebastián (Greco)

Santa Catalina (Zurbarán)

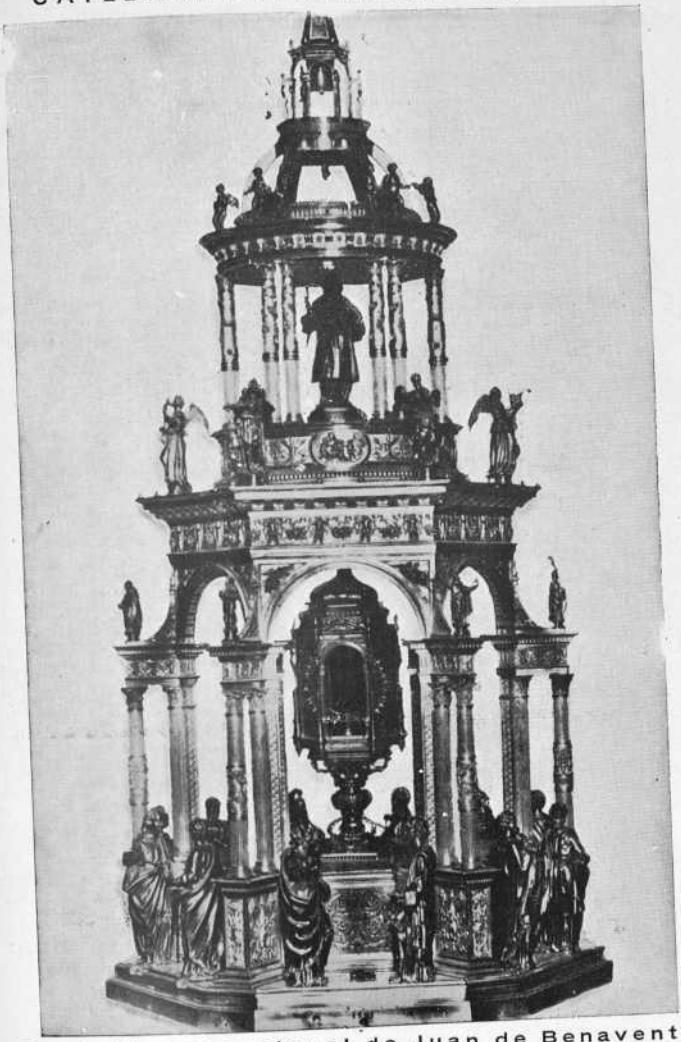
CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 47.ª

Pyxide Eucarística

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 48.ª

Custodia procesional, con baldaquino, de Juan de Benavente

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 48.ª bis

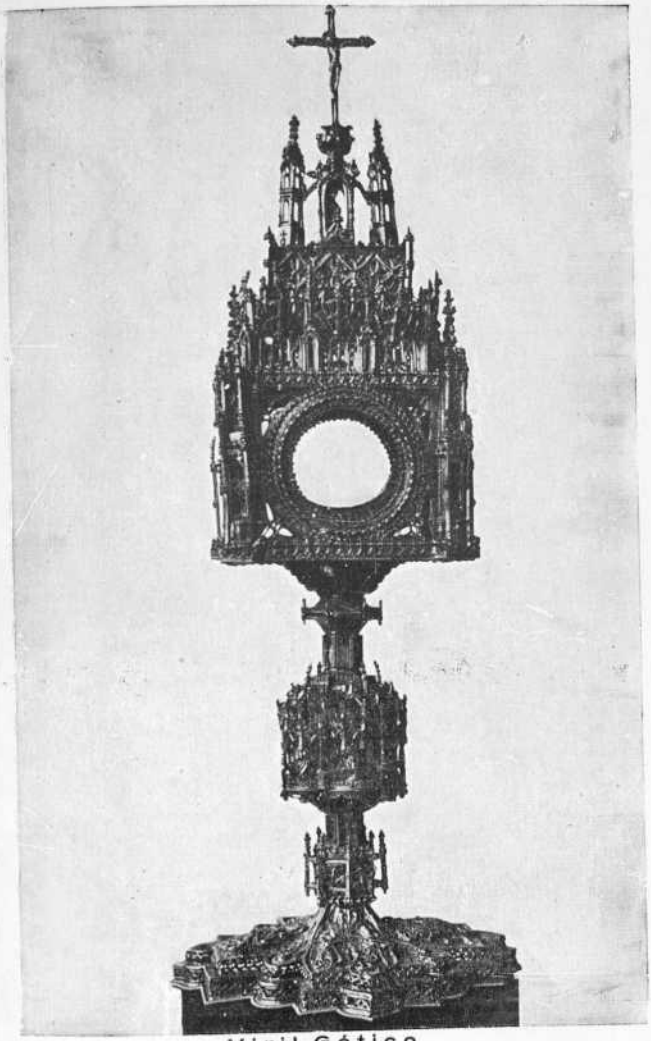


Custodia procesional de Juan de Benavente

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 49.ª

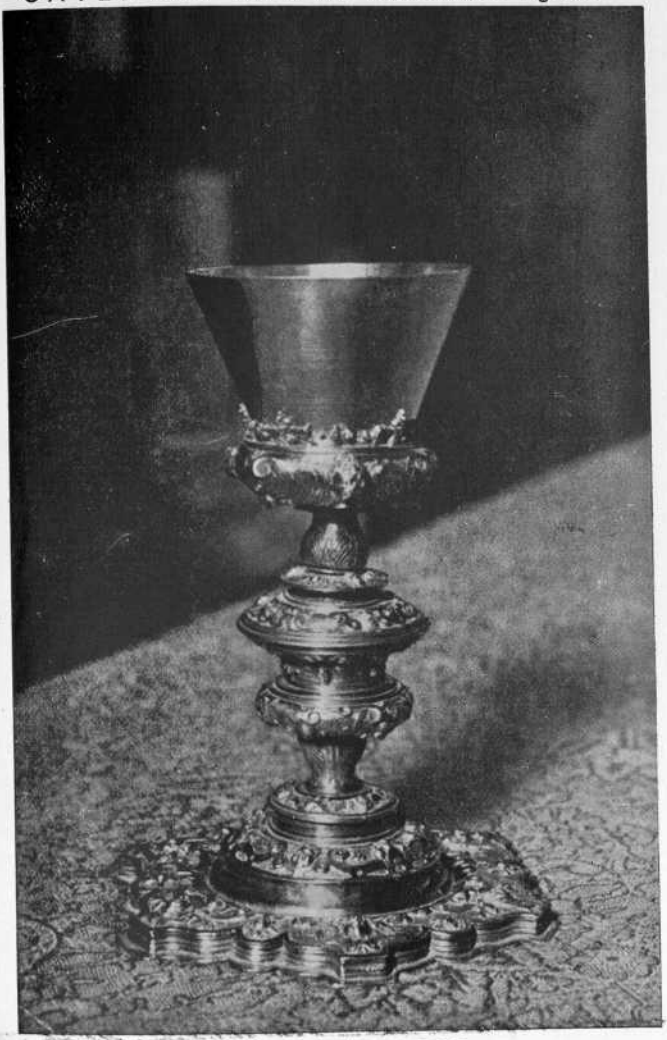
Viril de Juan de Benavente

CATEDRAL DE PALENCIA.—Fig. 50.ª



Viril Gótico

CATEDRAL DE PALENCIA. – Fig. 51.ª



Cáliz plateresco

CATEDRAL DE PALENCIA. — Fig. 52.ª

Cáliz con esmaltes

LA CUBIERTA Y FOTOGRABADOS DE ESTE LIBRO HAN SIDO IMPRESOS EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «EL DÍA DE PALENCIA», PROPIEDAD DE LA FEDERACIÓN CATÓLICO-AGRARIA, HABIÉNDOSE TERMINADO EN EL MES DE MAYO DE MCMXXIII.

M. Vielva

LA CATEDRAL DE PALENCIA

1923

DIELVA

CATEDRAL DE PALENCIA

G 17416